

A woman in a red dress holding a bouquet of flowers. The background is a soft-focus outdoor setting with trees and a path.

*Noble
y
plebeya*

KATE L.
MORGAN



NOBLE
Y
PLEBEYA

KATE L. MORGAN

PRÓLOGO

Grasmere, Nottingham, Inglaterra, 1864

CAPÍTULO 1

Royal Naval College, Greenwich, 1874

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

Ciudad de Nottingham, Inglaterra

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

Royal Naval College, Greenwich

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

PRÓLOGO

Grasmere, Nottingham, Inglaterra, 1864

Si el amor ha traído fuego a mi alma, ¿cuándo se apagarás estas brasas que me consumen?, se preguntó Carol Hemsley al mismo tiempo que lloraba de forma desconsolada. La joven de dieciséis años estaba realmente desesperada.

—Por favor, abre la puerta —ella escuchó la voz grave de su hermano a través de la gruesa madera—. Nuestra madre está comenzando a preocuparse —la angustia se agudizó en el pecho juvenil, y se transformó en más llanto—. Vamos, Carol, no querrás que te vea con los ojos rojos porque te preguntará qué sucede, ¿y qué le responderás?

Que su madre la viera con los ojos enrojecidos era una circunstancia que no le preocupaba en absoluto. Se sentía morir de la pena porque todo su mundo se derrumbaba con la marcha de *él*.

—Vamos, Carol—reiteró el hermano—, está a punto de llegar.

La puerta del baño finalmente se abrió. Dylan hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente al contemplar el desaliento de su hermana. Tenía el rostro enrojecido, los ojos hinchados por el llanto, y el brillo alegre del iris de sus ojos verdes, había desaparecido por completo dejando en su lugar una espesa neblina.

—Creo que necesitas un abrazo —la chica no necesitó más invitación.

Se arrojó a los brazos de su hermano mayor que la estrechó con fuerza tratando de infundirle ánimo.

—¡Quiero morir! —exclamó la joven con voz entrecortada—. ¡No podré soportar su marcha porque lo amo!

Dylan Hemsley la abrazó suavemente al mismo tiempo que la besaba en la coronilla.

—No digas eso —la corrigió—, ya es hora de que lo aceptes.

No, no podía porque el amor de su vida se marchaba de Nottingham.

—¡Pero lo amo! —reiteró con pasión.

Dylan ocultó una mueca de incredulidad.

Desde hacía unos meses, su hermana se creía enamorada de su mejor amigo, lord Adrien Rawson, que había decidido ingresar en el Ejército de su Majestad siguiendo los pasos de su tío paterno. El tío era almirante, y le había facilitado a Adrien unas excelentes credenciales para su futura formación. En

unos días estaba previsto su ingreso en la Royal Naval College de Greenwich.

—Sabías que este momento iba a llegar tarde o temprano —Carol lloró más fuerte con el rostro oculto—. El destino de Adrien es servir en la marina —continuó Dylan—, como su abuelo, su padre, y su tío.

—¡No quiero que se vaya! —se quejó con voz aguda—. Apenas ha regresado, y ya se marcha para siempre. Moriré de pena.

—No se marcha para siempre —le recordó su hermano—, además, lo superarás.

—¡No! ¡No lo superaré! —negó terca.

Dylan suspiró exasperado.

Separó a su hermana del encierro de sus brazos para observarla mejor. Seguía sumida en la angustia, pero era muy joven y superaría el encaprichamiento que sentía por Adrien, sobre todo porque él no le había dado motivo alguno para que floreciera ese sentimiento que decía sentir. Su amigo siempre había sido correcto en el trato y educado en el habla. Su hermana se había enamorado de un hombre que jamás le había dado un incentivo romántico.

—No permitas que se marche llevándose esta imagen tuya que no te hace justicia. Ya es bastante duro para él separarse de los que considera su familia, créeme.

Carol hipó porque no quería llorar más, sin embargo, era tanta su angustia y decepción, que no podía evitarlo.

Sabía que el destino del hombre estaba muy alejado del suyo, aunque había mantenido la esperanza de equivocarse. Si él no fuera conde, si él no perteneciera a la aristocracia, si fuese el hijo de un comerciante, o de un párroco, ella podría tener alguna oportunidad.

—¡No quiero que se marche! —volvió a exclamar cerrando los ojos porque un ataque de llanto la sacudió otra vez—. ¡Lo amo!

—Carol, aunque Adrien te correspondiera, es un noble y tú una plebeya, jamás podría existir algo entre los dos, acéptalo —trató de convencerla Dylan con voz seria.

Iba a responderle a su hermano pero el timbre de la puerta se lo impidió.

—Mójate el rostro y arregla tus cabellos —le aconsejó él—, lo entretendré hasta que bajes y te reúnas con la familia. Me gustaría que se llevase un bonito recuerdo de esta última noche con nosotros.

La dejó de nuevo sola, y Carol se volvió a encerrar en el baño.

Se dejó caer en el frío suelo y apoyó la cabeza entre las rodillas. Lo

último que deseaba era causarle lástima porque ansiaba provocarle otro tipo de emoción. Adrien era todo su mundo aunque él lo ignorara. ¡Lo amaba! Podría maldecir blasfemias de lo atribulada que se sentía aunque contuvo su ímpetu. Lo escuchó hablar en el piso inferior y se armó al fin de valor. Se levantó del suelo y se miró en el espejo. Estaba hecha un desastre y se sentía incapaz de impedir que las lágrimas siguieran inundando sus ojos. Se enjuagó el rostro decidida, y peinó su larga cabellera rubia.

Adrien aceptó la cerveza fría que le ofreció Dylan mientras tomaba asiento en el amplio sofá del salón. Su amigo lo siguió instantes después.

—No pareces nervioso ante la inminente marcha.

—No lo estoy —confesó con un tono de voz modulado—. Siempre he sabido que este momento llegaría, y estoy preparado para ello.

Dylan tomó el vaso de cerveza y lo alzó en señal de brindis.

—Te vamos a extrañar muchísimo —admitió el amigo con mirada llena de añoranza.

No se había marchado todavía, y ya sentía su ausencia.

Los padres de Dylan y Carol traían una bandeja con emparedados. Hannah, la madre, mostraba los ojos llorosos. Adrien era muy querido entre los Hemsley pues siempre lo habían considerado un miembro más de la familia.

—Vas a estar muy ocupado en tu tercer año de universidad como para echarme de menos —apuntó Adrien antes de tomar un trago de cerveza.

Dylan era dos años mayor que Adrien.

—Me faltará el hermano sensato que siempre impide que me meta en problemas.

La mirada azul del noble se oscureció por un momento. Le preocupaba enormemente esa tendencia de su amigo a saltarse las reglas establecidas. Adrien sonrió, la condición social de su amigo le permitía saltarse muchas reglas que a él le estaban prohibidas, como la de casarse por amor. La familia Hemsley no poseía título nobiliario, pero Niall Hemsley había servido en el ejército con a su padre, y los dos hombres habían forjado una amistad duradera. Él, los quería muchísimo, porque eran la familia que nunca había tenido.

—Confío que el trabajo que vas a desempeñar como informador te mantenga alejado de las tentaciones y de los problemas —le recordó Adrien.

Dylan estudiaba el último curso en la universidad, además trabajaba eventualmente para un diario. Él, por el contrario, había finalizado sus estudios y tenía que trasladarse a Greenwich para continuar su instrucción en la Royal Naval College como todos los condes de Colsterworth anteriores.

Allí se encontraba su tío, el almirante Derry Cameron Rawson.

Carol bajaba por las escaleras. Adrien se levantó galante cuando hizo su aparición en la estancia. Eran esos gestos innatos y para nada premeditados los que alimentaban el amor que la muchacha sentía por él. Ella tomó asiento frente al mejor amigo de su hermano. Se resistía a mirarlo porque temía acabar de nuevo en llanto. Dylan quiso romper el incómodo silencio que se había establecido entre los presentes tras la llegada de su hermana.

—Te hemos comprado un regalo que te acompañará en tus solitarios y melancólicos días en Greenwich —Carol lo llevaba en las manos.

—Greenwich es un lugar alegre y lleno de cadetes que se preparan para servir en el ejército —afirmó Hannah que no había entendido la doble intención de las palabras de su hijo—. Dudo que sienta soledad y melancolía —Dylan entendió la crítica de su madre—. ¿Te quedarás a dormir esta noche, Adrien? —le preguntó Hannah—. Sabes que siempre hay una estancia en nuestro hogar preparada para ti.

Adrien no había pensado en quedarse en casa de sus amigos, pero iban a terminar bastante tarde de la cena, y a él no le apetecía regresar a su solitario hogar de Bordesley Green. No estaba lejos de Nottingham, pero él quería agotar todo el tiempo que fuese posible con los Hemsley antes de partir.

—Si no es mucha molestia —dijo sonriente.

Hannah arrugó el cejo al escucharlo.

—Esta es tu casa, eres parte de nuestra familia... —afirmó la mujer.

Carol alzó el rostro al fin, y miró al muchacho de dieciocho años que le había robado el corazón. Tragó la saliva espesa, y parpadeó porque sentía ganas de llorar de nuevo al escuchar a su madre.

¡Adrien se quedaría dormir en Grasmere!

—Carol te lo entregará en nombre de todos.

La muchacha le ofreció una pequeña caja de regalo que sostenía entre sus temblorosas manos. Adrien la aceptó con una amplia sonrisa, y el corazón de ella estalló en miles de pedazos. ¡Dolía tanto quererlo! ¡Le hería tanto que se marchara!

—¿Por qué os habéis molestado? —Adrien tomó el paquete sin dejar de mirar el rostro de la muchacha que estaba contraído por la pena—. Yo también

voy a extrañarte mucho.

—Por favor, perdonadme —se excusó abandonando la estancia de forma precipitada.

Adrien sujetó el pequeño paquete con semblante serio, y contempló la marcha inesperada de la chica.

—Lleva muy mal tu marcha —le dijo Dylan aunque sin ahondar en el tema. No quería ser desleal a su hermana confesándole a su amigo la verdadera razón para la tribulación que mostraba, además, estaba convencido que era un capricho pasajero, y decidió no darle más importancia—. ¿No vas a abrir tu regalo?

Adrien asintió. Deshizo el nudo del lazo blanco que cerraba la caja. Cuando la abrió, un libro de tapas doradas y con letras negras quedó expuesto a sus ojos. Era un Diario de abordo.

—Para que nos recuerdes —apuntó Niall Hemsley, el cabeza de familia.

Cuando Adrien abrió las finas y blancas hojas, no supo qué decir.

—Podrás incluir todos esos pensamientos que te ayudarán a resistir la tentación de olvidarnos —le explicó Dylan. Adrien seguía pasando las delicadas hojas—, o cuando te aburran las instrucciones teóricas. Se comenta que son largas y tediosas.

—Es precioso —logró decir realmente emocionado—. Y las instrucciones nunca aburren —corrigió a su amigo con tono amable.

Carol había regresado al salón. Tenía los ojos más hinchados todavía.

—Siempre os llevaré en el corazón —correspondió Adrien.

—Recuerda que eres parte de nuestra familia —le dijo Hannah que también estaba a punto de echarse a llorar—. Eres muy querido para nosotros, y estamos muy afectados por tu marcha. También muy orgullosos.

—Te quiero, Adrien —declaró la muchacha de pronto, un instante después rectificó completamente azorada—. Todos te... queremos... mucho —balbuceó.

—Brindemos por el hijo del hombre que se marcha, y por el oficial de la corona que regresará —invitó el progenitor.

Carol había tomado una decisión.

Si fuese una muchacha noble, si fuera a debutar en Londres la próxima temporada, habría pensado mucho antes de abrir la puerta de la estancia de Adrien cuando todos en Grasmere dormían. Pero ella era impulsiva, valiente y

decidida, además, sabía que después de esa noche, jamás volvería a ver al amor de su vida.

Al escuchar el ruido de pasos, Adrien se alzó del lecho.

—¡Carol...! —el asombro era visible en la voz de él—. ¿Qué haces aquí?

Ella se plantó delante suyo y le sostuvo la mirada sin parpadear.

—Quiero un beso.

Adrien la miró atónito.

—¡Por San Jorge! —exclamó levantándose del lecho y yendo hacia ella que no retrocedió ni un paso—. No es correcto que estés aquí...

Ella lo interrumpió.

—Me iré cuando haya recibido el único beso de mi vida.

Adrien la miró con los párpados entrecerrados. ¿A qué jugaba ella?

—No sabes lo que dices.

—¿Me negarías una última conversación si estuviese al borde de la muerte, y tú fueses el único en poder escucharla?

Adrien la miró serio.

—Sabes que no.

—¿Y por qué me niegas el único beso de mi vida?

—¿El único beso de tu vida? —le preguntó sin comprenderla.

Carol se dijo que no iba a llorar más. Llevaba toda la vida amándolo, pero Adrien se marchaba lejos de ella. Era justo luchar por recibir una pequeña muestra de cariño.

Solo quería un beso e iba a conseguirlo.

—¿De qué tienes miedo si te marchas mañana?

La sorpresa se reflejó en el rostro de él.

—¡Por Dios, Carol! No es una buena idea. Eres una muchacha decente, y yo el mejor amigo de tu hermano.

—¿Temes que un beso te haga cambiar de opinión con respecto al ejército?

—Debo hacerlo.

Carol no pestañeó mientras le sostenía la mirada. Adrien se mostraba inquieto. Le temblaban las manos, pero se dijo que no cejaría en su empeño de hacer que su marcha fuera inolvidable para ambos.

—Puedes morir como tus padres, puedo morir yo mientras estás lejos, y por eso deseo recibir un beso de tu parte.

—Está bien...

Adrien avanzó un paso, le sujetó la cabeza con ambas manos, y le dio un beso en la frente con mucha ternura. Ella hizo algo impulsivo, con la palma de sus manos sujetó las de él para que no rompiera el contacto que mantenían.

—Quiero un beso de verdad.

—¡Carol, basta! —el tono de él había sonado escandalizado.

Ella había llegado muy lejos para rendirse.

—Solo un beso, Adrien.

La súplica le llegó directamente al corazón. ¡Le pedía tan poco!

—No es correcto que te de un beso, lo sabes.

La sincera confesión le arrancó un gemido a su alma enamorada.

—Solo uno —suplicó—, para tener un recuerdo por si ya no te vuelvo a ver, como tú no volviste a ver a tus padres.

Ella jugaba sucio pues Adrien lamentaba más que nada en el mundo no haberle podido dar un besos a su madre antes de que sufriera el accidente que se la arrebató de su lado.

—Mañana te marcharás —le recordó ella.

—Lo sé.

Adrien estaba cediendo, y Carol se supo vencedora.

—Es solo un beso que no te comprometerá a nada.

Él, soltó un suspiro largo.

—Ven entonces para que te de el que será tu primer beso y quizás el último mío.

Carol sintió que bajaba las manos de su cabeza y las depositaba sobre sus hombros. Percibió su peso sobre ellos. Adrien comenzó a inclinarse lentamente hacia ella buscando su boca. Los ojos de Carol eran dos espejos donde se reflejaban ambos.

—Un beso, y después te marcharás —le advirtió determinante.

Con un dedo tocó el borde de la firme boca, y fue dibujándola lentamente. Los labios de Adrien se entreabrieron anticipándose. Se miraron de cerca, cada vez más cerca. Comenzaron a respirar de forma entrecortada. Las bocas se encontraron e iniciaron una tibia lucha de dominio. Carol lo mordió en un roce y apoyó apenas la lengua en los dientes, jugando en los recintos donde el aliento cálido iba y venía con un deseo abrasador. Las manos de Adrien cobraron vida cuando dejaron los delicados hombros y se hundieron en el espeso y suave cabello de ella. Carol disfrutaba el beso como si tuviera la boca llena de miel de flores. Se besaron con movimientos vivos, tímidos. Los dos impregnados en una sola saliva y un solo sabor a fruta madura y dulce.

Carol tembló, y Adrien la sujetó más firme contra su pecho.

Cuando el beso terminó, los ojos de ambos se bebían mutuamente.

—Uno más... —pidió Carol feliz.

—No —respondió excitado.

La cabeza de Carol fue de nuevo al encuentro de la boca de él que no se esperaba ese movimiento atrevido.

—Ahora te lo daré yo a ti para que me recuerdes.

En esta ocasión la ternura dio paso a la pasión. La respiración de ambos se había incrementado así como las pulsaciones. Al beso siguieron las caricias que Carol aceptó entregada. Ella lo ayudó a deslizar los tirantes de su camisón y le ofreció los senos para que los acariciara. Los dos se dejaron llevar por la pasión, y el instinto hizo lo demás. Carol era inexperta, pero demostró mucha osadía. Adrien la trataba como la más exquisita de las porcelanas. Mientras ambos caminaban hacia la cama, él la acarició como una mujer se merece: con galantería, con ternura. Él, no tenía en mente llegar más lejos que un par de besos y alguna caricia, pero no había contado con la determinación de Carol ni de las ansias de afecto que sentía ella.

Adrien terminó sentado con ella encima.

—Tus besos son maravillosos —las palabras habían salido entrecortadas de la garganta femenina.

—¡Por Dios, Carol! Esto no está bien...

—Solo uno más y me marcharé...

Estaba emocionada, excitada, e impaciente. Adrien había cerrado los ojos, y ella se preguntó si era por la pasión que le dejaban entrever los suaves estremecimientos que sufría a medida que la acariciaba. Carol decidió por los dos. Quería llegar hasta el final. Era consciente que Adrien sufría una neblina espesa de deseo, y jugó con su pasión en su beneficio. Se había desprendido del camisón y de la ropa interior. En esos momentos no parecía la doncella decente que era. Estaba sentada sobre las rodillas masculinas completamente desnuda. Carol no quería que Adrien pensara, ni ofrecerle la posibilidad de que se negara a hacerle el amor. Era consciente de que lo provocaba, de que le arrancaba respuestas físicas, pero no le importó. Adrien se marcharía en unas horas, y ella había decidido que le haría el amor, que lo obligaría a recordarla.

Mantuvo la mente fría por los dos.

Con caricias torpes y besos sedientos lo fue llevando a un punto donde la pasión de un hombre se vuelve incontrolable. Y Adrien respondió. La acarició

de forma lenta, premeditada, aumentado el poder que tenía sobre ella y su poca experiencia amorosa.

Carol era virgen, y nada le parecía más hermoso que entregarle a él su pureza. Estaba enamorada, y había soñado con ese momento desde los catorce años. Lo había soñado, esperado, y por ese motivo estaba tan decidida a superar el miedo por los dos. No podía mostrar nerviosismo o duda porque entonces él podría reaccionar, y ella quería que siguiera obnubilado con sus besos y perdido en sus caricias.

Carol no tenía experiencia amorosa, pero de unos meses atrás había leído mucho y sabía qué tenía que hacer para despertar el deseo en Adrien y que no pudiera pensar. Sentía vergüenza, pudor, sofoco, pero estaba enamorada, y nada ni nadie iba a impedir que le hiciera el amor.

Había cruzado la línea, pero no se arrepentía, no, cuando se amaba tanto como ella lo amaba a él.

Cuando logró liberar el grueso miembro, se situó encima, y, llegados a ese punto, Adrien cooperó y fue él quien lo introdujo con cuidado en su interior. Como estaba tan decidida y excitada, el dolor pasó muy rápido. Adrien comenzó a moverse de forma suave al principio, unos minutos después, aceleró el ritmo mientras besaba los pechos de ella.

Adrien se olvidó de todo salvo de sentir...

Carol se olvidó de todo salvo de amar...

CAPÍTULO 1

Royal Naval College, Greenwich, 1874

Cada acto, sea bueno o malo, siempre me trae consecuencias, se dijo Adrien mientras se dirigía hacia el edificio principal. Cruzó la Puerta del Agua sin mirar siquiera el emblema. Enfrente tenía la magnífica fachada. El edificio había sido el palacio favorito del rey Enrique VIII, y lugar de nacimiento de Isabel I y también de María. Tras la guerra civil inglesa, el palacio había estado muy deteriorado, y fue derruido casi en su totalidad en el año 1694. El nuevo edificio se había construido, por orden de la reina María II, para ser el hospital de Greenwich para marinos retirados. El motivo para que los edificios estuviesen separados entre sí, era debido a que en los planos originales, el conjunto arquitectónico tapaban las vistas de la reina, el diseñador tuvo que modificarlos. Separando los edificios, la reina no perdía las bonitas vistas. Después de que el hospital cerrara en el año 1869, se convirtió en la Royal Naval College: un centro de formación para la Armada Real.

Adrien sentía apremio. Había mantenido una larga conversación con el teniente Newman, y que le preocupaba mucho. La charla había versado sobre Peter Goddard: el cadete irlandés que se había convertido en su mejor amigo en los años que duraba la instrucción de ambos. Tenía que hablar con su tío y escuchar su versión sobre el tema, porque no aceptaba que lo enviaran a Cornualles cuando los dos querían ser destinados a las Indias Occidentales.

Juntos habían hecho grandes planes.

—Almirante Rawson —lo llamó y esperó.

Durante quince largos minutos, el silencio fue su único acompañante. Adrien meditaba en un ir y venir de pasos que mostraban la preocupación que sentía. Finalmente el tío de Adrien hizo su aparición. La mirada que le dirigió era de auténtica reprobación.

—El tiempo siempre es escaso para el que lo necesita, y por eso me resisto a desaprovecharlo en cuestiones de mínima importancia.

Adrien se puso rígido. Era una de sus frases típicas, como si solo el uso de su tiempo fuera valioso.

—Soy consciente de ello, almirante...

—Tío —lo corrigió Derry—. A solas puedes llamarme con familiaridad pues somos parientes directos.

—Lo que me trae hasta aquí es un asunto de máxima importancia, y que acabo de conocer por el teniente Newman.

El almirante entrecerró los ojos.

—Un asunto de máxima importancia es de una concepción muy diferente para ambos —respondió.

—¿Por qué se ha rechazado mi petición de ingreso en el buque de guerra *Raisonnable*? —preguntó directo.

A Adrien le quedaban apenas unos meses para ser nombrado teniente de navío. Derry se tomó su tiempo en responder. La vida a bordo del buque *Raisonnable* se consideraba extremadamente dura. La disciplina era severa y se usaba con frecuencia los latigazos para reforzar la obediencia. Derry tenía otro destino en mente para su único sobrino. Lo miró de una forma que logró inquietarlo: con esa mirada penetrante que decía mucho sin pronunciar palabra.

—Porque embarcarás en el *Northampton*, el buque insignia de la armada —le recordó—. Ahí es donde se forman a los mejores oficiales del reino.

Adrien tragó con fuerza. Esa era la aspiración de su tío para su futuro.

—Con un almirante en los *Rawson* es suficiente —dijo refiriéndose a su tío, y sin que le temblara la voz—. Solo aspiro a ser teniente de navío, y regresar a *Bordesley Green*.

Adrien no tenía intención de seguir en la marina.

El almirante *Rawson* cruzó las manos en la espalda al mismo tiempo que daba un paso hacia delante. Esa vena de rebeldía en su sobrino lo preocupaba de verdad. Siempre había sido un muchacho obediente, serio e introvertido. No obstante, uno de los *Guardiamarina* que había estudiado con él, había resultado decisivo para el cambio que se había operado en su carácter. *Peter Goddard*, sobrino de *Gregory Goddard*, quien a su vez era almirante en *Liverpool*, no era una buena influencia para Adrien, y las últimas palabras de su sobrino venían a confirmar sus sospechas.

—Parece que escucho las palabras de lord *Goddard* y no las tuyas —Adrien siguió mirando a su tío con atención—. Gracias a mi influencia tienes una magnífica oportunidad de formarte para ser alguien importante en el reino.

Adrien apretó los labios con disgusto. Él, pertenecía a la nobleza, no necesitaba a la marina para ser alguien importante en el reino.

—*Goddard* es la persona que más me ha ayudado en mi estancia aquí.

Derry censuró con palabras a su sobrino.

—Creí erróneamente que la mejor ayuda que habías recibido era la mía.

Ese había sido un golpe certero. Adrien creía que su tío había movido los hilos para alejar a su amigo de Greenwich, y de la supuesta influencia que creía que ejercía sobre él.

—Pienso abandonar la marina, es lo que más deseo, lo sabes, pues lo he expresado en infinidad de ocasiones.

—Tu vida y tu futuro está en Greenwich —expresó Derry—, además, la inestabilidad emocional de lord Goddard, le impedirá ejercer como oficial en un buque de guerra.

Tío y sobrino habían disentido largo y tendido sobre ese tema en particular.

—Goddard no sufre inestabilidad emocional —la defensa de Adrien era sincera y emotiva—. Es un hombre de una sensibilidad extrema, y ello lo lleva a sufrir ataques de ansiedad, pero que logra calmar con control.

—Serás nombrado teniente en el Northampton, el buque insignia de la armada, y no se hable más.

Los ojos de Adrien se redujeron a una línea. Su tío se había incluido en la decisión más importante que debía tomar en su vida, y no estaba de acuerdo.

—Lord Goddard será el mejor marino del reino, te lo aseguro.

—Donde sea destinado lord Goddard es asunto que concierne únicamente a sus instructores, y en nada te implica.

—¿Tratas de decirme que no tienes nada que ver en la elección del destino al que lo envían?

Derry entrecerró los ojos al escuchar a su sobrino.

—Te recuerdo que no tomo decisiones salvo las mías.

Adrien suspiró porque esa afirmación no era del todo cierta. Su tío se implicaba completamente en toda decisión que tenía que ver con él.

—Está bien, ingresaré en el Northampton —aceptó obediente—. Después escogeré el camino que deseo seguir.

—Eres un marino del reino —le recordó el tío—, y los marinos aceptan lo que Su Majestad dispone para ellos. —Adrien guardó silencio—. Y ahora, si me disculpas, debo atender asuntos del reino pues tu urgencia me ha separado de la mía.

Entendió que lo despedía. Su tío y él estaban en el mismo lugar, y parecía que los separaba un océano de distancia. El almirante Rawson era un hombre muy ocupado, y lamentó haberlo retrasado en sus quehaceres, pero el asunto de Goddard era muy importante para él.

Derry Cameron Rawson era un hombre ambicioso. Un marino con una larga trayectoria de logros personales que lo habían encumbrado al puesto que ocupaba actualmente.

Tío y sobrino habían nacido en Bordesley Green, en el condado de Nottingham, y tras la muerte de sus padres en un accidente cuando solo contaba ocho años, Derry se había ocupado de él y de su educación. Siempre le estaría agradecido, pero era él quién debía marcar el rumbo de su existencia. Optó por marcharse en silencio. Cruzó la plaza ensimismado sin percatarse de las dos personas que agitaban la mano para llamar su atención.

—¡Lord Adrien! —exclamaron unos cadetes.

Pero él no sentía deseos de detenerse. Agitó la mano sin parar sus pasos, y obvió los deseos de los muchachos de conversar con él.

Peter Goddard se encontraba en la biblioteca. Adrien cruzó el estrecho pasillo y se sentó en una de las sillas de madera justo detrás de él.

—¿Vienes a romper mi quietud? —lo recriminó el amigo sin darse la vuelta.

Adrien hizo una mueca.

—Quería conversar contigo —afirmó—, pero de forma discreta.

—Como es habitual en ti. —Peter Goddard se giró hacia él y lo miró con inusitada atención—. Eres la discreción personificada. Cualidad que admiro, ya lo sabes.

—Tenía urgencia por hablar con el almirante Rawson.

Goddard entrecerró los ojos para que Adrien no advirtiera la sorpresa que sus palabras le provocaron.

—Confío que no fuera yo la razón para esa urgencia.

—Tenía asuntos de interés que tratar con mi tío.

—¿Ahora es tío y no almirante Rawson? —Goddard era demasiado agudo y perspicaz pensó Adrien—. ¿Y por qué te veo inquieto?

—¿Lo parezco? —preguntó inocente.

La mirada de su amigo le arrancó un suspiro porque no podía ocultarle nada

—¿Qué has parlamentado con el almirante Rawson? —preguntó el amigo de pronto.

Adrien soltó un suspiro largo.

—Le he comunicado mi decisión irrevocable de dejar la marina.

Goddard tomó aliento y luego soltó el aire poco a poco.

—¿A pesar de sus esperanzas de que seas el mejor marino del reino? —
Adrien bajó los ojos.

Él, no sentía el menor deseo de que se realizaran las esperanzas que su tío tenía puestas en él.

—Indudablemente alberga esperanzas sobre mi futuro, pero mi ánimo y disposición no es el suyo, ni discurre por camino tan glorioso como el que aspira para mí, o para el recuerdo de mi padre, además, se le olvida que soy el conde de Colsterworth, y tengo que ocuparme de mis propiedades. Llevo diez largos años alejado de Bordesley Green.

El padre de Adrien, el antiguo conde, había sido un hombre de mar y el mejor marino de la corona de Inglaterra según palabras de su tío. De estar vivo, nada lo haría más feliz que ver a su hijo culminar una brillante carrera militar, pero él pensaba de forma muy diferente.

—Ya sabes que la esperanza es lo que mueve a tu tío —apuntó Goddard—, no olvida que provienes de una larga estirpe de marinos: tu abuelo, tu padre... él.

—Pero yo soy un hombre de tierra y con un condado que atender —
concluyó Adrien al mismo tiempo que sus ojos se entristecían por un recuerdo de su pasado, y que no compartió con Goddard.

De repente, el amigo comenzó a temblar y a convulsionarse: volvía a sufrir uno de sus habituales ataques. Adrien corrió para socorrerlo. Lo agarró antes de que cayera al suelo, y gritó pidiendo ayuda.

CAPÍTULO 2

El tiempo pasa muy lento para alguien que no lo disfruta, se dijo Adrien. Queriendo complacer a su único familiar vivo, había aceptado formarse en la marina, pero ya estaba cansado. Deseaba regresar a casa. Volver a ver a sus amigos los Hemsley, volver a ver a la pequeña Carol...

—¡Sorpresa! —la exclamación de Goddard hizo que sus ojos se apartaran de la carta que escribía, y de que clavara la mirada en él.

—¿Dónde se encuentra la sorpresa? —preguntó Adrien con ánimo tranquilo.

—Heme aquí —se señaló así mismo—. Aunque te ruego me disculpes por no venir envuelto en papel de regalo en tan señalado momento.

—¿Tú, envuelto en papel de regalo? A fe mía que sería algo digno de ver.

—Los amigos no olvidamos el día de tu cumpleaños —Goddard le extendió dos paquetes—. Uno viene de Nottingham, el otro de mi parte.

Los ojos de Adrien se iluminaron. Tomó ambos paquetes y los observó durante unos momentos en silencio. No importaba el tiempo que transcurriera lejos de Nottingham, siempre recibía regalos de sus amigos los Hemsley por su cumpleaños. También sus felicitaciones en navidad.

—Observo que tu tío tampoco ha olvidado un regalo tan oportuno para un día tan señalado.

Adrien pensó que el día de su cumpleaños era como otro cualquiera pues no tenía a sus padres, y estaba lejos de los seres que amaba: los Hemsley, por eso las festividades carecían de importancia para él.

—¿Puedo? —pidió Goddard al mismo tiempo que abría la caja que Adrien había dejado en un rincón del amplio escritorio. Casi parecía que la desdeñaba—. Un regalo muy bien intencionado y sumamente oportuno —Goddard observó el cinturón militar y la bella espada—. Es el regalo idóneo de un tío ambicioso, y un mensaje claro y rotundo.

—Para que no olvide sus aspiraciones —aclaró Adrien que había comenzado a abrir el regalo de Goddard: en su interior había un precioso abrecartas con empuñadura azul.

Nunca había visto una igual.

—Quería obsequiarte con algo diferente —le informó Goddard con un brillo sincero en la mirada—. Tiene el mismo tono que tus ojos —le dijo medio en broma.

—Me gusta mucho, de verdad —agradeció mientras acariciaba la afilada

hoja.

—¿No piensas abrir el que viene de Nottingham?

Adrien metió el abrecartas de nuevo en la caja, y depositó la misma sobre la de su tío. Con dedos firmes abrió el segundo envoltorio. Sacó una carta cerrada que desprendía un suave aroma de mujer. En el paquete enviado había también una pluma bellísima.

Goddard observó a su amigo con atención. Adrien había cerrado los ojos.

—¿La carta de una dama? —preguntó crítico—. ¿Hay nuevas que has evitado contarme?

A Adrien le costaba entender en ocasiones el sentido del humor de Peter, en ese momento ignoraba si hablaba en serio.

—No hay necesidad de alarmarse —declaró—. La carta me la envía la madre de mi buen amigo Dylan Hemsley.

Peter Goddard intuía que Adrien le estaba revelando una parte de la verdad, y se preguntó el motivo. Tomó asiento en el sillón frente a él, cogió la carta sin abrir de las manos de su amigo y se la pasó bajo la nariz.

—Es un perfume muy suave, la verdad. La carta te ha recordado a alguien, ¿no es cierto? —le preguntó Goddard entregándole de nuevo el sobre.

Adrien hizo un ligero asentimiento.

—Me ha recordado a Carol.

—¿Carol? —preguntó.

—La hija pequeña de la que considero mi familia en Nottingham.

No era la primera vez que Adrien hablaba de ella.

—Carol... ¿qué edad tendrá ahora? —la pregunta hizo que Adrien mirara a Goddard con interés.

—Tenía dieciséis años cuando me marché... —Goddard escuchó perfectamente el suspiro de su amigo.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

Pero Adrien no podía revelarle el recuerdo que la carta de Hannah le había provocado: la entrega de Carol la noche antes de marcharse.

Habían pasado diez largos años desde entonces.

—Nada, un pensamiento —Goddard lo miró extrañado.

—Un día me gustaría acompañarte a Bordesley Green para conocer a tus amigos, y todo aquello que dejaste atrás. Así podría entenderte mejor —apuntó Peter.

—Creí que ya lo hacías... —Adrien calló un momento—. No hay una persona en el mundo que me conozca mejor que tú.

—Háblame sobre ella —pidió Goddard de pronto.

—¿Que te hable...? —Adrien no terminó la pregunta pues le parecía un tanto personal y le resultó extraña.

—Me hubiese gustado tener una hermana pequeña —continuó Goddard.

—Yo te considero mi hermano —contestó Adrien mostrándole una sonrisa.

El amigo chasqueó la lengua al escucharlo.

—Háblame sobre ella —insistió.

A Adrien se le dulcificó el rostro al evocar a la tímida e introvertida Carol, a la apasionada muchacha que le había pedido un único beso, y a la que terminó haciéndole el amor. En esos diez años, Carol no se había puesto en contacto con él. Él, tampoco lo había hecho, le preguntaba a su madre Hannah en cada carta que respondía, pero nada más.

—No había muchacha más bonita que ella —dijo con ojos entrecerrados al mismo tiempo que acariciaba con los dedos las esquinas de la carta que no había abierto—. Recuerdo sus pestañas largas y tupidas bajo unas perfectas cejas que realzaban las brillantes gemas que iluminaban su rostro. Nunca he visto unos ojos más verdes que los suyos, ni más inquisidores.

—¿Como de inquisidores? —preguntó Goddard.

—Los ojos de Carol no miraban, consumían.

Fue escucharlo, y Goddard pasó de la alegría a la tristeza a la velocidad del rayo. Sufrió constantes cambios de humor y de ánimo que inquietaban a Adrien. También a sus instructores.

—¿Estás enamorado de ella? —quiso saber Peter.

Adrien no respondió aunque se podía leer en sus ojos que él no tenía la respuesta a esa pregunta. Había estado tan aterrado por separarse de la única familia que conocía, que Carol había podido penetrar en sus defensas y derribarlas. Ella le había obsequiado con un regalo maravilloso, y que le había ayudado en sus primeros años de instrucción, sobre todo en esos periodos largos de navegación, pero Adrien no olvidaba que aquella muchacha, ahora era toda una mujer, con metas y sueños en los que él no tenía cabida. Estaba claro que lo había olvidado, y quizás era mejor así.

—La familia de Carol no es noble —reveló Adrien con gran pesar—. Su padre Niall se hizo amigo de mi padre durante su estancia en la marina, pero su amistad se truncó cuando mis padres fallecieron en aquel maldito accidente.

Peter entendía muy bien. Aunque Adrien estuviera enamorado de Carol, como conde de Colsterworth tendría que buscarse una esposa acorde a su

rango.

—¿Te he contado alguna vez que estuve perdidamente enamorado? —Adrien negó con un gesto, y se mantuvo en silencio—. Me enamoré de mi prima Britney.

—Creí que tu primer amor fue Lily.

—¿La hija del mesonero? Aquello fue un capricho...

Adrien lo interrumpió.

—Fue cansino escucharte hablar sobre ella día y noche —Peter sonrió—. Así que te enamoraste de tu prima.

—Es curioso amigo, hay personas que sueñan con la libertad, y, sin embargo, terminan enamorándose de las cadenas que los sujetan.

Adrien se puso serio de inmediato, y dedujo que las palabras de su amigo se referían a la prima que había mencionado.

—Las cadenas, a veces, son un mal necesario —le recordó.

Pero Peter hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Estaba casada, no era feliz, pero estaba enamorada de las cadenas que la aprisionaban.

—¿Ella fue el motivo para elegir la vida militar? —inquirió interesado.

—Su esclavitud provocó la mía —admitió el amigo pensativo—. Por eso nunca dejo de soñar libre...

Adrien lo observó atentamente. En los años que lo conocía siempre se había mostrado crítico consigo mismo. Cualidad que él admiraba pero que no compartía. En ocasiones le parecía que Peter se conformaba con lo mínimo aunque aspirara a más, por ese motivo estaba convencido de que iba a ser un excelente militar.

—¿No sientes dudas? —inquirió el amigo—. ¿No te planteas tu existencia alejado del ejército, y de tu título de conde? ¿No sientes que ese título nobiliario te asfixia? —calló de repente.

—Tú también eres hijo de noble, y tendrás que aceptar la responsabilidad...

Peter lo cortó.

—Yo no soy el heredero y primogénito de mi padre —respondió—. Mis cadenas no son tan pesadas como las tuyas.

Habían llegado al quid de la cuestión. A Adrien le parecía que Peter hablaba con doble intención. Sus labios decían una cosa, y sus ojos mostraban otra muy distinta.

—¿Qué te preocupa? —preguntó directo.

Pero el amigo ya no respondió. Cerró los ojos y comenzó a convulsionarse de nuevo. Cayó de la silla al suelo al mismo tiempo que escupía espuma por la boca. Nuevamente sufría un ataque.

El médico militar había expresado su preocupación porque los ataques se repetían muy cercanos entre sí. Como no existía una causa identificada, el doctor lo llamó epilepsia. El especialista le explicaba a los superiores instructores, que las crisis epilépticas no conducían inevitablemente a una reducción de determinadas funciones cerebrales, aunque sí aumentaban comportamientos psíquicos extraños. Esto último le interesaba especialmente a su tío pues lord Goddard había dado clara muestra de que sufría trastornos del comportamiento desde hacía semanas.

Sentado en una silla a los pies de la camilla, Adrien meditaba en los últimos acontecimientos, Peter continuaba sedado pues el último ataque le había durado varias horas. Percibió la presencia de su tío y alzó el rostro para mirarlo.

—Lamento mucho lo ocurrido —le dijo serio—. Sé cuánto lo aprecias, pero tenemos que hablar sobre lo que ha explicado el médico, y lo que debemos hacer.

—Te escuchó —respondió conciso.

—No te gustará nuestras conclusiones.

Adrien miró a su tío sin que su rostro se alterase lo más mínimo.

—¿Qué sucederá con Peter? —Derry bajó la cabeza.

—Lord Goddard regresará a su hogar. Se terminó navegar para él.

—Eso es injusto —apuntó el sobrino sin dejar de mirarlo—. ¿Ya se lo habéis comunicado?

El almirante hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Adrien suspiró largo y profundo porque Peter no se lo iba a tomar muy bien.

CAPÍTULO 3

Es una necesidad hacer elecciones difíciles entre bienes que compiten entre sí, murmuró Adrien mientras se alejaba del hospital militar, y regresaba a sus estancias privadas. Una vez allí y sentado sobre el mullido jergón, repasó las letras en el sobre blanco sin abrir, y que con cierto temblor sostenía entre sus manos. Era la carta de agradecimiento que había escrito para los Hemsley por su felicitación y regalo de cumpleaños, pero no la había enviado. Peter había ingresado en el hospital por una de sus crisis, y ya nada volvió a ser igual. El instructor de Peter se había equivocado al comunicarle que lo enviaban de regreso a casa, y que ya no podría seguir en la marina. La decisión que habían tomado era equivocada porque su amigo se había suicidado al conocer la noticia: se había colgado en la misma habitación donde estaba ingresado.

Adrien cerró los ojos, y tragó con fuerza.

Dejó la carta sobre el escritorio y tomó en su lugar el regalo que Peter le había obsequiado por su cumpleaños mientras intentaba comprender qué había pasado por su mente. Se le humedecieron los ojos. Le costaba entender los motivos que le habían empujado a quitarse la vida.

Peter no había pedido su ayuda.

Su tío no llamó a la puerta. Entró tan silencioso como silenciosa guiaba su vida. Adrien seguía de espaldas, y mirando un punto inexistente tras el cristal de la ventana.

—Tenemos que continuar la conversación que pospusimos en el hospital.

—No es un momento apropiado para ello —adujo Adrien todavía de espaldas.

El almirante Rawson no se amedrentó por la negativa, su sobrino estaba a punto de embarcar y estaría un año fuera de Inglaterra.

—Hay muchos aspectos de la vida de lord Goddard que desconoces, y si los conocieras, te provocarían una profunda inquietud.

Adrien se giró de pronto y clavó la mirada en Derry Rawson. Su tío observó a su vez la forma en la que su sobrino acariciaba un abrecartas de empuñadura azul.

—Estás a punto de embarcar —Derry trataba de mostrar empatía hacia su sobrino pues conocía la amistad que ambos hombres compartían—. No permitas que este suceso te perjudique.

—¿Me perjudique? —preguntó el otro cauto.

La distancia emocional que separaba a tío y sobrino se había

incrementado en esas horas de luto.

—Te advertí que el estado emocional de lord Goddard era inestable — esa verdad dicha sin tapujos, era lo que más martirizaba a Adrien: haber estado ciego a las necesidades de Peter—. No se comportó como se espera de un marino del reino.

—Peter era un hombre bueno pero estaba enfermo —le aclaró el sobrino. Los hombros de Adrien se convulsionaron de pena. Estaba destrozado por la muerte de su amigo, y su tío venía a darle un sermón en vez de reconfortarlo.

—Trato de ayudarte para que este incidente no te perjudique —le dijo el tío.

—Tus palabras no cambiarán mis sentimientos.

—Si no tus sentimientos al menos tus acciones —Adrien miró a su tío sin comprender—. No abandonarás la marina —sentenció lord Rawson.

—¿Qué te hace suponer que lo haría?

Derry no contestó, se tomó un tiempo en hacerlo.

—No olvides mis palabras —le aconsejó el tío—, para que no me vea obligado a tomar decisiones que te perjudiquen.

—En ocasiones, tío, las palabras duelen más que los golpes.

Derry pensó que su sobrino estaba siendo demasiado duro pues él solo pretendía que no actuara de forma imprudente para que no fuera severamente corregido después.

—Hay gente que llega a nuestras vidas como bendiciones y otras como lecciones, decide cuál de las dos fue lord Goddard para ti. Por eso te reitero, no olvides mi advertencia.

El pecho de Adrien se llenó de aire, lo retuvo durante unos segundos, y después lo expulsó lentamente antes de ofrecerle una respuesta.

—No la olvidaré, tío, indistinto será que me subordine a ella.

Ya no se dijeron nada más.

CAPÍTULO 4

Los días se sucedían sin que el ánimo de Adrien mejorara. Por primera vez desde que estaba en la marina, se dedicó a la infame tarea de compadecerse. Apenas salía de sus estancias privadas. Iba a zarpar muy pronto, y temía que ese momento llegara. En ese preciso momento se encontraba tumbado de espaldas en el lecho y completamente a oscuras, con la única compañía de su respiración. Bordesley Green le pareció en ese momento su tabla de salvación. Se preguntó cómo transcurriría la vida de Dylan como periodista. Pensó en Carol, la mujer que le había cambiado la vida, que había logrado que sus años como marino fueran mucho más llevaderos... quería volver a verla, y la muerte de Peter Goddard lo había decidido. Iba a regresar a Bordesley Green. Iba a comenzar a ocuparse de sus obligaciones como conde, e iba a comunicárselo a su tío.

El almirante Rawson lo encontró así, en parte decidido, y desesperado. Cuando Derry avivó la lámpara de gas, Adrien cerró los ojos.

—Me lo dijeron, pero me negué a creerlo —su tío tomó asiento en una silla que acercó hasta el lecho.

Ver a su sobrino en ese estado, le provocaba una alarmante inquietud.

—No tengo intención de comenzar una discusión que perderé porque no tengo fuerzas ni ánimo para sostenerla —respondió Adrien en voz baja.

Ya había tomado una decisión, ahora tenía que comunicársela a su tío.

Rawson soltó un largo suspiro.

—No te reconozco —se lamentó el tío—. Me asombros y me preocupas a partes iguales. También me encolerizas. Una emoción inaceptable en un hombre de control como yo que prometió servir a la corona con templanza.

—Me siento dividido entre el deber y la obligación —admitió Adrien al fin pero sin mirar a Derry—. La muerte de lord Goddard me ha mostrado el camino que debo seguir.

—Compruebo atónito que nada de lo que he hecho ha servido de algo, bueno, para agudizar tu ingratitud.

Adrien miró a los ojos a su tío mientras hacía una mueca con los labios. El sarcasmo estaba de más en una situación como la suya.

—No me acuses de ingratitud —respondió dolido—. Siempre te estaré agradecido por todo lo que has hecho desde que mis padres murieron, pero tengo la suficiente edad para decidir sobre mi vida, y no es navegando.

—Pensé que seguirías mis pasos —confesó el tío—. Que llegarías a ser

el gran marino que fue tu padre.

—Yo no soy mi padre.

Rawson vio el manojito de cartas atadas con un lazo azul: cartas que no habían sido enviadas. Las tomó y las miró una a una. Todas iban dirigidas a la misma persona: Caroline Hemsley. Clavó los ojos en el rostro de su sobrino con manifiesta sorpresa.

—No las has enviado —dijo con voz acerada.

Adrien soltó un suspiro largo antes de responder.

—No.

Derry parpadeó, y dejó el manojito de cartas de donde las había cogido. El sobrino se reincorporó sorprendido pues nunca había contemplado tal gesto de precaución en su tío.

No sabía qué pensar.

—¿Esa tal Caroline, era importante para ti?

—¿A qué te refieres? —le preguntó serio.

—¿Es ella el motivo para que dejes la marina?

Si Carol se hubiese puesto en contacto con él, si le hubiese dicho que lo amaba... pero Adrien había llegado a la conclusión de que la muchacha que se había entregado a él, lo había hecho siguiendo un impulso adolescente. Él, se había dejado embaucar porque le aterraba alejarse de lo único que conocía: los Hemsley. El silencio de Carol le mostraba que lo había olvidado, que aquel encuentro íntimo entre los dos no tenía importancia. Por ese motivo nunca le había enviado las cartas que le había escrito, un total de diez: una por cada año.

—Carol no es el motivo —respondió, aunque con cierta amargura.

Y cuando Adrien contempló el alivio en los ojos de su tío, se sorprendió. ¿Qué se le escapaba? Mejor... ¿qué le ocultaba?

—Caroline Hemsley no es noble ni pertenece a nuestro círculo social —le recordó el tío severo.

—Quiero muchísimo a los Hemsley, a todos y cada uno de sus miembros.

—Te repito... ¿Caroline Hemsley es la causa de que hayas decidido abandonar tu preparación como marino del reino?

—Si lo fuese, no debería importarte —respondió Adrien enfadado.

—Te recuerdo que es plebeya —insistió el tío—. El conde de Colsterworth no puede aspirar a un matrimonio morganático.

Adrien giró el rostro y clavó los ojos en la pared.

—¿Por qué no? —preguntó el sobrino.

—Porque la unión realizada entre dos personas de rango social desigual, impediría a tu esposa y cualquier hijo nacido de dicha unión, heredar u obtener tus títulos, privilegios y propiedades —Adrien nunca había pensado en ello—. Vuelvo a preguntártelo. ¿Es ella el motivo de que te marches?

—No te preocupes, Carol no es el motivo de que haya decidido regresar a Bordesley Green.

—Me siento decepcionado por tu actitud —soltó el tío a bocajarro.

—Soy consciente.

—No estás preparado para ocuparte del condado de Colsterworth —Adrien le sostuvo la mirada—. Permites que las acciones de un extraño te influyan. Que socaven tu fortaleza cuanto tanto me he esforzado en cimentar tu confianza.

Adrien lo interrumpió.

—Peter no era un extraño.

—Lo era cuando decidió suicidarse sin darte la oportunidad de que lo ayudaras.

Un silencio pendió entre los dos hombres aunque duró poco.

—Estás siendo demasiado injusto conmigo.

—¿Acaso ignoras que una vez que se muestra el haz hay que enseñar también el envés? —le preguntó. Adrien tragó con esfuerzo—. No me gusta la persona en la que te estás convirtiendo.

—Olvidas que estás hablando con el conde de Colsterworth —le recordó el sobrino con voz dura como el granito—. Soy dueño de mi propio destino, y tengo claro cómo debo actuar.

—Hay personas a nuestro alrededor que cuando salen de nuestras vidas dan ganas de aplaudirles —espetó el tío—, y Peter Goddard era una de ellas —concluyó mordaz.

Derry conocía a los hombres como Peter Goddard y el caos que ocasionaban a su paso. Trataba de sujetar su enfado porque precisamente había querido evitarle a su sobrino ese mar de dudas.

Adrien no iba a responder al agravio sobre su amigo, por el contrario, optó por revelar lo que había decidido sobre su futuro inmediato.

—Siento que debo irme desde el momento en que comencé a preguntarme si debería seguir en Greenwich —continuó. Su tío lo miró atónito pues no esperaba una afirmación así—. Deseo regresar a Bordesley Green.

—La deserción se castiga severamente, incluso con la muerte. No deseo que te formen un consejo de guerra.

—He pedido una excedencia a la corona —admitió sincero—. He desatendido demasiado tiempo el condado de Colsterworth.

Adrien necesitaba poner distancia.

—¡Soy responsable de ti! —exclamó el tío.

—La marina no es la familia que quiero y necesito —afirmó de pronto.

En la estancia se hizo un silencio extraño.

—¡Adrien! —exclamó el tío—. No tires por la borda el trabajo de todos estos años en la marina.

—Entonces, ¿qué esperas que haga? —preguntó Adrien—. Ya sabías que la marina no es lugar para mí, le he entregado diez años de mi vida, y se acabó.

Ese había sido un golpe bajo porque Derry se preocupaba de verdad por su sobrino.

—Entonces, ya no tengo nada más que decirte.

Cuando Derry ya se daba la vuelta para marcharse, Adrien lo detuvo con el brazo.

—No deseo dejar Greenwich enfadado contigo.

El almirante Rawson le mostró una ligera sonrisa de incredulidad en los labios, y una mirada negativa en los ojos.

—No te olvides de escribirme, para que no olvide tu egoísmo y desagrado.

CAPÍTULO 5

Ciudad de Nottingham, Inglaterra

Su marcha, no me dejó huellas, me dejaron cicatrices profundas que no sanan. Carol dejó la gruesa capa en la percha mientras meditaba en ese pensamiento recurrente. El comienzo de mayo estaba siendo poco templado aunque los días eran más largos y luminosos. Entró rauda a la cocina y puso el hervidor de agua sobre el hogar. Colocó el té en la tetera y esperó a que el agua se calentara. Se quitó las horquillas que sostenían su moño pues sentía latidos dolorosos en las sienes. Se las masajeó cerrando los ojos. Cuando escuchó que el agua hervía, llenó la tetera y la llevó al salón. Encendió la lámpara de gas, y se sentó en el sillón frente a la ventana. Tomó un libro de la estantería y se sentó en el amplio sillón. Se puso a leer su contenido, sin embargo, no se concentraba. Lo acusó a la falta de descanso. No dormía una noche completa desde hacía varias semanas. Se sentía inquieta, y reacia a tomar láudano, pero tenía que poner remedio pues su trabajo como institutriz se resentía con la falta de atención de ella, y no podía permitirse el lujo de perder un solo día de trabajo.

Volvió a concentrarse en el libro, y minutos después se dejó caer hacia atrás dejando reposar la espalda en el mullido sillón. Cerró los ojos, y como le sucedía cada vez que lo hacía, su mente viajó lejos, concretamente a Greenwich, y se detuvieron en la figura de un hombre al que no había visto en diez largos años. Ella le había escrito una carta, una sola, pero solo había recibido de Adrien silencio. Un silencio oneroso que la había destrozado. Sus padres sí había recibido de él postales de felicitación. Cartas breves de agradecimiento, pero nada más. Las primeras semanas tras la partida de Adrien, habían resultado muy duras. Los meses, agónicos. Carol no podía olvidarlo, tampoco lo había pretendido. Enamorarse no había sido una elección, simplemente sucedió.

Adrien estaba muy presente en su vida a pesar de encontrarse tan lejos.

Carol escuchó el ruido de un carruaje, seguido de un estrépito en la casa de al lado. Tenía que hablar con los vecinos. Debía hacerles entender que no podían mover los muebles a voluntad durante la noche. Sonó la campanilla de la puerta, y Carol miró la taza que había dejado caer en la alfombra. El líquido se había derramado por completo. ¿Qué le había sucedido para olvidarse de recogerlo? El sonido insistente de la campanilla la sacó de sus pensamientos.

Se levantó al fin y enfiló la puerta de entrada. La abrió...

—¡Dylan!, qué sorpresa.

Carol se hizo a un lado para permitirle al hombre el paso hacia el interior de la vivienda.

—¿Ha sido muy grave? —preguntó.

—¿Grave? —preguntó el hermano.

—Que hayas venido a verme, es porque ha ocurrido algo grave.

—Nada de eso.

Ella lo miró sin creerlo, pero Dylan no dijo nada más, se dirigió hacia el salón y tomó asiento en el sofá. Ella lo siguió con un paño en la mano para tratar de recoger de la alfombra el té que había derramado.

—¿No te importa que me quede aquí mientras llegan nuestros padres?

—¿Dónde están?

—Visitando al primo Paul en Castlederg.

Era una población cercana a Nottingham.

—Madre no me dijo nada —Carol miró a su hermano atenta.

Dylan se mostró incómodo con el escrutinio de ella.

—No quería estar solo —confesó al fin.

Esa respuesta le provocó extrañeza. Ella era la hermana pequeña, sin embargo, Dylan nunca quería estar solo, por ese motivo no se había marchado de la casa familiar y seguía viviendo con los padres de ambos.

—Sabes que me gusta que vengas a visitarme —dijo en voz baja mientras presionaba el paño sobre el tejido de lana.

—Si sirves más té, te lo agradeceré —fue su única respuesta—. Estoy desangelado.

Carol llevó a la cocina el paño mojado y puso más agua a hervir. Echó más té en la tetera, y sacó dos tazas, colocó también una jarrita de crema de leche y lo puso todo en una bandeja. La llevó al pequeño salón. Su hermano estaba echado hacia atrás con los párpados cerrados.

—Te noto cansado.

Dylan se reincorporó para aceptar la taza que su hermana le tendía.

—Ha regresado —dijo de pronto.

Carol no comprendió sus palabras.

—¿Quién ha regresado?

—Adrien —la taza tembló en la mano de ella—. Ha decidido regresar a Bordesley Green —ella no sabía nada sobre esa noticia.

El corazón comenzó a latir dentro de su pecho a mayor velocidad de la

que se sucedían sus pensamientos. ¡Adrien en Nottingham! Le parecía increíble. Tragó con fuerza pues la emoción apenas le permitía hilar un pensamiento con otro.

—¿Ya ha concluido su instrucción militar? —inquirió—. ¿Es por ello que regresa a Bordesley Green para quedarse?

—No me ha explicado los motivos —adujo su hermano—. Envié un telegrama a la redacción para avisarme.

—¿Y qué le dijiste...? —no pudo continuar pues la emoción la desbordaba.

—Que puede hospedarse unos días en casa de nuestros padres —Carol cerró los ojos para que su hermano no viera la dicha que la desbordaba—, antes de instalarse en esa monstruosa mansión de Bordesley Green.

La propiedad del conde de Colsterworth se encontraba a diez millas de distancia de la casa familiar de los Hemsley.

¡Estaría tan cerca de ella! Habían pasado diez largos años. Meses de un sufrimiento atroz, y de esperanzas rotas. De semanas de agonía, y noches de llantos interminables, pero también de ira y de deseos de venganza.

—Estoy deseando verlo —afirmó Dylan, ella no quiso responder porque temía delatarse si lo hacía—. ¡Mi mejor amigo regresa a casa!

Dylan parecía encantado.

—Seguro que ha cambiado mucho —trató de mostrar serenidad en medio del caos que sentía por la noticia que le había traído su hermano—. Es posible que ya no sea la misma persona que se marchó.

—Seguro que ha cambiado.

—Como todos nosotros —afirmó Carol.

—¿Qué hacías? —se interesó Dylan en un intento de cambiar de conversación.

—Estaba leyendo a William Shakespeare, quería memorizar unas frases para decírselas mañana a mis pupilos.

Dylan arrugó la comisura de la boca.

—No me gusta que trabajes de institutriz.

Carol parpadeó al escucharlo.

—Es el único trabajo al que puede aspirar una mujer como yo —matizó con sarcasmo.

—Podrías seguir en casa con nosotros —la reprendió su hermano—. No poseemos título nobiliario, pero gracias a las influencias de padre, puedes acceder a un buen matrimonio.

Carol entrecerró los ojos con cautela. Conocía a su hermano mayor muy bien, y sabía cuándo estaba preocupado. Sus padres y él nunca habían aceptado que dejase la casa familiar y se instalara en la ciudad de Nottingham, mucho menos que hubiese aceptado trabajar como institutriz para la prole de un respetado doctor.

—¿Podría acceder a un buen matrimonio? ¿Cómo esposa de un párroco? —le preguntó de forma inquisitoria—. ¿Es eso a todo lo que puedo aspirar?

—También tendrías posibilidades como esposa de un militar retirado, te recuerdo que ya no tienes edad para escoger.

Su hermano acababa de llamarla solterona.

—Tengo veintiséis años —replicó ofendida—, y, contrariamente a lo que piensas, todavía puedo elegir a un buen partido, de hecho, lo he escogido ya.

—¿A qué te refieres? —contestó el otro.

Ella sondeó la mirada fraternal y el gesto tenso de su mandíbula.

—Podría ser la esposa de un comerciante respetable, o de un maestro de escuela.

Carol acababa de ponerlo en su sitio. Los Hemsley no eran nobles, pero el pasado militar del padre de ambos les había abiertos innumerables puertas, una de ellas la proposición de matrimonio de Charles Butler a la que todavía no había dado una respuesta afirmativa.

—Perdona Carol, no pretendía ofenderte.

—A veces tengo la sensación de que me infravaloráis —apuntó Carol—, pero ya os he demostrado cuán equivocados estáis.

Dylan no quería seguir por ese camino.

—¿Estás preparada para ver a Adrien? —soltó el hermano a bocajarro.

El corazón de ella se detuvo durante un segundo.

—¿Por qué lo preguntas? —logró expresar sin que le temblara la voz.

—Porque no quiero que lo importunes con sentimentalismos cuando esté aquí.

Carol se sintió dolida.

—¿Por qué piensas que lo haría? —tanteó sin responderle.

—Porque algo me dice que no has superado el encaprichamiento que sentías por él en el pasado —Carol supo entonces el motivo real para que su hermano la visitara en su modesto domicilio—. Porque lo has superado, ¿verdad? —Carol se tragó la respuesta que pensaba darle, pero su hermano no tenía la culpa de lo que ella sentía, y del camino que Adrien había escogido—. Si no es así debo recordarte que Adrien es conde de Colsterworth, y tú, una

plebeya —su hermano acababa de darle una bofetada sin mano, de las que no dolía físicamente, pero que dejaba huellas profundas—. No hay posibilidad de algo entre vosotros dos.

Carol no era dada a las respuestas bruscas, aunque en ese momento deseó golpearlo con una porque ponía palabras a lo que tantas veces había sentido: ella siempre sería la humilde muchacha enamorada de un noble.

—Puedo asegurarte que su aristocracia la tengo muy presente, y afirmo que no tienes nada de qué preocuparte —respondió muy cauta.

Dylan soltó el aliento que había estado conteniendo con inmenso alivio.

—No me odies por mostrarte la verdad.

¿Mostrarle la verdad? Ella era muy consciente.

—Bueno, han pasado diez años, y ya no soy aquella niña enamorada.

—Ufff, cómo me alegro —confesó el hermano.

—Ya puedes dormir tranquilo, tu hermana no molestará al todopoderoso conde de Colsterworth —le dijo herida.

Dylan se preguntó por qué motivo su hermana parecía enfadada por el regreso de él.

—Me alegra saber que todo está superado —terminó su hermano antes de levantarse para marcharse.

—Pensaba que te quedarías más tiempo —replicó sorprendida por su marcha.

Pero comprendió que su hermano simplemente quería prevenirla o prepararla.

—Carol ... —ella había entrecerrado los ojos para que no viera el brillo acerado, pero al escuchar su nombre, lo miró con más cautela que interés—. De verdad, si pusiste punto final a lo que sentías por Adrien, no te olvides de cerrar el libro de una vez por todas. Por el bien tuyo, por el bien de los dos.

Su hermano no esperó una respuesta. Se marchó dejándola sola y sumida en una vorágine de sensaciones ante la dicha de ver de nuevo al amor de su vida, y la infelicidad que le había ocasionado la advertencia de su hermano.

CAPÍTULO 6

Adrien había decidido quedarse en Bordesley Green. Agradecía enormemente a su amigo Dylan la hospitalidad que le había brindado de quedarse en Grasmere, pero no era una buena compañía para nadie en ese momento.

Necesitaba soledad para ordenar sus pensamientos.

Nottingham había cambiado bastante en esos diez años, salvo Bordesley Green que seguía igual a como él lo recordaba. Desde la amplia ventana de su alcoba miraba hacia el exterior con los ojos entrecerrados. Había recorrido esos campos cuando era un niño sin preocupaciones. Cuando todo su mundo estaba centrado en ser feliz sin cuestionarse nada. La muerte de sus padres le había asestado un golpe mortal. La entrega de Carol había vuelto su mundo del revés, y el suicidio de Peter había sacudido los cimientos de su confianza.

El sonido de unos golpes lo sacó de sus meditaciones.

—Soy Dylan —se escuchó su voz tras la puerta—. Tu mayordomo me ha dejado entrar en la casa, y venir a saludarte a tu alcoba, ya sé que no es apropiado, pero me ha informado que me estabas esperando.

Adrien enfiló los pasos para abrir la hoja de madera, y cuando lo hizo, ambos amigos se estrecharon en un abrazo genuino.

—¡Cuánto me alegro de verte! —dijo Adrien visiblemente emocionado—. Y tan irrespetuoso como siempre, podrías haber esperado a que bajara.

—No soy una visita cualquiera.

—No, no lo eres...

—Y vengo a llevarte a Grasmere —fue la respuesta de Dylan—. Tienes que estar con tu familia, al menos hasta que te aclimates.

Adrien inspiró de forma profunda porque no quería compartir con su amigo de la infancia las dudas que le hacían sangrar de forma figurativa. Por ese motivo debía declinar su invitación: porque necesitaba la soledad que Bordesley Green le proporcionaba.

—Hace casi diez años que estoy no te veo —afirmó el conde.

Dylan se apartó y colocó las manos en jarras.

—Déjame que te analice —Dylan no se había molestado por su negativa a quedarse en Grasmere—. Estás muy cambiado.

—Tú, sin embargo, estás igual.

—Qué feliz soy de verte de nuevo.

Ambos amigos se estrecharon en un nuevo abrazo más efusivo todavía

que el primero.

—Si me hubieses avisado de tu llegada, habría ido a recogerte a la estación —le recriminó Dylan que le sonría de oreja a oreja.

—Nunca seré una molestia —terminó confesando.

—No pienses así pues eres parte de nuestra familia.

Adrien se preguntó por qué motivo había dejado pasar tantos años sin regresar a Nottingham. Había tenido algunos permisos, pero no los había aprovechado. A medida que pasaba el tiempo, regresar a Bordesley Green se le hacía más cuesta arriba.

—Tu bienvenida es un consuelo —le agradeció Adrien.

Dylan lo obsequió con una palmada en la espalda, como si los dos adolescentes del pasado no hubieran crecido.

—Mis padres te esperan para cenar... —Adrien entrecerró los ojos. Le apetecía de veras saludar a Hannah y a Niall, pero estaba cansado del largo viaje—. No puedes negarte —lo avisó Dylan señalándolo con el dedo índice—, o me veré en un serio problema.

Lo invitó a sentarse en la única silla de la habitación mientras él tomaba asiento en los pies del lecho.

—Cuéntame qué es de tu vida... qué haces, en qué trabajas —se interesó Adrien—. Hay tantos detalles que me gustaría conocer.

Dylan se repantigó en la silla y cruzó los brazos al pecho. Le parecía increíble estar frente al único y verdadero amigo que tenía.

—Trabajo para el Silverbirch Chronicle —informó—, me ocupo del espacio deportivo, ya sabes, hípica, esgrima, etc.

—Siempre supe que triunfarías.

—No es precisamente lo que esperaba, si bien no me quejo.

—¿Qué es de nuestra pequeña Carol? —la pregunta del noble no contenía segundas intenciones.

Había sido formulada desde el interés natural.

—Trabaja como institutriz.

Esa respuesta lo había dejado pensativo.

—Me cuesta imaginarla siendo una adulta e independizada.

Adrien desconocía la apariencia de Carol en la actualidad. Dylan decidió cambiar de tema.

—Tienes tantas cosas que contarme —respondió en voz baja pero sin explayarse—. Tengo cientos de interrogantes en la cabeza —siguió—, me preguntó qué haces aquí en Nottingham cuando estabas a punto de finalizar tu

instrucción militar.

Entre ambos hombres se hizo un silencio un tanto embarazoso.

—Tenía que regresar, he desatendido mis obligaciones con el condado durante mucho tiempo.

La enorme propiedad de Bordesley Green estaba al cuidado de un mayordomo, una cocinera, tres doncellas, dos lacayos y varios mozos de cuadra, también de un gestor que se ocupaba de los pagos y cobros. Aunque Adrien no se ocupara de sus propiedades personalmente, estarían siempre a buen recaudo.

—Creo que tus ansias de ocuparte de tus propiedades no me parece suficiente motivo para dejar tu instrucción militar inacabada —contestó Dylan—. Espero que no hayas desertado.

Adrien sonrió.

—He pedido una excedencia a la corona, ya sabes, privilegios de clase...

La respuesta era del todo insatisfactoria para Dylan que esperaba una declaración completa sobre su regreso a Nottingham.

—Has cambiado mucho —reiteró Adrien—, no veo al amigo de la infancia en el brillo de tus ojos —Dylan se percató que su amigo desviaba la atención sobre él, y su regreso inesperado.

—No soy el adolescente que dejaste atrás —le recordó—. He cambiado, pero ha sido necesario.

Adrien optó por sonreír para que su amigo no percibiera la inquietud que sentía.

—Prometo comportarme, y no hostigarte sobre tu forma particular de entender la responsabilidad, y que tantas discusiones generaron entre nosotros en el pasado.

Dylan siempre había sido inquieto, impulsivo, y dado a sufrir desastres por su irresponsabilidad.

—A menudo lo has hecho —apuntó Dylan sin dejar de mirarlo—. En todo momento has sido una persona íntegra. De valores excepcionales. Es un orgullo para mí que me consideres tú amigo. —Adrien tragó con fuerza.

—Espero no desilusionarte —Dylan trató de comprender el tono decepcionado de Adrien al afirmar esa frase.

No sabía por qué, pero esas palabras contenían una doble intención que se le escapaba. El rostro de Adrien estaba serio, y su mirada tenía un brillo de sufrimiento que no cuadraba en un hombre como él.

—Si necesitas ayuda, no dudes en pedírmela.
—Sé que puedo confiar en ti —respondió Adrien.
—Siempre.
—Siempre —reiteró.
—¿Nos vamos? Mi madre ha preparado una cena digna de un rey.
—Ni te imaginas lo que he extrañado los asados de tu madre.
—¿Y nuestras discusiones? —la pregunta de Dylan era del todo inocente.
—¿Las que siempre perdías? —respondió el otro con humor.
Ambos amigos se sonrieron.

Carol no había asistido a la cena de bienvenida que sus padres habían ofrecido a Adrien, y no había asistido porque se lo había impedido un inconveniente de última hora. Como institutriz dedicada, no podía obviar un contratiempo como el viaje del padre de sus pupilos a Londres para un congreso de medicina. Su jornada laboral comenzaba muy temprano y terminaba muy tarde, pero ella agradecía poder regresar a su pequeña casita alquilada cada noche. La residencia del doctor estaba apenas a dos millas de distancia de la suya, y como el hombre era viudo, había aceptado que ella no durmiera en la misma casa donde trabajaba. Como Grasmere estaba bastante alejada de su lugar de trabajo, sus padres habían aceptado que viviera lejos de la casa familiar. Pensó en Adrien y el corazón se le encogió. Su marcha la había dejado sumida en una pena que la ahogaba, después su silencio la había golpeado con fuerza. En esos momentos estaba terriblemente enfadada con él, y temía y ansiaba al mismo tiempo verlo de nuevo.

Adrien se había sentido decepcionado durante la cena. Había esperado ver a la pequeña Carol, pero no había llegado a la casa. Hannah y Niall se habían extrañado tanto o más que él por su ausencia, y se preguntó si sería una muchacha feliz. Así lo esperaba pues sentía por ella algo muy especial.

La cena transcurrió sin incidentes. La conversación versó sobre la marina, la instrucción, y un largo etc. Adrien no reveló el motivo de su inquietud. Ni los estragos en su ánimo que había ocasionado la muerte de Peter Goddard. Los Hemsley lo conocían, porque Adrien lo había mencionado en varias cartas, sin embargo, no quería comentar nada sobre los últimos acontecimientos.

Hablaron sobre la política de Inglaterra. Sobre el último tratado económico con España y Portugal. Había tanto que comentar, que el tiempo voló sin que ninguno de los cuatro se percatara de ello.

CAPÍTULO 7

¿Por qué el silencio parece que separa más que la distancia?, se preguntó Carol que había tenido un día muy duro con los niños pues la ausencia del padre los sumía en una melancolía aguda. Extrañaban a su madre que había muerto en el parto del pequeño, y por eso llevaban muy mal los continuos viajes del progenitor. Se había llevado un buen susto cuando vio al mayor con la mirada inexpresiva y con la boca abierta. Ella le había hablado, zarandeado, pero el niño se había mantenido en una quietud muy preocupante. No era la primera vez que le sucedía, sin embargo, ella seguía preocupándose igual por el niño.

Lamentaba no haber visto a Adrien, pero también se sentía tranquila. Ignoraba cómo actuaría una vez lo tuviera delante, y se preguntó si la recordaría, sobre todo el encuentro pasional que habían tenido.

Se hacía muchas preguntas mientras caminaba hacia la iglesia, detuvo sus pasos e inspiró con fuerza. Empujó la gruesa puerta de madera y una suave oscuridad la envolvió. Buscó con los ojos hasta que vio al párroco que encendía unos cirios bajo los pies de una de las imágenes. Era una hora inusual para una confesión, pero ella no iba a confesarse sino a buscar ayuda.

—Padre Payne—avisó Carol en un susurro para no asustarlo.

El sacerdote se giró hacia ella con lentitud mientras sostenía un palillo largo encendido en su extremo.

—Señorita Hemsley, ¡qué sorpresa! Cuánto tiempo sin verla por la casa del Señor.

Carol se mordió levemente el labio inferior porque había entendido la crítica junto al saludo.

—Mi trabajo como institutriz me ha mantenido muy ocupada en estas semanas.

El religioso terminó de encender los cirios e hizo la señal de la cruz. Sopló la punta del largo palillo, y lo dejó junto al resto de velas que no habían sido utilizadas.

Cruzó las manos y la miró con un interrogante.

—Tu madre se ha mostrado muy preocupada por tus ausencias en los servicios religiosos de los viernes y de los domingos.

—Lo sé —admitió cabizbaja—. Pero tengo bajo mis responsabilidades a tres niños pequeños que no tienen madre, y su padre viaja de forma constante.

—Me alegro en verdad que ese tiempo complicado haya pasado, porque

ha concluido, ¿no es cierto?

Carol negó con la cabeza.

—Necesito consejo y ayuda —dijo de pronto—, de nuevo.

Payne la observó con atención. La muchacha a la que conocía desde su nacimiento pues había oficiado su bautismo, tenía en el rostro un rictus de preocupación. Había acudido a él diez años atrás con un problema muy grave. Recordó que él había esperado que tomara los hábitos, aunque finalmente no lo hizo. Le tenía afecto a sus padres porque eran fieles y devotos creyentes, también a ella y a su hermano Dylan. La invitó con una mano a que lo siguiera. Después le señaló el primer banco de la iglesia para que tomara asiento, él, se mantuvo de pie.

—Confío y espero que el consejo y ayuda que necesitas sea de índole espiritual, no como aquel del pasado —le recordó el sacerdote bastante serio—. Te escucho, hija mía —la animó.

Carol no sabía cómo comenzar.

—Jamie se ha vuelto a quedar paralizado —confesó preocupada.

Jamie era el hijo mayor del doctor Butler, el hombre para el que trabajaba y el que le había propuesto matrimonio.

—Explícate, por favor.

—No sé qué le sucede —continuó ella—, pero de repente parpadea, y cuando abre los ojos, el tiempo se detiene. Era como si no pudiera pensar en nada. Ni pudiera moverse.

—¿Inquieta tu alma y agita tu espíritu encontrarlo en esa situación?

Carol hizo un gesto afirmativo.

—Cuando recupera la conciencia no se acuerda de nada.

Solomon Payne la miraba con mucha cautela. Meses atrás habían mantenido la misma conversación, y sobre los mismos trastornos del hijo mayor del doctor Butler. Solomon Payne la había recomendado para el puesto de institutriz.

—Continúa, por favor.

—Dice que escucha voces —se animó a seguir.

—¿Piensas que puede estar enfermo? —el sacerdote le hacía las mismas preguntas que le había formulado tiempo atrás. Desde que ella le había confesado lo preocupada que estaba con respecto al niño de diez años.

Carol no respondió de inmediato.

—Hablé con Charles y le expliqué los episodios que había sufrido su hijo en apenas tres semanas —informó con un hilo de voz—, pero temo que no

me da credibilidad.

El rostro del sacerdote mostró una preocupación real.

—¿Charles Butler ignora tus preocupaciones con respecto a su hijo? — preguntó.

Carol asintió.

—Es un chico estupendo, con una gran capacidad para retener información, por ese motivo me preocupa tanto los lapsus que sufre.

El sacerdote al escucharla arrugó la nariz.

—Siempre he tenido al doctor Butler como una persona razonable.

Carol tragó con fuerza.

—Si usted le habla, es posible que lo escuche —la muchacha comenzó a tamborilear los dedos.

—¿Ha sufrido algún tipo de lesión física? —ella respondió rápida.

—No. ¿Piensa hablar con el doctor?

—Podríamos precipitarnos.

—¿Precipitarnos? —la pregunta estaba llena de incredulidad.

El sacerdote soltó un suspiro.

—Chales Butler es uno de los mejores doctores de esta parte del reino, y con una reputación incuestionable.

—No estamos cuestionando su reputación como médico —apuntó Carol más seria de lo habitual—, simplemente me preocupa que su hijo de diez años se queda paralizado demasiado a menudo.

—Quizás el muchacho trata de llamar la atención del padre por sus continuos viajes, te recuerdo que perdieron a su madre y se sienten solos.

—Sí, yo también lo he pensado, pero es un niño tan inteligente... —Carol estaba realmente preocupada.

—Hablaré con el doctor Butler si ello te hace sentir mejor.

—Se lo agradezco.

El religioso lo pensó antes de hacerle una pregunta.

—¿Sabes que ha regresado lord Rawson?

Carol sintió que un escalofrío la recorría de pies a cabeza.

—Sí, me lo dijo mi hermano Dylan.

—Soy consciente del peligro que representa para ti —Carol se llevó la mano a la boca para contener un suspiro—. Para tu integridad.

—Quiero creer que es un amigo que regresa a casa...

Su respuesta sonó vacía. Pero el sacerdote conocía demasiado bien a Carol y sabía lo mucho que había padecido por el conde años atrás.

—Hija mía, ¿crees que lo has superado?

El religioso actuaba más como un familiar preocupado que como un hombre de fe. Tenía mucho cariño a los Hemsley, y el regreso del conde podría ser una hecatombe en la vida de la dulce Carol.

—Sí, gracias a su silencio que resultó muy elocuente —matizó ella—. Ya han pasado diez años, y todo está superado.

Carol había pasado un verdadero calvario tras la marcha de Adrien. Había necesitado ayuda física y consuelo espiritual para sobrellevar el desengaño que le supuso su silencio y olvido. Había pecado al entregarse a él, y se había arrepentido en innumerables ocasiones. Ella había seguido un impulso, y él se había aprovechado de su candidez.

—Sufriste el peor castigo como pecadora —le recordó el sacerdote—, y confío que no lo olvides cuando lo veas de nuevo —el rostro de Carol se contrajo—. Veo sufrimiento en tu mirada.

Carol se preguntó si realmente era un libro abierto.

—Es preocupación por Jamie Butler, quiero a esos niños como si fueran míos.

El sacerdote cruzó las manos al escucharla.

—Confío que sigas el camino de la fe, y que no vuelvas a sucumbir al pecado carnal que tanto daño te hizo en el pasado.

—Jamás olvidaré todo lo que sufrí... que sigo sufriendo.

—Charles Butler me pidió consejo para cortejarte y proponerte matrimonio.

—Lo hizo —confesó ella—, pero no le he dado una respuesta todavía.

—Es un buen hombre, respetable, y necesita una madre para sus hijos.

—Soy consciente de ello, padre Payne.

—Confío que la llegada de lord Rawson no te anime a darle una negativa.

El sacerdote insistía con el mismo recordatorio.

—Aquello está superado, y no volveré a pecar —reiteró con un hilo de voz.

El sacerdote la miró atentamente. Le tendió la cruz para que la besara. Carol así lo hizo.

—Marcha en paz, y dile al doctor cuando regrese de su viaje, que pasaré para hablar con él —la muchacha hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. No te quedes a solas con lord Rawson —le aconsejó—. Recuerda tu error del pasado y sus consecuencias.

—Lo recordaré —aceptó humilde.

CAPÍTULO 8

El encuentro entre Carol y Adrien resultó fortuito e inesperado. Ella tenía que recoger de la sastrería Peaky unas camisas para el doctor Butler, que de nuevo se encontraba de viaje. Y Adrien había encargado un vestuario completo porque durante años solo había vestido uniforme militar, y había crecido tanto desde los dieciocho años, que todo el guardarropa que seguía conservando en Bordesley Green se le habían quedado pequeño.

Adrien sujetó el tirador de la puerta, y la abrió con fuerza. Una muchacha rubia cayó hacia él, y se golpeó la cabeza contra su barbilla. Ambos habían empleado casi la misma energía para abrir la pesada hoja que se abría hacia el interior.

—¡Por favor, discúlpeme! —se excusó visiblemente turbado.

La muchacha alzó el rostro y lo miró también para ofrecerle una disculpa. Los ojos de ambos se encontraron, y el tiempo pareció retroceder diez años. Durante unos largos segundos, ninguno pudo decir nada. Se quedaron absortos observándose el uno al otro.

—¿Carol? —él, no podía creérselo.

—¿A... Adrien? —logró balbucear.

Se miraron con un brillo expectante. Él, no pudo contener una sonrisa de verdadera dicha al contemplar el rostro de la mujer. Había cambiado muy poco aunque no la recordaba tan delgada. Llevaba un vestido de muselina azul bordado con margaritas blancas que realzaba su esbelta figura. Llevaba el cabello recogido en un moño informal bajo la nuca. No llevaba sombrero, y comprobó que las pecas sobre el puente de la nariz seguían siendo adorables.

El corazón se le aceleró.

Ella lo miró al mismo tiempo que contenía un suspiro de tormento. Adrien estaba igual que lo recordaba, aunque mucho más alto y fuerte. Seguía teniendo los ojos de un azul impresionante: tan intenso y bravío como el mar del norte. Empujó la saliva con fuerza a través de su garganta pues la sentía reseca.

El corazón se le detuvo.

—¡Pero qué bella estás! —Carol no se esperó que la tomara de los hombros y la encerrara entre sus fuertes brazos en un gesto que descolocó sus defensas.

Al instante se sintió inundada por el calor que emanaba del cuerpo masculino. Era el gesto cariñoso que Adrien le daría a una hermana pequeña

que no ha visto en mucho tiempo. A pesar de la verdad, disfrutó el momento porque estaba hambrienta de su contacto.

—Me alegro mucho de verte —logró decir sin dejar de mirarlo.

«Lo malo de este abrazo es que me dejará marcas», se dijo abatida. Durante diez largos años había construido un muro de contención, pero había bastado un segundo en los brazos de Adrien para que se derrumbara.

—Pensé que te vería la otra noche en Grasmere —Adrien la apartó con suavidad porque impedían el paso a otro cliente que los miraba bastante extrañado—. Vamos a tomar una limonada —la invitó amable—. Tienes muchas cosas que contarme.

De pronto y sin poder decir nada, Adrien la tomó de la mano y la arrastró hacia el café de la esquina. La miraba y sonreía. Se alegraba en verdad de verla. Por el contrario, Carol estaba pasando el peor momento de su vida pues Adrien no le permitía el alivio de la separación entre ambos cuerpos. Percibía claramente la mano caliente que sujetaba la suya. El aroma tentador del cuerpo fibroso que la mareaba, y la maldita chaqueta militar le apuñalaban los ojos cada vez que lo miraba. Adrien pidió dos limonadas dando por supuesto que a ella también le apetecía tomar una. Cuando el camarero se marchó para cumplir su pedido, se echó hacia atrás en la silla y la miró arrobado.

—Dylan me ha dicho que trabajas como institutriz.

Carol tardó unos instantes en responder.

—Tengo tres niños a mi cargo a los que adoro.

—¿Eres feliz?

A ella le pareció que la pregunta tenía doble intención.

—¿Por qué no iba a serlo? Adoro cuidar a esos niños —respondió firme.

Adrien sonrió todavía más, y Carol terminó por estrujarse las manos que las sentía frías.

—Tenía muchas ganas de verte —le dijo de pronto.

Carol entrecerró los ojos porque percibía la sinceridad de su mirada, pero los diez años de silencios por su parte, le seguían doliendo en el alma.

—Sí, ha pasado mucho tiempo —ella se fue por la tangente.

Adrien percibió la dureza en la voz de ella.

—Pensé que ya estarías casada.

Ella se tomó un tiempo antes de contestar. Allí estaban los dos, un hombre y una mujer que en modo alguno sentían lo mismo el uno por el otro. Ella se había entregado a él, pero Adrien actuaba como si aquello no hubiera tenido importancia.

—Diez años son mucho tiempo —Adrien entendió la crítica—, para una mujer que no ve al amigo de su infancia.

—La instrucción militar es muy dura —reveló él—. Nada en mi vida anterior me preparó para lo que me iba a encontrar en la marina.

—Pobre Adrien —se burló ella.

Adrien entrecerró los ojos.

—¿Por qué no te has casado? —volvió a insistir.

Carol se había prometido un millón de veces que si alguna vez tenía a Adrien frente a ella, jamás le iba a formular la pregunta que siempre la atormentaba, pero fue incapaz de contenerse. Estaban sentados en un café con la única compañía de un camarero que en ese momento leía la prensa escrita.

—¿Por qué, Adrien? ¿Por qué este silencio por tu parte?

El noble la miró con sorpresa.

—¿A qué silencio te refieres? —preguntó franco.

Ella entendió que él no iba a responderle, así que evitó echarle en cara la carta que le había enviado y que él no había respondido. No pensaba rebajarse hasta ese punto. Y se sintió enferma de ira y despecho al ser consciente de que había esperado un imposible.

—Dylan sufrió mucho tu marcha —Carol trajo a colación el nombre de su hermano porque necesitaba recomponerse del duro golpe que había recibido.

Adrien no era consciente de todo lo que ella había sufrido por entregarse a él, por amarlo durante tanto tiempo.

—Yo también pues Dylan era el mejor amigo que tenía, bueno, el único amigo que tenía, y sufrí mucho la distancia que nos separaba.

Ella meditó sus palabras.

—¿Ha merecido la pena?

Adrien bajó los ojos. No, no había merecido la pena. La marina no era su vida aunque fuera la de su tío. Él, tenía otras aspiraciones, y ahora que estaba sentado frente a la mujer más inquietante de todas, muchos sentimientos se le aclararon.

—Intenté ser como mi padre, como mi tío, pero he descubierto que no soy hombre de mar.

—¿Y cuál es tu vida? —quiso saber ella.

«Mi vida podrías ser tú», se dijo en silencio.

—La que me espera como conde de Colsterworth.

—¿Pero es la que tú deseas? —insistió Carol.

Adrien parpadeó mientras escuchaba la pregunta.

—Mis deseos no cuentan —respondió serio—. Tengo asumido lo que se espera de mí como conde, y no pienso fallar a la memoria de mi padre.

Carol apretó el mentón porque era la respuesta que había esperado siempre. Ahora lamentaba haberla formulado.

—Entonces solo me resta felicitarte por tu acabada instrucción militar, y por el regreso del noble.

Adrien entrecerró los ojos al escuchar la felicitación que le había sonado decepcionada.

—Todavía no he concluido mi instrucción —le informó con una media sonrisa.

—Discúlpame pues creí que... —los ojos femeninos se clavaron en la chaqueta militar—. Llevas diez años en la Royal Naval College.

—Hasta hace unas semanas completaba mi instrucción, pero he decidido tomarme un tiempo antes de concluirla.

—¿Tomarte un tiempo? —preguntó ella—. ¿Has desertado?

Estaba horrorizada. Adrien terminó por sonreír.

—No, no he desertado, he utilizado mis privilegios como noble para pedir una excedencia a la corona.

—Entonces, ¿tienes que regresar a Greenwich?

—Todavía no —respondió en voz baja—. Pero cuando pase el tiempo que he solicitado, sí, tendré que regresar y completar mi instrucción inacabada.

—Tienes que regresar... —Carol repetía las palabras de Adrien con sumo respeto.

—Tengo muchos temas en los que pensar, decisiones que tomar, antes de regresar a Greenwich.

Carol parpadeó con sorpresa. Adrien creyó entender en los ojos femeninos otra cosa a lo que realmente pensaba y sentía.

—¿Y por qué motivo estás en Nottingham y no en Bordesley Green pensando en esos asuntos y tomando esas decisiones?

«¿Cómo iba a irme a Bordesley Green sin antes verte?», Adrien se hizo la pregunta de forma silenciosa.

—Creí que te alegrarías de verme —le espetó él que había cambiado el tono de la voz.

—Sufrí mucho tu marcha, Adrien, y creo que voy a sufrir más tu regreso.

Él, la miró sin comprenderla.

—Nunca haría nada que te molestase, Carol. Que yo haya regresado aquí

en nada te perjudica.

Carol cerró los ojos y soltó el aire que había estado conteniendo mientras lo escuchaba. Adrien ni se podría imaginar lo mucho que la había herido con su marcha, con su silencio, pero veía en sus ojos que él era ajeno a todo lo que ella había sentido por él, que todavía sentía por él.

Sintió una decepción abrumadora.

—No te estaba acusando —Carol pudo ver el alivio en los ojos de él, y sintió un nudo en la garganta.

Los dos se quedaron quietos durante un instante sin apartar la mirada el uno del otro. Carol ya no era la adolescente de dieciséis años que sintió derrumbarse su mundo cuando Adrien se marchó a Greenwich. Siempre había albergado la esperanza de que él se diera cuenta de que no tenía vocación militar, y cuando llegó el momento de partir, se sintió morir. Apenas recordaba el momento exacto en el que se enamoró de él. Sincerándose consigo misma debía admitir que Adrien nunca le había dado motivos para ello, no obstante, en cada visita a Grasmere donde pasaba parte de sus días con los Hemsley, el amor secreto que sentía por él aumentaba sin que pudiera hacer nada. Que sus padres Niall y Hannah fueran amigos íntimos del anterior conde, había sido determinante pues Adrien se sentía muy cómodos con ellos. Habían crecido juntos. Ella se había entregado en un impulso, pero él no hacía mención a aquella noche en la que entró en su alcoba y le pidió un beso. Si pudiera volver a atrás, Carol haría lo mismo sin dudar un momento, y por ese motivo se sintió débil, desamparada, y llena de dolor.

—¡Carol ! ¿Te encuentras bien?

Parpadeó cuando sintió la mano de él sobre la suya. Adrien estaba inclinado frente a ella, y con una mirada de preocupación en el rostro.

—Sí... sí —logró balbucear.

Pero no era cierto, Carol sintió ganas de llorar por la frustración que sentía.

—No te creo —observó él—. Te has puesto pálida.

Carol no podía decirle que el motivo de su angustia era precisamente él, y su regreso.

—Pensaba en los días que pasabas en Grasmere con nosotros. —El rostro de Adrien no había cambiado de expresión—. Me dio mucha pena que eligieras ser militar, sabía que te alejarías de nosotros, y me convencí de que sería para siempre.

Carol pudo apreciar que las arrugas de preocupación del rostro de

Adrien se suavizaban.

—Siempre estaré allí donde os encontréis. Sois la familia que nunca tuve. Dylan y tú sois mis hermanos. He crecido con vosotros, os amo de corazón.

Esas palabras la emocionaron pero en un sentido contrario porque ella no quería ser una hermana para él, aunque tenía que conformarse.

Ambos rostros estaban muy cerca. Casi intercambiaban el aliento.

—¿De verdad que te encuentras bien?

Ella hizo un gesto afirmativo, y le sonrió. Él, le devolvió el mismo gesto. La expresión cálida de sus ojos le provocó un vuelco en el pecho.

—El domingo iré a cenar a de nuevo Grasmere, soy incapaz de darle una negativa a tu madre, ¿vendrás?

Carol pensó que no era bueno para ella mantener contacto con Adrien. Que no le hacía ningún bien verlo, escucharlo, morir cada segundo porque el amor que había sentido por él, que todavía sentía, la había hecho inmensamente desgraciada.

Sin embargo, respondió de una forma contraria a como pensaba.

—Por supuesto que iré a cenar el domingo. Estoy encantada de que estés de nuevo con nosotros, me haces evocar los buenos momentos que vivimos en el pasado.

Adrien relajó los hombros y le sonrió de una forma que la desarmó.

CAPÍTULO 9

Lo malo de la felicidad es que al irse nos deja huérfanos de emociones, se dijo Adrien. Los dos amigos de la infancia se encontraron de nuevo en Bordesley Green. La vivienda estaba situada en Healy Park, una zona arbolada junto a un río, y separada del resto de propiedades. La casa de doble altura estaba revestida de ladrillo rojo en su mitad inferior. Adrien apenas había vivido en ella, por ese motivo no guardaba recuerdos ni momentos importantes compartidos en su interior. El interior estaba lleno de objetos personales de sus progenitores. Miles de libros que llenaban una de las mejores bibliotecas de la comarca.

La campanilla de la puerta lo sacó de sus cavilaciones. El mayordomo acudió a abrir, y segundos después, Dylan se presentó en el gran salón azul.

—Bordesley Green no ha cambiado nada en todos estos años —le dijo el amigo.

Adrien lo invitó a pasar al interior.

—Te has adelantado.

—He terminado pronto los dos artículos deportivos y no quería hacerte esperar.

Ambos tomaron asiento en dos sillones, uno frente al otro. El mayordomo traía una bandeja con dos cervezas.

—Por la alegría de tenerte de nuevo entre nosotros —chocaron las jarras de cristal y dieron un trago al unísono.

Adrien se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¡Qué buena está!

—Ya me parecía que en Greenwich no bebías cerveza de la buena.

Adrien terminó por mostrarle una sonrisa cómplice.

—En todo Londres no existe una cerveza tan excepcional —admitió con humor ligero tan poco habitual en él.

—De verdad que no envidio tu tiempo en el Ejército de Su Majestad —Dylan chocó de nuevo el cristal de la copa.

—Ayer me encontré con Carol en el centro —dijo Adrien de pronto.

Las cejas de Dylan se alzaron con sorpresa.

—¿Y no salió huyendo? —quiso saber.

Adrien pareció advertir un brillo de preocupación en su mirada. ¿Dylan estaba preocupado por Carol? Se preguntó el motivo.

—No soy un ogro —se quejó el noble.

—Hace un par de semanas que no la veo —admitió el hermano en voz baja.

—Eso es un error lamentable —lo recriminó el amigo porque sabía lo unidos que estaban ambos hermanos.

—¿Y cómo la encontraste? —el brillo de cautela regresó a los ojos de Dylan al hacer la pregunta, aunque trató de que sonara casual.

—Muy diferente a como la recordaba.

—Han pasado diez años —admitió Dylan—. Y ese es mucho tiempo para una adolescente.

—¿Ha tenido novio? No sé, tiene veintiséis años, y trabaja como institutriz...

Dylan comenzó a preocuparse.

—Carol adora a los tres niños que tiene bajo su cuidado —le dijo Dylan en un tono serio—. En ocasiones he creído que tiene vocación de religiosa.

Adrien se quedó pensando en la última palabra de Dylan.

—¿Creéis prudente que Carol viva sola en una casita tan apartada de Grasmere? Son muchos los peligros que acechan a una mujer alejada de la protección de su familia.

Dylan se preguntó cómo sabía Adrien que Carol vivía sola en una casita de alquiler.

—Que viva sola es una casualidad pues la casita la compartía con una señora viuda que enfermó y murió. Además, su trabajo está bastante lejos de Grasmere, y no podía ir y venir en el mismo día, por eso mis padres aceptaron que alquilara la casita.

—Me ha extrañado que no esté casada, o que no esté comprometida. Es una mujer muy guapa, también inteligente.

Dylan pensó que la conversación comenzaba a tomar un derrotero inusual y extraño. ¿Por qué motivo habría mencionado su amigo la palabra compromiso?

Decidió quitarle hierro al asunto y convertir el tema en banal.

—¿Estás pensando en convertirla en la condesa de Colsterworth? —Dylan soltó una carcajada—. Porque te vas a llevar una sorpresa si se lo propones.

El entrecejo de Adrien se acentuó.

—Sabes que eso sería imposible, y no porque tu hermana no lo mereciera, sino porque no puedo elegir en ese asunto —fue escucharlo y Dylan se encrespó. Era la primera vez que Adrien hacía mención a su título, y la

responsabilidad que conllevaba.

—Que estaba bromeando Adrien —dijo de pronto.

—Yo no —respondió el noble.

—Como soy enamorado por naturaleza, pensé que tú también podrías serlo, y como hay tantas mujeres bonitas en el mundo —respondió para justificarse.

Adrien entrecerró los ojos al escucharlo.

—Me tomo muy en serio mis responsabilidades, y mis amistades —confesó sincero—. Y por eso me preocupo por vosotros.

El rostro de Dylan se puso serio de repente.

El motivo para visitar a su amigo discurría por otros asuntos. Tenía que sondearlo antes de forzarlo a darle una respuesta afirmativa sobre sus pretensiones, pues pretendía obtener su aprobación para mantener reuniones clandestinas en su casa. Como estaba apartada, resultaba muy apropiada.

Dylan se armó de valor y se lanzó al ataque.

—¿Qué piensas de la política de Humberto I de Saboya?

Adrien mostró la cautela que la pregunta le suscitaba.

—Llevo mucho tiempo fuera de la política de Europa. ¿Qué crees que debo pensar?

Dylan reuló pues observó el brillo cauto en los ojos de su amigo.

—Simplemente quería cambiar de tema con respecto a Carol.

El amigo dejó la copa encima de la mesita y cruzó una pierna sobre la otra.

—¿Te preocupa que hablemos de tu hermana?

Con esa pregunta Adrien lo puso alerta.

—¿Y por qué estamos hablando de mi hermana Carol? —contraatacó, pero Adrien no le respondió—. Es una mujer de veintiséis años que trabaja como institutriz de tres niños a los que adora —repitió para que no lo olvidara.

—Me preocupa que trabaje para un viudo, su reputación puede verse comprometida —Adrien tenía muy claro que la belleza de Carol podía desatar las pasiones de los hombres.

Él, había sido uno de ellos, y si con dieciséis años le pareció increíble, ahora con veintiséis la veía arrebatadora. Un verdadero peligro para la estabilidad emocional de un hombre.

—El doctor Charles Butler es un hombre respetable.

—Pero es un hombre con los mismo instintos de cualquier otro.

Dylan estaba comenzando a ponerse nervioso.

—No deseo seguir hablando de mi hermana, es un tema que no te incumbe.

—¡Dylan!

Adrien se había mantenido lejos físicamente, pero no emocionalmente.

—La considero también mi familia —reveló de pronto.

—¿Piensas que no la cuidamos lo suficiente? ¿Qué no nos preocupa su reputación? —preguntó atónito—. A diferencia de ti, mi hermana y yo no tenemos nuestro futuro resuelto —le recordó muy serio—. Tenemos que trabajar para ganarnos el sustento, mucho más mi hermana que depende de lograr un buen matrimonio, o de un trabajo respetable como institutriz —argumentó áspero.

Adrien se sentía incómodo por la conversación. Ignoraba lo que pretendía o hacia dónde quería conducirlo.

—Con mi influencia yo podría conseguirle un matrimonio ventajoso.

—¡Matrimonio ventajoso! —exclamó Dylan horrorizado—. ¿Cómo te atreves a restregarnos la influencia de tu título? Ni te reconozco.

—Quizás no me he expresado bien —se lamentó Adrien.

—Eres un capullo engreído.

Adrien miró a Dylan atónito. ¿Por qué motivo le hablaba así? ¿Qué había sucedido para que desdeñara el valor de la amistad y lo que se preocupaba por cada uno de ellos?

—¿Merezco tus insultos? —preguntó.

—Los que sean necesarios —respondió el amigo sin dudar—. ¡Creía que el ejército te habría bajado esos aires de superioridad aristocrática!

—¿Me llamas engreído aristocrático? —Adrien no podría creérselo—. ¿Por preocuparme por la reputación de Carol? ¿Por sugerir un matrimonio ventajoso para ella?

Dylan respiró hondo. Adrien no había entendido nada.

—Es una verdad indiscutible que si le ofreces tu ayuda a mi hermana para conseguirle un buen partido, te partirá la cabeza —respondió sin perderse detalle de las sucesivas emociones que cruzaban el rostro del noble.

Adrien cerró los ojos con el cuerpo desangelado. Mantenía una conversación con su mejor amigo sobre su futuro, y la ayuda que estaba dispuesto a ofrecerles, y le resultaba imposible tocarle la fibra sensible del corazón pues le respondía con palabras ofensivas.

Dylan supo exactamente lo que pensaba su amigo.

—No te hemos pedido ayuda —casi susurró—, está claro que somos muy capaces de avanzar, y de triunfar sin la necesidad de tu protección —Adrien lo miró profundamente consternado. ¿Despreciaba su ayuda?, se preguntó el noble—. No me odies por llamarte estirado snob, y supremacista estúpido.

Adrien se envaró.

—No te odio, pero digamos que si en estos momentos te encontrases en un incendio y tuviese agua, me la bebería.

La respuesta había sido clara y muy diferente a la que podía esperar de un amigo. Ambos hombres estaban tan aristocráticamente alejados como Greenwich de Nottingham, y nunca había sido tan palpable para Dylan.

—Creía que nuestra amistad estaba por encima de las etiquetas sociales —mencionó Dylan molesto.

—Yo no tengo etiquetas sociales —contestó el otro tajante—. Aunque sé cuál es mi lugar y cuál es el tuyo.

—No soy estúpido, amigo mío —contestó Dylan cauto—. Tengo muy presente que eres el conde de Colsterworth, y créeme, mi hermana también.

El silencio se instaló entre los dos. Conocer los pensamientos de Dylan resultaba casi tan desconcertante como la muerte de Goddard.

—No quiero hablar más sobre esto —dijo Adrien incómodo.

—Por favor, no nos pongamos a la defensiva, somos amigos.

Dylan observó atentamente a Adrien, y por la actitud preocupada que mostraban sus ojos azules, supo que debía cambiar de conversación, y solo se le ocurrió traer a colación a su hermana para despejar la tensión que se había creado entre los dos.

—Mi hermana no se ha casado porque se enamoró perdidamente hace unos años, y sufrió muchísimo.

Adrien parpadeó confuso. Estaba tan ensimismado por la discusión que habían compartido, que no se explicaba ese cambio de opinión con respeto a hablar de su hermana, ¿con qué propósito regresaba al mismo tema? Estaba desconcertado. ¿Carol se había enamorado? Por supuesto.

—¿Qué sucedió? —preguntó aunque sin quitarse de la cabeza las últimas palabras de Dylan sobre su esnobismo y supremacismo.

—Que el amor de su vida se marchó sin mirar a tras, como tú —concluyó finalmente—. Valga la similitud.

Adrien parpadeó. ¿Lo comparaba con ese sinvergüenza que la había abandonado?

—¿Y no le rompiste los dientes?

Dylan pensó que la respuesta de su amigo tenía su gracia.

—Me resulta extraño escucharte verbalizar la violencia —Adrien no respondió porque, efectivamente, había expresado violencia en su comentario—. Pensé que era un capricho pasajero, pero hasta el día de hoy sufre su lejanía.

—No me dijo nada cuando nos vimos en Peaky —admitió pensativo—. Pero llevaré cuidado en no mencionarle nada la próxima vez que nos veamos.

—Te lo agradezco —confesó Dylan—. Llevo años observando preocupado que sigue esperando que regrese.

—Si me dices el nombre y la dirección del individuo que la abandonó, me encargaré de que reciba su merecido —dijo Adrien serio.

Dylan estalló en una carcajada, y se alegró de que ambos volvieran a conversar sin la tensión de unos momentos antes, debía agradecersele a su hermana y al cariño que Adrien sentía por ella, aunque se sintió un poco desleal por revelar algo tan íntimo sobre Carol.

—No merece la pena.

—¿Estás seguro?

Dylan le ofreció beber otra copa de cerveza pero Adrien rehusó. Necesitaba tratar de comprender a su amigo, y no lo haría si tenía la mente ofuscada por el alcohol.

—Si tu hermana necesita mi ayuda —se ofreció—, estaré encantado de ofrecérsela.

Dylan hizo un gesto negativo con la cabeza. Adrien no podía ni sospechar que el hombre al que amaba su hermana era precisamente él. Se sintió tentado de confesárselo, aunque refuló a tiempo. ¿Qué ganaría Carol con ello? ¿Tenía sentido interrumpir la tranquilidad de ambos por revelar un sentimiento que debía seguir oculto por el bien de los dos?

—¿Qué piensas?

Dylan cambió de nuevo de conversación.

—Si alguna chica de Greenwich ha intentado robarte el corazón.

El rostro de Adrien mostró una sonrisa.

—Alguna hubo, pero el Ejército de Su Majestad me dejaba muy poco tiempo para solazarme con ellas.

—¿Ninguna dama en plan serio? —insistió Dylan.

Adrien soltó un suspiro largo.

—Te recuerdo que los únicos momentos que he vivido fuera de los muros de Greenwich, han sido en Nottingham, no he tenido el suficiente tiempo de

intimar con alguna dama distraída —reveló—. Pero eso cambiará ahora que estoy en Bordesley Green y que pienso dar una fiesta en vuestro honor.

Dylan lo miraba estupefacto.

—¿De verdad no te has enamorado... nunca?

Adrien recordó a una preciosa muchacha de dieciséis años... no, nunca había estado enamorado.

—¿Piensas que la marina me ha dejado tiempo salvo para dormir algunas horas y comer lo mínimo?

Dylan lo interrumpió.

—¿Por qué siento que tus labios me dicen una cosa, y la profundidad de tu mirada otra muy distinta? ¿Qué te ha sucedido en Greenwich, amigo mío?

Pero Adrien no le respondió.

CAPÍTULO 10

Antes de llegar a la casa de sus padres, Carol olió el estofado hecho con cordero. El aroma de las patatas penetró por las fosas nasales justo en el momento que su padre le abría la puerta.

—¡Huele delicioso! —exclamó con deleite mientras se quitaba la fina capa de terciopelo azul.

—Tu madre está muy contenta.

Carol se alegraba mucho.

—Me alegro de estar en casa —respondió la hija.

—Tu madre desea que Adrien disfrute con sus platos de comida preferidos antes de regresar a Greenwich.

El breve pensamiento del retorno de Adrien a Greenwich le produjo un pequeño vuelco en el estómago, aunque no perdió la sonrisa.

—¿Ha llegado ya nuestro invitado?

—Sí, se encuentra en el comedor junto a tu hermano. Tu madre está ultimando en la cocina los últimos detalles de la cena.

—Le ofreceré mis saludos e iré a ayudar a mamá.

Padre e hija caminaron juntos hacia el interior de la vivienda. Ambos hombres se levantaron al entrar ella en la estancia. Primero la besó en la mejilla su hermano mayor y la estrechó fuerte, y después Adrien le extendió la mano en señal de saludo. Ella le correspondió de forma tímida, y, sin esperárselo, Adrien la atrajo hacia sí para abrazarla de forma fraternal como había hecho Dylan momentos antes.

—Me alegro mucho de verte de nuevo, pequeña Carol.

Había quedado claro que la había abrazado como si fuera su hermana pequeña: como lo había hecho tantas veces en el pasado. Aún siendo consciente de ese detalle, se emocionó. ¡Se conformaba con tan poco!

Hannah traía una bandeja con entrantes.

—¿Todavía estáis de pie? ¡A la mesa! —ordenó tajante.

—Quería ayudarte —se ofreció Carol.

—No será necesario pues está todo preparado. ¡A la mesa! —reiteró.

La obedecieron casi al instante.

Ella estaba sentada junto a su hermano y frente a Adrien, que le sonreía mientras apartaba la servilleta de lino del plato. Hannah tomó asiento al lado del invitado. Niall presidía la mesa, y le pidió a Adrien que bendijera los alimentos, éste así lo hizo.

La cena transcurrió entre risas por parte de Carol al escuchar las anécdotas que contaba su hermano sobre el trabajo que realizaba para el diario Silverbirch Chronicle, y que protagonizaban los diferentes deportistas a los que entrevistaba. La madre de ambos contribuyó relatando algunos encuentros divertidos que le habían sucedido cuando recogía donativos para un orfanato. Cuando Adrien aportó las suyas propias durante su estancia en Greenwich, el corazón de Carol se aceleró. No fue consciente que entrecerraba los ojos. Que había dejado de sonreír, y que lo miraba perdida en sentimientos. Mientras lo escuchaba, se percató de que Adrien no era muy feliz en Greenwich. Se mostraba alegre y desenfadado, e intervino en las diferentes conversaciones de forma natural. Carol notó un puntapié bajo la mesa, y clavó los ojos en su hermano que la miraba de forma reprobatoria. Se había dado cuenta que sus ojos rebosaban hambre por él. Que escuchaba sus palabras como si fueran alimento que ella necesitaba desesperadamente. Dylan temía que se delatara allí mismo, y Carol bajó los pesados párpados pues los sentía como si fueran ruedas de molino.

—Traeré el postre —ofreció al mismo tiempo que se levantaba de la mesa con brusquedad. Su padre y su madre la miraron un tanto asombrados—. ¿Habéis terminado?

Su hermano la ayudó. Grasmere no tenía sirvientes, y hasta ese momento, Adrien no se había percatado de ello. Dylan y Carol llevaron las bandejas a la cocina.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Dylan sin dejar de mirarla.

—¿No te lo parezco?

—Te veo un poco ojerosa.

—Llevo algunas noches que no duermo bien.

—¿Cuál es el motivo?

—Unos vecinos pesados que se dedican a arrastrar muebles por las noches.

—Informa al casero sobre el asunto.

—Lo he pensado, pero antes deseo hablar con ellos —su hermano la escuchaba con atención—. Debo ser yo la que les ruegue que dejen de hacer ruido, al menos en las horas de descanso —continuó—. No deseo que se ofendan, y lo harán si envío al propietario a llamarles la atención.

—Eres demasiado considerada.

—¿Tú crees?

Carol había cogido entre sus manos el bizcocho de chocolate que su

madre había cocinado para el postre. Regresaron al comedor compartiendo bromas entre hermanos. Nada más tomar asiento sonó el timbre de la puerta. Niall se levantó solícito para abrirla mientras Hannah comenzaba a cortar pequeños trozos de bizcocho. Momentos después hizo su entrada en la estancia el padre Payne, que miró a los asistentes bastante turbado. Esperaba encontrar a los padres de Carol a solas, y encontrarse con el conde de Colsterworth le supuso una gran sorpresa.

—Disculpad mi llegada que se torna inoportuna —se excusó—, pues ignoraba que no habíais terminado todavía de cenar.

—El retraso lo ha ocasionado nuestro invitado, lord Rawson —respondió Niall en tono bromista—. Se merecía una cena formal, tranquila, y el tiempo se nos fue de las manos.

El aludido hizo una ligera inclinación con la cabeza. No podía levantarse para ofrecer sus respetos porque Hannah le estaba colocando un plato con el postre. El padre Payne tomó asiento frente a Niall. Hannah le colocó un trozo de bizcocho que el párroco rechazó aunque aceptó gentilmente una taza de té.

—Siempre es bienvenido a nuestro hogar, padre Payne—lo honró Niall.

—¿Extraña la vida en el ejército lord Rawson? —la pregunta del padre iba dirigida a Adrien.

—Allí discurre todo mucho más tranquilo y silencioso —respondió sincero.

—¿Y cómo se encuentra nuestro querido almirante Derry Cameron Rawson?

Adrien comenzó a narrarle los últimos acontecimientos en la Royal Naval College de Greenwich. Los Hemsley al completo escucharon con suma atención. Cuando terminaron el postre y el café, el sacerdote pidió hablar con Niall y Hannah a solas, la solicitud no pilló por sorpresa a Carol aunque sí a Dylan que no se lo esperaba.

—Seguid tomando el postre —les dijo Niall—, nosotros regresaremos en unos momentos.

Dylan lo observaba todo con atención. Le parecía inusual la visita del religioso a esa hora tan tarde. Debía tratarse de algo importante, y su mirada se clavó en Adrien sopesando si la visita tendría algo que ver con él y con su llegada.

—No debes preocuparte —le dijo Carol—, el padre Payne está preocupado por una par de huérfanos que atiende mamá. —Adrien dejó de mirar a Dylan para clavar sus ojos en ella—. Yo la ayudo cuanto puedo, pero

hay mucho trabajo que hacer. Son demasiados niños huérfanos y cada vez hay más.

Los ojos de halcón de Dylan seguían teniendo ese brillo sabueso de periodista.

—Por un momento creí que la visita tendría que ver con Adrien.

Éste, alzó las cejas en un arco perfecto de incredulidad.

—¿Por qué tendría que ver conmigo? —preguntó inocente—. No conozco al padre Payne. No había sido asignado a Nottingham hace diez años, ¿lo habéis olvidado? No estaba cuando me fui.

Los ojos de Carol se clavaron en la garganta de Adrien al mismo tiempo que se entrecerraban sus párpados, como si tratara de evitar que su mirada delatara sus pensamientos.

—Llegué a pensar que había sido enviado por tu tío para que regresaras al redil, antes de que te formen un consejo de guerra —declaró Dylan.

Carol parpadeó al escuchar la voz de su hermano. De cumplirse sus palabras, sería insufrible: tener a Adrien tan lejos de nuevo.

—Estáis muy raros todos —reveló Adrien en voz baja—. No hay nada extraño en mi regreso a Bordesley Green. No he desertado, simplemente me he tomado una excedencia.

Esa afirmación le hizo entrecerrar los ojos a Carol.

—¿Si te quedaba tan poco para terminar tu instrucción, por qué interrumpirla entonces? —se atrevió a preguntar en un susurro quedo.

Adrien la miró con cierta sorpresa. Trataba de leer en el rostro femenino la razón para esa pregunta. Sin embargo, no podía. Carol no dejaba entrever sus sentimientos ni lo que pensaba realmente, era como si escondiera algo.

—Incluso los snob y supremacistas tenemos necesidades —admitió mirando a Dylan—, pero no como las que imaginas.

—¿A qué viene eso de snob y supremacista? —preguntó Carol que no entendía las miradas que intercambiaban su hermano y Adrien.

—Pregúntaselo a Dylan —replicó el noble.

—El ejército te ha vuelto muy quisquilloso —replicó el amigo.

—En mis oídos sigue resonando tus insultos del otro día.

—¿Lo insultaste? —preguntó Carol a su hermano—. ¿Por qué?

Dylan quiso meter en un compromiso a Adrien.

—Porque le preocupa tu reputación y desea buscarte un esposo apropiado para que dejes de trabajar como institutriz —Carol miró a Adrien perpleja y tratando de ver en su mirada si era cierto lo que su hermano decía.

—Es lo menos que haría por una hermana.

La respuesta de Adrien la enfureció.

—¿Soy una hermana para ti, Adrien? —le preguntó a bocajarro—. ¿A pesar de lo que ocurrió hace diez años?

El silencio inundó el comedor donde estaban sentados los tres. Ninguno apartaba la vista del otro. Dylan quería indagar sobre la última pregunta de su hermana.

—¿Qué sucedió hace diez años? —los interrogó Dylan.

Pero ninguno de los dos respondió.

—Dolor y muerte —replicó Carol en un susurro—. Eso fue lo que sucedió.

Adrien la miró de forma penetrante. Franca, y con las pupilas brillantes.

—Dolor y esperanza —la corrigió con dulzura.

El tiempo pareció detenerse en ese preciso momento donde solo se oía el tic tac del carillón del salón. Carol no apartaba la mirada del rostro de Adrien, era como si tratara de grabar en su memoria las últimas palabra que había pronunciado.

—¡Carol! ¿Te encuentras bien?

Ella parpadeó porque sentía ganas de llorar.

—Disculpadme —se excusó turbada—. Estoy un poco mareada por el vino.

Se levantó de forma precipitada y abandonó el comedor dejando a los dos hombres con la boca abierta. Ambos la escucharon subir las escaleras de madera a toda velocidad.

—¿Qué le sucede? —preguntó Dylan sin saber lo que le había ocurrido a su hermana en realidad.

Adrien meditaba en silencio.

—Me preocupa, ¿está enferma? —le preguntó Adrien a su amigo.

—Solo de amor —contestó Dylan sin pensar, y al momento se arrepintió de sus palabras.

Adrien lo miró sorprendido por la respuesta, pero no pudo decir nada porque en ese preciso momento salían del despacho Niall y Hannah precedidos por el sacerdote. Dylan y Adrien se levantaron al unísono.

—Es hora de marcharme —dijo el clérigo.

Hannah tenía el rostro demudado, y los ojos brillantes como si contuviera el llanto. Adrien se preguntó qué ocurría pues intuía que sucedía algo grave. Antes de la conversación con el párroco estaban alegres y animados, ahora

parecía que acababan de regresar de un funeral.

—Muchas gracias —dijo Niall.

El hombre de Dios clavó sus ojos en el patriarca y le hizo un gesto negativo con la cabeza casi imperceptible, pero Adrien lo había visto.

—No demoréis vuestra decisión.

—¿Ocurre algo? —preguntó Dylan que lo habían dejado al margen.

Payne se giró hacia él y le mostró una sonrisa a medias.

—Un asunto de la iglesia que debía tratar con tus padres.

La respuesta no lo satisfizo en absoluto.

—Discúlpenos, padre —dijo Niall—. Gracias por todo, y buenas noches.

Hannah se marchó a toda velocidad, y subió las escaleras casi con el mismo ímpetu que las había subido su hija momentos antes. Niall acompañó al sacerdote a la puerta de salida y lo despidió.

—Algo pasa —comentó Dylan sin dejar de mirar el hueco vacío que habían dejado los dos hombres—, y me preguntó el motivo.

—Quizás no tiene importancia —alegó Adrien aunque sin convicción.

Niall regresó cabizbajo, su actitud preocupó todavía más Adrien y a Dylan.

—¿Qué sucede? ¿Por qué motivo se palpa la preocupación aquí?

Niall no dijo nada. Se despidió de él, y se marchó escaleras arriba. Dylan estaba anonadado por la actitud de sus progenitores. Los habían dejado a ambos plantados sin ofrecerles ninguna explicación.

—¿Tú entiendes algo? —le preguntó a su amigo.

Adrien quería encajar las piezas pero algo se le escapaba. Por alguna extraña razón, intuyó que el problema tenía que ver con Carol, aunque lo malinterpretó porque lo atribuyó a la relación sentimental tormentosa que sufría, y que le había revelado Dylan.

Una cena que había comenzado tan bien, se había malogrado por completo, y la causa había sido la visita del pastor de la iglesia a la que acudían los Hemsley. Adrien quería encontrarle algún sentido a lo que ocurría, y para ello tenía que investigar. Pensó en hacerle una visita al padre Payne, aunque dejaría pasar un par de días antes de hacerlo.

—¿Te apetece un trago? —preguntó Dylan.

Adrien asintió por costumbre porque no lo había escuchado. Seguía pensando en la sorpresiva visita del pastor, y del cambio que se había operado en sus amigos.

CAPÍTULO 11

Carol guardaba muchos secretos, pero uno en particular lo conocía el padre Payne y el almirante Derry Cameron Rawson. Diez años atrás, ella se había entregado al amor de su vida. El amor de su vida había aceptado el regalo de su entrega sin compromiso, y ella había pagado un precio muy alto por aquel gesto tan lleno de amor como temerario.

Ahora tenía veintiséis años, trabajaba como institutriz, y cuando creía que su rumbo estaba fijado y avanzaba, Adrien regresaba.

Lo quería mucho, pero también lo detestaba. Que pensara en ayudarla a conseguir un buen partido le indicaba lo poco que le importaba como mujer, pero, ¿qué esperaba? Habían pasado diez años desde aquella noche que le pidió un beso, en el que lo sedujo para que le hiciera el amor...

Carol guardaba muchos secretos, y mucho se temía que venían a pedirle cuentas.

La campanilla de la puerta de la calle la sobresaltó. Eran las once de la noche, y únicamente una persona osaría presentarse en su casa a esa hora tardía. No preguntó quién era, abrió la puerta, y su hermano Dylan quedó frente a ella.

—No tendrías que abrir la puerta con tanta despreocupación —la reprendió su hermano mientras entraba al interior.

Carol se hizo a un lado para permitirle el acceso.

—Eres el único que me visita a estas horas de la noche —se quejó en respuesta.

—Tengo que hablar contigo.

—¿No podías esperar a mañana?

Dylan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sabía que estarías despierta.

Carol temió que le hubiera sucedido algo a sus padres.

—¿Qué sucede? —le preguntó—. ¿Les ocurre algo a padre o a madre?

Dylan volvió a negar mientras caminaba decidido hacia el salón. Tomó asiento y esperó a que ella hiciera lo propio. Carol comenzaba a ponerse nerviosa pues el escrutinio de su hermano la inquietaba.

—Padre me ha contado la conversación que el padre Payne mantuvo con él y con madre la noche que Adrien cenó en casa. —Carol mantuvo silencio—. ¿Vas a contarme la verdad? —preguntó a bocajarro.

Ella suspiró largo varias veces. La mirada atónita de Dylan era muy

reveladora.

—No hay nada que contar.

—¿Te entregaste a Adrien?

—Eso pasó hace mucho tiempo.

—¿Perdiste el juicio?

—Solo la virginidad.

—¡Madre de Dios! —el hermano estaba atónito.

—Los dos lo hemos olvidado —le confesó.

—¿Olvidado?

—Era muy joven y muy estúpida...

Dylan la interrumpió.

—En eso estamos de acuerdo.

Carol lo censuró con la mirada.

—A diferencia de ti, yo tengo la conciencia tranquila.

Ese había sido un golpe bajo, y así se lo tomó Dylan.

—¿De qué me acusas?

Carol se mordió el labio porque se había delatado. Hacía muy poco que había descubierto las relaciones que Dylan mantenía con anárquicos. Había llegado a sus manos por casualidad un documento comprometedor, y que la preocupó muchísimo.

—¿Tengo motivos para acusarte? —le preguntó. Dylan no le respondió—. Eres periodista —le dijo como una advertencia—. ¿Cómo ha sido posible que te relaciones con anárquicos italianos?

Con esas palabras quedaba claro que Carol conocía sus andanzas.

—¿Cómo sabes....? —Dylan no pudo continuar.

—Encontré en el buzón una carta de Giovanni Passannante. —Dylan masculló por lo bajo—. Ignoraba que iba dirigida a ti, y por eso la abrí —entre hermanos se hizo un silencio largo—. Tras leerla comprendí por qué motivo diste mi dirección y no la de casa de nuestros padres para recibir el correo.

—Un error imperdonable por mi parte pues siempre reviso el buzón a primera hora de la mañana y a última hora del día. —Carol pensó que por ese motivo su hermano la visitaba tan a menudo: para que ella no viera su correo—. Pero la llegada de nuestro amigo Adrien modificó un poco mi rutina habitual —se justificó.

—¿Por qué? —Dylan entendió perfectamente la pregunta de su hermana.

—No pienso hablar de mi ideología contigo.

—No soy estúpida, y sé lo que significa la anarquía sea aquí o allí.

—Hay movimientos en Francia e Italia que nos perjudican seriamente.

Ella lo miró asombrada.

—¿Qué dices?

Pero Dylan no estaba en la casa de su hermana para hablar sobre política internacional, y el papel del reino en ella.

—¿Eres consciente de lo conmocionados que están padre y madre después de conocer que te mancilló? —preguntó con voz dura.

—No me mancilló —afirmó dolida por esa pregunta—. La marcha de Adrien me nubló el juicio y la razón—le explicó vehemente.

Carol cerró los ojos y tragó con fuerza.

—Tendría que retarlo a duelo —afirmó herido en su amor propio.

—¿Te mancharías las manos de sangre por algo que ocurrió hace diez años? ¿Por algo que ya está olvidado?

Carol miró a su hermano con ojos brillantes, como si los tuviera llenos de lágrimas. En el iris de sus ojos se podía apreciar la decepción que sentía.

—Madre está destrozada.

Era cierto. Los padres de ambos estaban conmocionados, y eso que no conocían todos los detalles.

—Hablaré con ellos.

—He de advertirte, que el padre Payne tiene pensado hablar con Adrien.

A Carol le faltó la respiración.

—¿Qué dices, Dylan? —preguntó con los ojos reducidos a una línea.

—Quiere que repare el daño hecho a tu virtud —Carol se llevó las manos a la cabeza—. Y luego está padre, que desea matarlo con sus propias manos.

Carol entendió que todo se le complicaba. Le había quedado muy claro que para Adrien ella no importaba.

—No lo permitiré —contestó seria.

—¿Piensas que puedes detenerlos?

Dylan lo decía con burla hiriente, aunque no logró molestarla.

—Creo que tengo edad para decidir por mí misma y que... —Dylan la interrumpió.

—¿Te estás escuchando? Parece mentira que...

Ahora fue ella la que lo cortó sin contemplaciones. Alzó la mano derecha para que su hermano contuviera la lengua.

—Lo que pasó entre Adrien y yo hace diez años, no tiene importancia. Ya está olvidado.

Dylan tenía muy presente el propósito de su amigo de utilizar sus influencias para encontrarle un hombre apropiado a su hermana. Hervía de cólera.

—¡Carol! —exclamó aturdido.

—No necesito que me protejáis —le dijo—. Soy una persona adulta —se señaló el corazón—, y no pienso tolerar que el padre Payne se inmiscuya en mi vida privada.

Quizás fue el tono o la mirada de ella, pero a Dylan se le tensaron los hombros. Se acercó a su hermana, la tomó de las manos que las tenía frías, y las encerró entre las suyas. Pensar en todo lo que habría pasado sola le ponía los pelos de punta.

—Deberías hablar con Adrien y advertirle —le aconsejó—, si realmente aquello pasó y está olvidado. Y si no deseas que repare el daño hecho a tu reputación, habla con él.

Carol rompió a llorar. Se le convulsionaron los hombros, e inclinó la cabeza para tratar de contener los sollozos. ¿Por qué el sacerdote había hablado con sus padres sobre su relación pasada con Adrien? De verdad que no entendía nada.

—No pienso rebajarme a eso —logró responder—. Adrien es agua pasada en mi vida.

—Entonces hablaré con el padre Payne para que se mantenga al margen de todo esto —reveló el hermano—. Pero no respondo de mí mismo para romperle la cabeza a ese cretino que creía mi amigo y que se aprovechó de ti —Carol alzó el rostro enjuagado en lágrimas y parpadeó para barrerlas pues veía borroso.

—Adrien no se aprovechó de mí —contestó—, fui yo la que lo sedujo. Me aproveché de su soledad, y de lo aterrado que estaba por ingresar en el ejército.

Dylan apretó los labios con cierto enojo.

—Si admites algo así delante de nuestros padres, te golpearé.

Carol comprendía la actitud de su hermano.

—Quiero olvidar todo esto —afirmó ella.

—¡Maldita sea, Carol! —Dylan calló un momento—. Se trata de tu reputación.

—Soy una mujer respetable, con un trabajo responsable y que está pensando seriamente en aceptar la proposición de matrimonio de Charles Butler.

Dylan mostró en el rostro la estupefacción que sentía.

CAPÍTULO 12

¿Por qué ni la ausencia ni el tiempo significan algo cuando se ama?, se preguntó Carol mientras seguía meditando en la conversación que había mantenido con su hermano.

Quizás lo había encarado todo mal. Era una mujer honesta. No hacía mal a nadie, entonces, ¿por qué motivo la vida se le complicaba tanto? Carol negó con la cabeza, no todas las desgracias provenían de fuera, ella misma se había provocado unas cuantas por tomar decisiones erróneas. Era una mujer inteligente, sabía que había aspectos en la vida que no podía controlar. Pero su historia con Adrien había comenzado y terminado aquella noche.

Desde su llegada, él no había hecho ninguna referencia a lo sucedido entre ambos. Su título era un muro infranqueable, ella era plebeya y él noble. ¿Qué podía esperar? Nada. Los primeros años de su marcha, había esperado un milagro. Había deseado que él sintiera por ella algo profundo y eterno, pero ambos eran muy jóvenes, inmaduros. Carol había amado un espejismo, y era el momento de poner el punto y final a la historia.

Inspiró profundo varias veces para tratar de normalizar los latidos de su corazón.

La campanilla de la calle sonó de pronto, y la trajo de vuelta de sus pensamientos. Cuando vio plantado al doctor Butler fuera, se quedó sin habla.

—¿Sucedo algo con los niños? —le preguntó con voz intranquila.

Finalmente Charles había escuchado las palabras de Solomon Payne con respecto a su hijo mayor, y estaba poniendo el remedio.

—Lamento presentarme tan tarde, pero tenía que hablar contigo de forma urgente —el hombre de mediana edad y porte distinguido, la miró como si fuera la única mujer en el mundo—. Ha llegado el momento de que me des una respuesta.

Carol soltó el aire conteniendo un improperio. Todo se complicaba.

—No es correcto que me visite a estas horas de la noche.

Ella seguía sin permitirle el paso hacia el interior de la casa.

—¿Has pensado en mi propuesta?

—Mucho.

—¿Y entonces?

—No lo he decidido todavía

Carol percibió que los dos se mostraban muy nerviosos.

—Cuando me fui a Londres me diste tu palabra de que me darías una

respuesta cuando volviera, pero no ha sido así —Carol abrió la boca pero la volvió a cerrar. No le había dado una respuesta porque Adrien había regresado—. El otro día vino el párroco Solomon Payne para hablar —Carol pensó que habían hablado sobre su hijo Jamie como ella le había pedido—. Los dos estamos muy preocupados por el regreso de lord Rawson, y lo que puede perjudicarte.

—Me tomo la responsabilidad del compromiso muy en serio —respondió ella.

—No pretendo molestarte, pero necesito que comprendas que no puedo esperar indefinidamente.

Esa afirmación la molestó. Charles le pedía matrimonio, no porque la amara, sino porque necesitaba una madre para sus tres hijos, y ella tenía la valentía y la edad apropiada para serlo.

—Es una decisión muy importante, y que no puedo tomar a la ligera.

—¿Tiene algo que ver el regreso de lord Rawson? —insistió.

Carol parpadeó atónita.

—¡No pienso contestarle! —exclamó ofendida.

El hombre hacía gestos negativos mientras la miraba como expectante.

—Ambos sabemos lo que significó para ti hace diez años —le recordó sin dejar de mirarla—. El sufrimiento que te causó y las consecuencias.

Carol se quedó callada durante unos momentos largos.

—El padre Payne no tenía derecho a hablar con mis padres ni con usted.

—Le pedí su opinión para cortejarte y proponerte matrimonio. Mis hijos te adoran, creo que podríamos formar una bonita familia.

—No deseo precipitarme, es una decisión muy seria en la vida de una mujer.

El doctor soltó un suspiro largo.

—¿Sientes algo por lord Rawson?

La pregunta se la había formulado sin dejar de mirarla, como si quisiera ver en su mismo interior.

—Aquello ya pasó —afirmó rotunda—. Ahora es como un hermano más.

El hombre no la creía.

—¿Vas a mantenerme aquí en la calle mientras hablamos?

Carol se mordió el labio inferior.

—Estoy sola, y no sería correcto que lo invitara a entrar.

—Somos dos personas adultas que están pensando en contraer matrimonio.

—Por conveniencia —matizó ella.

El hombre no dijo ni un comentario más. Se giró para marcharse pero Carol lo detuvo.

—Está bien, pasemos al interior.

Los dos entraron al unísono.

—Por favor, siéntese —lo invitó.

El hombre de mirada calmada y gestos tranquilos tomó asiento en el sofá de piel. Ella se mantuvo de pie.

—Entonces, ¿me das una respuesta? —preguntó directo.

—Una sola vez en mi vida tomé una decisión apresurada, y desde entonces me prometí que sería la última —contestó ella.

El hombre la miró de esa forma que suele incomodar a las personas cuando se pone en tela de juicio la palabra dada.

—Te propuse matrimonio hace más de tres meses —respondió cansado de las evasivas femeninas.

Carol se encontró girando sobre sí misma y observándolo todo con suma atención, como si evitara responderle.

—Necesito más tiempo —le contestó sin mirarlo.

—Me tomo tu respuesta como un no —dijo el doctor bastante decepcionado.

—No lo es —se apresuró a decir.

—Pero tampoco es un sí.

La había pillado. Antes de regresar Adrien, ella lo tenía claro, pero después de verlo, todo su mundo se había vuelto del revés. Era consciente de que no podría tener nada con él, pero no se conformaba.

El hombre supo interpretar el rubor del rostro femenino.

—Me siento avergonzada —admitió cabizbaja.

El doctor decidió no ser demasiado duro.

—Nunca he tenido en cuenta tu pasado, pero si el mismo puede afectar nuestro futuro, lo mejor es que no me des una respuesta, que continuemos como si nunca te hubiera ofrecido matrimonio.

Carol sabía que estaba siendo injusta con el doctor, pero su corazón tenía opinión propia, y no se dejaba sujetar.

—Me pareció una encerrona la visita de Solomon Payne a mis padres para hablarles sobre su proposición —criticó ella—. Para obtener su aprobación, les revelé mi desliz con lord Rawson, y el peligro que representaba su vuelta —el doctor mostró la sorpresa que la revelación de

ella le había causado—. Pasé las horas más horribles de mi vida tratando de calmar a mis padres, de convencerlos para que olvidarán ese incidente de mi pasado, y que tanto me avergüenza en el presente...

—Ignoraba que Payne tomaría cartas en el asunto —respondió Butler.

—Lord Rawson ignora que mis padres lo saben, y las maniobras del párroco Payne para que me presionen.

—La mejor forma de tranquilizar a tus padres es aceptando mi propuesta.

—Lo sé —se sinceró ella—. Pero temo hacerle daño si acepto su proposición.

—Guardas mucho secretos señorita Hemsley.

—Soy consciente —admitió ella.

—Y si albergas alguna esperanza sobre lord Rawson, debo decirte que será una esperanza vana. —Charles Butler había dado en el clavo—. Si su condición social no fuera una barrera lo suficientemente infranqueable, tu secreto, sí —Carol apretó los labios con enfado porque la había molestado sus palabras, pero reconoció que el doctor tenía razón—. Tienes hasta mañana por la mañana para darme una respuesta.

Charles Butler ya no dijo nada más. Se despidió de ella, y dejó la casa en silencio. Carol se sentó abatida. Maldijo a Adrien porque desde su regreso, todo se le complicaba...

Dylan esperaba la cerveza que le había prometido Adrien. Estaba sentado en el salón de Bordesley Green como si siempre hubiesen estado juntos y no separados por su instrucción militar.

—No sé cómo te gusta tanto la cerveza —el mayordomo dejó dos jarras sobre la mesa, y se marchó silencioso.

—Es la bebida de la plebe —respondió Dylan serio.

Esa frase no le había gustado en absoluto.

—Me asombra lo contencioso que te has vuelto desde mi regreso. —Dylan terminó por hacer una mueca—. ¿La bebida de la plebe? —contestó con gran con energía—. La bebida de los villanos diría yo.

—Pues aquí estamos, un noble y un villano.

Adrien percibía el estado de ánimo de su amigo. Parecía como si estuviera enfadado con él.

—Me sorprende tu gusto por la queja —Adrien tomó un sorbo largo de su bebida sin dejar de mirar a su amigo—. Últimamente estás insoportable.

Dylan no se molestó por la puya.

Adrien había aprendido muchas cosas en su estancia en Greenwich, como el respeto a los superiores, beber cerveza muy fría y aguardiente muy caliente. La primera vez que probó lo segundo, se quemó la lengua. El recuerdo le arrancó una sonrisa.

—Tienes la mirada de alguien que ha pecado en secreto y se regodea de ello.

—¿Eso hago? —preguntó curioso.

—¿Has sido feliz en Greenwich durante estos años?

Adrien meditó un tiempo en la pregunta para ofrecerle la mejor respuesta.

—Fui muy feliz después de un tiempo —contestó en voz baja—. Allí no tenía inquietudes existenciales. No me cuestionaba nada. Vivía un poco ajeno a la enorme responsabilidad que se esperaba de mí.

—¿Te refieres al condado?

—A eso mismo.

—Imagino lo duro que debe resultarte buscar entre todas las beldades del reino a la mujer que será tu futura esposa y madre de tus vástagos.

Los dos amigos se miraron con cierto encono.

Cuando Adrien era un adolescente, ignoraba las enormes expectativas que tenía puestas su tío sobre él. Era un muchacho al que el futuro no le preocupaba. A quien la amistad le importaba muchísimo. Quien valoraba la lealtad y la fidelidad de las personas que amaba. Adrien miró atentamente a su amigo. Los Hemsley eran una parte muy importante en ese mundo que había dejado atrás. Habían sido la piedra angular que había estabilizado las querencias y necesidades de un huérfano.

—Puedo leer en tu rostro el enorme afecto que sientes hacia nosotros, y lo poco que te correspondemos a cambio.

Adrien se ruborizó.

—Sois mi familia, no espero nada a cambio —era sincero en cada palabra que pronunciaba.

Dylan entrecerró los ojos porque se sentía alterado desde la conversación que había mantenido con su hermana días atrás. Iba a hacer algo imperdonable como implicarlo en la decisión que iba a tomar con respecto a Carol.

—Tengo que hablar contigo seriamente.

Los ojos de Adrien se redujeron a una línea porque pensó que Dylan se refería a su relación con el anarquista Giovanni Passannante.

—No quiero saber nada sobre anarquismo —respondió de forma tajante—. No me interesa conocer tus planes o los de ellos con respecto al futuro de Europa.

Dylan lamentó que su amigo pensara de esa forma pues él no quería hacerlo partícipe de nada, al momento se amonestó porque sí había pretendido involucrarlo cuando estuvo tentado de pedirle su hogar para las reuniones clandestinas del movimiento.

—Carol ha aceptado la proposición de matrimonio del doctor Butler — las cejas de Adrien se alzaron con sorpresa—. En contra de mi opinión, claro.

Adrien soltó un exabrupto. Parpadeó estupefacto, y tuvo que dejar la cerveza en la pequeña mesa del centro porque temió que se le escapara de la mano. ¿Quién diablos era ese tal Butler? ¿Por qué él no sabía nada? Mejor, ¿por qué ella no le había contado nada?

—¿Bromeas? —fue lo único que atinó a decir.

Dylan lo contempló con una mirada de auténtica preocupación.

—Creo que mi hermana sufre una severa depresión.

—Me niego a creerlo —seguía estupefacto.

—La visita del sacerdote Payne cuando cenamos juntos la otra noche, fue para acordar con mis padres el día del enlace. Payne se ha vuelto el paladín de Butler.

—¿Te lo ha dicho Carol?

—Han sido mis padres que están de acuerdo con la boda —dijo con el mentón apretado del disgusto—. Mi madre se echó a llorar, y mi padre estuvo maldiciendo durante horas, ¿te parecen unos padres felices por el compromiso de su hija? Y entonces fui y hable con mi hermana, y sus evasivas me cabrearón tanto, que finalmente me explicó sus motivos ulteriores para aceptar al doctor.

Adrien supo que Dylan no bromeaba. Que estaba en verdad preocupado por su hermana. Y su estómago se encogió por la aprensión que sintió al conocer la sorprendente noticia. ¡Carol se casaba!

—Tu hermana sabe lo que se hace —dijo en un murmullo, como si hablara consigo mismo.

—Mi hermana se casa sin amor, y será muy desgraciada.

Adrien pensó un momento antes de hablar.

—Me parece inaudito que tus padres se presten a una ceremonia que puede hacerla inmensamente infeliz y que...

Dylan lo cortó.

—¿Te deja indiferente? —le preguntó de pronto.

¡Claro que no lo dejaba indiferente! Pero en ese asunto no tenía opinión.

—Es su futuro, su vida, tiene derecho a elegir y actuar en consecuencia.

Dylan no se esperaba esa fría indiferencia por parte de Adrien. Sentía deseos de golpearlo, pero le había hecho una promesa a su hermana.

—¿Hubo algo entre vosotros dos? —inquirió Dylan—, porque a veces te observo mirándola de forma penetrante.

—Me preocupo por ella... por todos vosotros —admitió pensativo.

—Pero no has respondido a mi pregunta.

—No hay nada que responder. Tu hermana me parece una mujer inteligente, y con las ideas muy claras. En nuestros encuentros la he visto muy centrada y serena.

—¿Hubo algo entre vosotros dos? —insistió el amigo tratando de que él se sincerase de una vez.

—No —respondió Adrien aunque con un tono inseguro.

Esa respuesta lo había dejado sorprendido de verdad.

—¿Me mientes, Adrien? Porque llegados a este punto ya no me sorprendería.

Adrien sintió las palabras de su amigo como un golpe directo en el estómago. Se le encogió el corazón.

—Si tienes una acusación que hacerme, hazlo, pero no continúes por ese camino porque no te llevará a ninguna parte.

—¿Te has golpeado la cabeza en un navío de línea? —preguntó Dylan con ojos entrecerrados—. Igual has perdido la memoria.

—De verdad que no te entiendo Dylan.

—¿Te apropiaste de la virginidad a mi hermana hace diez años?

Adrien soltó el aire de forma abrupta.

—¿Eso te ha contado ella? —la voz de Adrien era fría como el hielo.

Dylan pensó que seguramente se arrepentiría de hablarle así, pero sentía ganas de golpearlo. Su hermana le había jurado por activa y por pasiva que fue una despedida que se les fue a los amos de las manos, y que no tuvo importancia. Trataba de convencerlo, pero Carol no lo había logrado porque sabía que seguía enamorada de Adrien.

—Así que lo admites.

No, no lo había admitido, pero tampoco lo había negado.

—Dylan...

—¡Tenía dieciséis años! ¡Maldita sea!

Adrien se mostró avergonzado.

—Y yo dieciocho, me marchaba lejos, estaba asustado, éramos jóvenes e inmaduros...

Dylan se levantó de golpe.

—¡Tendría que matarte! —Adrien inspiró profundamente mientras esperaba a que Dylan lo golpeará. Lo veía en sus ojos, en la postura de su cuerpo—. Deberías reparar su honor.

¿Cómo podía pedirle algo así? ¡Él, no podía proponerle matrimonio!

—Eso es imposible y lo sabes.

Dylan parpadeó porque no se esperaba una negativa tan contundente.

—Entonces tendré que retarte a duelo y acabar con tu vida.

—Desde luego Dylan, a melodramático no te gana nadie.

—Abusaste de mi hermana.

—No lo hice —se justificó.

—La condenaste al ostracismo.

—Sabes que eso no es cierto —se defendió.

—Sé un hombre, y cumple con tu deber.

Adrien se quedó durante un par de minutos en completo silencio.

—Somos de distinta clase social.

—Eres un hijo de puta —le espetó el amigo.

Sí, posiblemente era un cabrón, y se merecía los insultos de su amigo, pero él no podía proponerle matrimonio a Carol, no solo porque era plebeya, sino porque no sentía absolutamente nada por él. Lo había visto en sus ojos, en su forma de ignorarlo en todo ese tiempo que llevaba en Nottingham. Y para más inri estaba prometida y a punto de contraer matrimonio con un hombre respetable.

Pero si a ella le hubiese importado él, ni el cielo ni la tierra podrían parar su voluntad.

CAPÍTULO 13

¡Qué tristeza me embarga cuando el ser que creía conocer se convirtió en alguien que conocí!, se dijo Carol hablando en pasado mientras regresaba a su casa tras haber adquirido láudano, ¡lo necesitaba más que respirar!

Sacó la llave del bolso antes de doblar la esquina y se percató que las manos le temblaban ligeramente. Las miró como si no las reconociera. Fijó los ojos en la acera, y la vio borrosa. Se paró de golpe y parpadeó varias veces para enfocar la visión. Cuando alzó el rostro y miró al frente, Adrien estaba parado en la verja de la vivienda. Se quedó clavada al suelo sin poder dar un paso hacia delante o hacia atrás. Tenía la garganta reseca, las pupilas húmedas, y lo maldijo de forma inconsciente por la ansiedad que le provocaba aunque no fuera premeditado. Su imponente presencia la alteraba más de lo que estaba. Era el hombre de su vida. Soñaba cada maldito día de su existencia con él, pero en ese momento lo detestaba con toda su alma. No podía apartar los ojos del pañuelo blanco ni del alfiler con el emblema Colsterworth, y lo maldijo de nuevo porque era el muro que la mantenía apartada.

¡Esa joya era el recordatorio constante de que Adrien nunca sería suyo!

La había esperado durante una hora. A pesar de no encontrarla en la casita, se había negado a marcharse, y cuando la vio doblar la esquina, el corazón se le detuvo dentro del pecho. No parecía la misma Carol de hacía unas semanas. Estaba más delgada, demacrada, y con el rostro ceniciento. La única nota de color en su rostro eran las oscuras bolsas bajo sus bonitos ojos. Y lo observaba como si su presencia la molestara. Como si no soportara mirarlo. Era la primera vez que era consciente de la animadversión que sentía Carol hacia él, y se preguntó qué circunstancia lo habría propiciado porque no recordaba haberle dado motivo para esa aparente hostilidad.

—¡Qué sorpresa, oficial! —la voz sonaba resentida.

Que lo obsequiara con una nomenclatura que todavía no poseía lo alertó de lo irritada que estaba, porque le había explicado en el primer encuentro que habían tenido que no había concluido su instrucción militar.

—Tenía muchas ganas de verte, pequeña Carol —el adjetivo la había molestado enormemente, sin embargo, no respondió.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió la cancela. Se apartó para

permitirle el paso y que la precediera.

—¿Quieres un té? —le ofreció sin mirarlo.

—Muchas gracias —aceptó con una media sonrisa.

«Se le nota la tristeza hasta en los suspiros», se dijo Adrien.

—Acompáñame entonces, lo prepararé en un momento.

Entraron a la casa en silencio. Adrien detrás de ella y oliendo el suave y sutil perfume que desprendía el cabello suelto. El vuelo de la falda de su vestido se le arremolinaba entre las esbeltas piernas, y él se encontró arrugando el ceño sin ser consciente de ello: las recordaba perfectamente.

—Siéntate en el salón —le ordenó—, en seguida estoy contigo.

Tardó apenas diez minutos en preparar el té, y en llevarlo hasta donde se encontraba Adrien mirando los oleos de la pared. Se giró al escuchar el tintineo de la tetera de porcelana y las tazas.

—¿Por qué no me has pedido ayuda? —preguntó—. Discúlpame por no estar atento.

Carol lo miró con una invitación a que tomara asiento. Sirvió el té sin pronunciar palabra, permitiéndole el privilegio de comenzar la conversación, ya fueran recriminaciones o acusaciones, pues algo en la postura de Adrien le indicaba que estaba inquieto. ¿Habría llegado a su casa obligado? Esa posibilidad la enfureció, pero él tenía otros planes en mente, y que en nada tenía que ver con lo que especulaba ella.

Había llegado a la conclusión, que primero debía sondearla y conocer por qué estaba tan alterada, pero no podía hacerlo a bocajarro, por ese motivo Adrien pensó en utilizar al hermano de ella. Estaba convencido de que Carol conocía las tendencias políticas de él y sus movimientos.

—Estoy preocupado por Dylan —las cejas de Carol se entornaron con un interrogante—. Imagino que no ignoras en lo que anda metido.

—Me sorprende que te haya mencionado algo sobre sus movimientos anárquicos.

Adrien relajó los hombros porque la postura de Carol era de confianza. Sabía que había emprendido el camino correcto al tratar de acercarse a ella mencionando a su hermano.

—Relacionarse con Giovanni Passannante solo le traerá problemas. —Carol se llevó la taza de té a los labios y bebió un sorbo pequeño—. Pienso en Niall, en Hannah, y en lo que significaría para ellos que detuvieran a tu hermano por anarquista.

—Mi hermano no es anarquista —le aclaró.

Adrien se posicionó mejor en el sillón mientras bebía el último trago. Dejó la taza con el plato en la bandeja y cruzó una pierna sobre la otra. Carol se dijo que su actitud serena la desquiciaba.

—La línea que separa el terror de la anarquía es muy fina —contestó con tono pausado—, y el mejor de los jardines termina con malas hierbas si uno se descuida.

—Dylan es un alma libre e inconformista —apuntó convencida—. Ama sus ideas y las defenderá hasta la muerte.

Carol se mantuvo unos instantes en silencio porque Adrien tenía razón. Ella misma estaba muy preocupada por su hermano, y por el derrotero que había escogido.

—¿Dylan te ha mencionado algo por lo que debas preocuparte? —quiso saber ella.

Adrien supo que era el momento de lanzarse de lleno.

—Creo que su postura te quita el sueño, como a mí —Adrien hizo una pausa larga—. Te veo muy desmejorada.

—Es cierto que llevo un tiempo sin dormir bien —admitió cabizbaja—, pero son otros los motivos.

Adrien preparó la artillería.

—Si la postura anárquica de tu hermano no te quita el sueño sino otros menesteres, deben ser muy onerosos para ti —la miró de frente—. ¿Puedo ayudarte?

El iris de Carol brilló de una forma que conmovió a Adrien. Observó que le temblaba ligeramente el labio inferior y que se retorció las manos de forma nerviosa.

—Te lo agradezco —dijo al fin—, pero no necesito tu ayuda porque vendría diez años tarde.

Carol se había levantado del asiento obligando a Adrien a hacer lo mismo. Ambos quedaron frente a frente sin apartar la mirada uno del otro. Dio un paso hacia ella y quedó a escasa distancia del cuerpo femenino.

—Por favor —insistió—, déjame ayudarte si necesitas un consejo amigo.

Carol entrecerró los ojos con cautela. Era cierto que estaba echa un lío. Desde su regreso no hacía nada bien, pero no quería su ayuda. De Adrien quería otras cosas que no podía darle, y aunque trataba de resignarse, no lo lograba.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero el padre Payne me está ayudando muchísimo.

—Pequeña Carol ...

Algo diabólico se desató dentro de ella al escuchar de nuevo el apelativo cariñoso. Lo miró con furia, con cólera resabiada, e hizo algo completamente fuera de lugar. Tomó las manos de Adrien y las aplastó contra sus pechos. Él, intento retirarlas completamente alarmado.

—Como has comprobado no soy una niña pequeña, ¡deja de llamarme así!

Carol lo soltó, y Adrien dio un paso hacia atrás completamente fuera de juego. La expresión de horror que cruzó su rostro se le clavó directamente en el corazón. La miraba de la misma forma que los fariseos mirarían a María Magdalena. Carol le dio la espalda y respiró profundamente.

—Perdóname, Adrien —rogó arrepentida—, no sé qué me ha cruzado por la cabeza —sí, lo sabía, pero no lo admitiría aunque la despellejaran viva—. Es el cansancio, la falta de sueño..

Adrien estaba paralizado. Su mente comenzaba a registrar la acción de ella, y trataba por todos los medios de encontrar una causa a su impulso. Carol se giró de nuevo hacia él con los ojos llenos de lágrimas.

—¿No vas a perdonarme? —le pareció un ser indefenso, y la compadeció.

Algo se rompió dentro de él. Vio en los ojos de ella un tormento auténtico, y que no había sido provocado por su acción impulsiva. Cada poro de su piel rezumaba aflicción extrema.

«Dios, Dios, Dios. ¿En qué clase de hombre se estaba convirtiendo por culpa de los sentimientos que le despertaba?, pero era encantadora, pasional... se iba a volver loco», se dijo.

—No hay nada que perdonar —le dijo sincero.

Carol rompió a llorar, y Adrien se encontró en la tesitura de no saber qué hacer a continuación, pero su instinto decidió por él. La tomó por los hombros y la abrazó. Comenzó a mecerla con profundo cariño. Cada lágrima de ella se convertía en un clavo que se le hundía en el corazón. Su tribulación comenzaba a convertirse en un tormento porque recordaba perfectamente el sufrimiento de Peter, y que lo llevó a tomar la decisión de quitarse la vida.

—Te quiero, Carol, no llores por favor.

Al escucharlo, lloró más fuerte todavía. Le había dicho la palabra con la que soñaba desde que era una niña, sin embargo, se la decía como hermano. Y abrazada a él lo detestó con todas sus fuerzas, y lo amó con toda su alma.

—Yo... también... te quiero —logró balbucear.

Adrien se dijo que en esos momentos nada de sus conocimientos le servía para algo. Ninguna de las enseñanzas adquiridas en el ejército, y en su día a día, le valdrían para algo, porque ahora, su verdadero enemigo, era él mismo: él y sus temores

—Todos te queremos muchísimo —continuó quedo—. Eres muy especial para nosotros.

Los hombros de ella se agitaron con frenesí mientras las lágrimas empapaban la camisa de hilo fino.

Adrien era su amigo. Era su hermano. El hombre de su vida. Su único y verdadero amor. Estaba abrazada a él, pero no recibía el consuelo que necesitaba, porque ella tenía un hambre resal de contacto. «Dicen que de todo se aprende Adrien, pero cuánto daría porque no siempre las lecciones fueran tan dolorosas», le dijo con el pensamiento. «Me abrazas, pero no abrazas a la mujer sino a la adolescente que mantienes en tu recuerdo».

Carol lo abrazó más fuerte, y sintió en toda su extensión el poder que emanaba del su cuerpo recio y duro y que penetraba en el suyo propio. Se separó un momento y lo miró a los ojos. Pudo sentir que la desnudaba y escrutaba su mente. Como acto reflejo escondió de nuevo el rostro en el amplio pecho de él, entornó los ojos pero no pudo moverse lo más mínimo. Se le aceleró el corazón, se le aflojaron las piernas, y, contra todo pronóstico, Carol se desmayó. Había tenido que hablar con el padre Payne, con el doctor Butler. Estaba a punto de perder su empleo. Amaba un imposible, y no dormía por las noches debido a la culpa, todo ello convergió y la sumió en la oscuridad.

Cuando abrió los ojos, se percató que estaba recostada en el sofá. El rostro de Adrien estaba muy cerca del suyo, y la zarandeaba suavemente por los hombros. Parpadeó porque ignoraba qué había sucedido. Veía cómo se movían los labios de él pero no escuchaba nada. Todo parecía ir muy lento. «Estás soñando Carol, él, no está aquí sino en tu imaginación», se dijo mientras sonreía. En innumerables ocasiones había imaginado una escena parecida: ambos cuerpos muy cerca. Los rostros apenas separados por unos centímetros, ella bebiéndose el aliento de él, y viceversa. Como si una neblina espesa la rodeara, Carol alzó los brazos y rodeó el cuello de Adrien, atrajo la cabeza hacia la suya y lo besó en la boca. Al fin podía beberse su aliento cálido, alimentarse de él. Podía lamer la firmeza de sus labios, deleitarse en ese momento que había soñado siempre...

—¡Basta! —Adrien la empujó para separarla.

Parpadeó como si no supiera lo que había ocurrido entre los dos. Él, ya se alzaba y la miraba de una forma que le provocó un escalofrío. Estaban los dos solos en la casa y ella representaba una tentación muy grande. Si Adrien no levantaba un muro entre ambos, ¿qué sería de él? Pero la voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre el sofá del salón, de alimentarse de la sutil fragancia de su hermoso cuerpo y de la voluntad de estar allí quieto y dejar que fuese ella quien decidiera que quería hacer, qué le apetecía hacer, resultaba abrumadora, pero Adrien era un hombre sensato.

Aunque la necesidad de dominar la voluntad de ella casi le dolía. Jamás se había sentido así, pero era muy consciente del muro que los separaba, pero sobre todo, del compromiso matrimonial de ella con el doctor Charles Butler.

—Sé que algo te sucede porque no actúas con lógica —le mencionó—. Es como si no fueras tú sino una extraña la que domina tus acciones. ¡Por Dios vas a casarte! Y yo soy un caballero que te respeta.

Carol optó por sentarse en el sofá pues le debía una larga explicación, pero, ¿qué podía decirle sin utilizar la mentira? Razonó que parte de la verdad.

—Llevo varios días muy preocupada por mis padres, por Charles, porque me asusta no hacerlo feliz —confesó en un murmullo—, y cuando he abierto los ojos, algo me ha impulsado a besarte, quizás por un recuerdo de nuestro pasado, no lo sé, pero no ha sido consciente, de verdad —afirmó sin dejar de mirarlo—. Era la Carol de hace diez años.

Mintió para convencerlo.

Adrien soltó el aire que había estado conteniendo. Al fin obtenía una explicación razonable. Miró los enormes ojos que resplandecían en una cara de ángel. El cabello, que se había desprendido del moño, caían sobre un rostro que tenía una extraña característica de belleza salvaje, y que era capaz de dejar al hombre más mundano sin palabras. Adrien tragó con fuerza. Bajó la mirada por el esbelto cuello, y sus bien formados senos se dejaban notar bajo la tela fina de la camisola. Era consciente de la fuerte atracción que sentía hacia ella, pero Carol estaba prometida, iba a casarse. Se percató que los ojos de ella volvían a tener la misma intensidad de siempre, y no ese brillo loco de hacía unos momentos, y que lo había asustado de verdad porque si ella le pedía un beso como en el pasado, él le daría muchos más.

Pero era un caballero, y ella estaba prometida a otro.

—Me siento culpable por esto —le dijo de pronto él—. Tu hermano Dylan me contó que sabe lo que ocurrió entre nosotros hace diez años.

Ya no tenía sentido seguir fingiendo que no había ocurrido.

—Lo sospechaba, y ante el interrogatorio al que me sometió, terminé contándole la verdad —se sinceró ella aunque omitió que el párroco Payne se lo había contado a sus padres.

—¿Pretendías implicarme para obligarme a ofrecerte matrimonio?

Adrien se había vestido con la capa de piel de la acusación. Carol sonrió con tristeza porque había puesto de nuevo entre ambos una barrera infranqueable: su posición social.

—En absoluto —admitió humilde—. Cometimos un error, que ya está olvidado por mi parte, y confío que también por la tuya. Además, soy una feliz prometida.

A Carol le costó decir la mentira, y, por ese motivo, en los ojos se él se reflejó la duda.

—Me alegra escucharte —respondió tras un momento—. Debo marcharme.

—Y entonces, ¿por qué has venido?

Lo vio apretar los labios.

—Tenía que aclarar este asunto contigo. Asegurarme de que no estás enfadada conmigo, es que no quería que pensaras que soy un cretino, es solo que... —no podía continuar.

—Pues ya está todo aclarado —su respuesta había sonado brusca.

—También para desearte toda la felicidad del mundo con ese doctor...

Si las miradas matasen, Adrien sería ceniza sobre la alfombra. Carol se levantó y Adrien dio dos pasos hacia atrás. Entendió perfectamente la actitud precavida de él.

—Gracias por venir —ella le mostró la sonrisa más falsa que había mostrado nunca.

Sonrisa que Adrien aceptó como sincera.

—Recuerda que te queremos mucho, y que nos preocupamos por ti —le correspondió con semblante serio—. Siempre puedes contar con nosotros... conmigo.

Adrien ya se dirigía hacia la puerta de salida, no le ofreció la mano en señal de despedida pues sentía la urgente necesidad de alejarse de ella, de poner distancia.

El beso de ella lo había perturbado mucho.

Carol no lo acompañó porque entendió que no lo agradecería, y se mantuvo de pie mirando su salida intempestiva del salón.

CAPÍTULO 14

Las dudas de mi corazón convierten en fuego griego los ríos de mis sentimientos, se dijo el noble un día después de visitar a Carol.

Si Adrien siguiera en la Royal Naval College de Greenwich, si no hubiera huido de forma cobarde por la muerte de Peter Goddard, si hubiera hecho caso de su tío Derry para finalizar su instrucción, ahora no tendría que enfrentarse a una decisión dolorosa, porque la mujer que le había obligado a tocar sus firmes y redondeados pechos, no era cualquier mujer sino Carol: la misma que lo había besado con ardor minutos después. La sola posibilidad de que estuviera cometiendo un error casándose con ese hombre, le ponía la piel del vello como escarpías. ¿Estaba enamorada de él? Debía estarlo porque ya era toda una mujer y no una niña. Y habían pasado diez largos años desde que se entregó a él.

Cuando el mayordomo anunció la presencia de Dylan en el salón de Bordesley Green, él, se encontraba sumergido en pensamientos sombríos.

—Tenía que hablar contigo —le dijo visiblemente nervioso.

Adrien lo invitó a sentarse.

—No te esperaba.

—Te he enviado un mensaje, pero no he obtenido respuesta —reveló el amigo con voz intranquila.

—He estado fuera casi toda la mañana.

Dylan tomó asiento en el salón sin dejar de mirarlo.

—Tienes que detener a Carol —pidió Dylan serio—. Eres el único que puede hacerlo, pues mi padre está sordo y ciego a mis argumentos.

—¿Por qué piensas que soy el único que puede pararla?

Dylan no se anduvo por las ramas.

—La boda será este domingo.

Adrien miró a su amigo atónito. Apenas quedaban tres días.

—Hablé con Carol ayer por la tarde —le informó.

Los ojos de Dylan se entrecerraron con sorpresa.

—¿Y cómo la viste?

—Muy tranquila —no era la respuesta que el hermano esperaba.

—No está tranquila —le replicó Dylan con cierta acidez.

—Dylan, debéis aceptar su decisión.

—No sabe lo que hace —reiteró con enojo mal disimulado.

—Por Dios, ¿te estás escuchando? —le explicó Adrien—, desea casarse,

y estáis montando una montaña de problemas sin motivo —Dylan lo miraba como si no lo entendiera, pero Adrien no quería explicarle de forma explícita la situación embarazosa que se suscitó entre los dos.

—¿Me hablas en serio? —inquirió el otro al fin.

—Admito que se comportó de un modo algo extraño —reveló—. Temo que son los nervios, o la inseguridad por el paso que ha decidido dar.

Los párpados de Dylan se entrecerraron.

—Explícate.

Adrien se percató que tenía que ser más claro sobre sus percepciones para con ella.

—Bueno, en realidad no tiene importancia.

—Explícate —insistió el amigo.

—Estábamos hablando y se desmayó. Me contó que no duerme bien por las noches, y de pronto me besó —Adrien lo admitió con vergüenza—. Me besó, y no supe qué hacer —Dylan soltó el aire que contenía. Se pasó la palma de la mano por la frente como si quisiera apartar las perlas de sudor que se acumulaban. Los últimos días de julio estaba siendo inusualmente calurosos—. Habla y actúa como si no fuera la Carol de siempre. En estos días la veo muy cambiada.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, únicamente que no parece la misma Carol de siempre.

—¿Y a qué crees que es debido?

—A los nervios por la boda, al estrés por convertirse de pronto en la madre de tres niños pequeño, ¡yo que sé!

Explotó el noble.

—Me dan ganas de golpearte.

Adrien pensó que tampoco entendía muy bien la animadversión que veía en los ojos de Dylan. En ocasiones había advertido en la mirada de Carol animadversión hacia él, y ahora veía en los ojos de Dylan unas ansias locas por golpearlo.

—Por Dios que estás insoportable —Dylan parpadeó atónito—. Entre tu hermana que se comporta como si tuviese doble personalidad, y tú como un descerebrado, me vais a volver loco.

Dylan tensó los hombros. ¿En verdad creía Adrien que su hermana se comportaba como si tuviese doble personalidad? ¿Porque lo había besado

—¡Adrien! —exclamó atónito—, ¿te estás escuchando? —lo miró con el

rostro demudado—. Mi hermana está tan angustiada desde que has regresado, que estoy realmente preocupado por ella.

—¿Por qué me echas la culpa del estado de nervios de tu hermana por su boda?

La angustia fue palpable en su rostro.

—¿De verdad piensas que es por la boda?

—Tenías que haber visto sus ojos cuando me besó.

—Y tú, ¿qué piensas al respecto? —la pregunta hervía de interés—. ¿Cuál es tu verdadera opinión sobre ese asunto? —pero no hizo falta que Adrien respondiera. Su mirada resultó muy elocuente, y molestó a Dylan hasta un punto inconcebible—. ¡No te besó un demonio! —le espetó con amargura.

—Yo no he dicho eso —respondió a la defensiva—. Es solo que me sorprendió, sobre todo estando prometida.

Dylan estaba realmente muy enfadado.

—¿Y no te has preguntado por qué motivo te besó una mujer comprometida y a punto de casarse?

Sí, se lo había preguntado infinidad de veces, pero no había indagado al respecto porque no estaba en posición de hacerse ilusiones ni de darle esperanzas.

—Parecía como... —tomó aire antes de continuar—, como si quisiera hacer una última locura antes de dar el paso definitivo, o eso me pareció cuando me besó. Pero te juro que fui un completo caballero. Ni el mismo diablo habría podido tentarme.

—Mi hermana te besó porque te quiere —reveló Dylan de pronto.

La mente de Adrien no asimiló la confesión.

—Yo también la quiero —correspondió sin percatarse del tono grave que había utilizado su amigo para explicarle una razón escondida durante mucho tiempo.

—¡No seas estúpido! —le reprochó Dylan sin importarle que la verdad saliera a la luz de una vez—. TE AMA, ¡maldita sea!

Adrien respiró de forma profunda y soltó el aire poco a poco. Creía que había oído mal.

—No maldigas ni inventes razones sobre su conducta del otro día. Estaba nerviosa, y se mostró impulsiva, eso lo acepto.

Dylan resopló con insolencia. Adrien parecía lejano, como protegido tras su muro aristocrático.

—Está enamorada de ti desde los catorce años —Adrien lo escuchó y

parpadeó nervioso—. Le juré que nunca te revelaría sus sentimientos, pero no puedo quedarme callado cuando la juzgas por un beso que te ha dado por amor, no porque esté nerviosa por una boda que no debe celebrarse.

—¿Qué dices? ¡Retira lo que has dicho! —exclamó herido porque creyó que su amigo quería provocarlo para que hiciera una tontería.

Le pareció una venganza por lo sucedido diez años atrás entre Carol y él.

—Está profunda e irremediabilmente enamorada de ti —afirmó rotundo.

El corazón de Adrien latió de forma mucho más lenta que la sucesión de pensamientos que se agolpaban dentro de su cabeza. Se sentía torturado porque la actitud de Carol lo había llevado a pensar de una forma muy diferente a la que le explicaba Dylan en ese momento. Se negaba a creerlo, no podía ser cierto, pero algo en la mirada de su amigo le mostró la veracidad de sus palabras.

—No sabía... yo nunca... nunca le haría daño de forma precipitada — trató de explicarle.

—Lo sé... lo sé —respondió Dylan—, pero te ama.

Adrien se llevó las manos al rostro y lo cubrió con ellas. Se sentía mortificado. Le costaba entender la lógica. Si lo amaba, ¿por qué motivo nunca se lo había dicho? ¿Por qué esos silencios premeditados? Pero ya no había nada que hacer porque se casaba.

—¿Por qué me lo has dicho? —le recriminó afectado.

Dylan tenía que mostrarse arrepentido por revelar un secreto que no le pertenecía, pero no lo haría porque le importaba más el futuro de su hermana que la paz interior de su amigo. Desde que había descubierto que iba a casarse con alguien que no amaba, no podía dormir.

—No la mirarás a ella como me has mirado a mí cuando estéis de nuevo frente a frente. ¡Mi hermana no se lo merece! No se merece tu olvido ni tu desprecio.

—¡Dylan! —exclamó el noble—. Yo no la desprecio.

—¿Y qué puedo pensar cuando te importa tampoco lo desgraciada que será en el futuro por tu culpa? —esa era una acusación injusta—. Carol está resignada. Siempre lo ha estado con respecto a sus sentimientos por ti, pero ojalá seas tan desgraciado en tu vida como lo será ella en la suya.

Adrien estaba hecho un verdadero lío. Ella lo amaba, ella se lo había callado, ella se iba a casar con otro de su misma condición social. Adrien no podía hacer nada.

—¿Pero no te das cuenta de que todo lo has cambiado con tu

declaración? ¿Qué tengo que mantenerme al margen aunque no quiera?

Dylan no sabía hacia dónde lo quería llevar Adrien.

—Ella no debe saber que te lo he revelado —Adrien pensó que en ocasiones su amigo se mostraba temerario además de estúpido—. Júrame por la memoria de tus padres que jamás le revelarás que te lo contado.

Adrien no podía prometer tal cosa.

—Me dices lo que siente tu hermana, me pides que te ayude a impedir su boda, y me ordenas que mantenga silencio. ¿Te estás escuchando?

—Te mataré si le dices que lo sabes.

Adrien entrecerró los ojos.

—No puedo prometerte algo así.

—¡Maldita sea, Adrien! —volvió a maldecir Dylan—. Solo tienes que ayudarme a impedir su boda, nada más.

Adrien era un hombre pacífico por naturaleza, pero Dylan lo estaba llevando a un punto de ira desconocido hasta entonces para él.

—Ahora, ¿cómo pretendes que actúe para impedir su boda? Hablo con el doctor y le digo, oye, que no te cases tío, que ella no te quiere.

Dylan se percató de lo egoísta que se había mostrado con él.

—No te burles.

Adrien lo miraba con honda decepción. Quería a Carol. La respetaba, y tenía que tratar de ayudarla, pero, ¿cómo iba a decirle que se casaba con otro quizás por venganza, o por rencor hacia él y lo que sentía? Estaba atado de pies y manos.

—¿De verdad crees que lo hago?

Dylan comprendía que Adrien estaba molesto, sin embargo, revelarles los sentimientos de Carol había sido un acto defensivo. Su hermana sufría y él quería ayudarla. Su amigo era el medio para lograr un fin.

—Adrien... —el mencionado lo miró solemne—. No puedes permitir que se case ... porque es a ti a quien ama.

Adrien entrecerró los ojos con suma cautela. Dylan estaba loco.

—Eso es imposible sin revelarles que conozco sus sentimientos y lo que me afectan.

—¡Joder! Invéntate algo.

—¿Qué me invente? —estalló el otro.

Dylan suspiró.

—Dile que te estás muriendo... yo que sé.

Adrien dejó de mirarlo porque se sentía turbado. De pronto se giró hacia

él y lo miró seco.

—Perfecto... querida Carol, no puedes casarte porque voy a morirme y no sería correcto —se burló—. ¿Pero tú estás bien de la cabeza?

Las pupilas de Dylan se clavaron en el rostro de su amigo. Adrien entendió perfectamente su mirada.

—Si ella está decidida a casarse, no puedo hacer nada —le aclaró.

Dylan había esperado otra respuesta. Ayudar a su hermana le había nublado el juicio.

—Podrías mentirle...

—¿Mentirle? —preguntó el noble.

—Dile que estás enamorado de ella, y que deseas hacerla tu esposa — Adrien parpadeó incrédulo—. Debes sentir algo por ella, ¿verdad?

Adrien se tomó un tiempo en responder.

—Sí —confesó después de un tiempo, y con voz entrecortada.

Entre los dos amigos se sucedió un silencio algo embarazoso que rompió Dylan al fin.

—Ven a Grasmere a cenar el sábado, te conseguiré un tiempo valioso para que hables con ella —Adrien no estaba seguro porque temía enfrentarse no solo a Carol, también a sus padres.

—¿Tus padres saben lo que ocurrió entre tu hermana y yo hace diez años?

Dylan sabía muchas cosas, pero esa no era una de ellas.

—Mis padres no estarán en Grasmere pues asisten a la boda de un conocido de mi madre, al no ser pariente, ni Carol ni yo estamos invitados — Adrien no estaba convencido todavía—. Por favor, Adrien, no me dejes solo en esto pues eres tan responsable como ella de lo que sucedió entre vosotros hace diez años. Termina lo que empezaste. Actúa como el caballero que eres, o al menos convéncela para que no cometa semejante estupidez.

Adrien pensó que sería un duro golpe ver a Carol después de la confesión de Dylan, pero no se amilanó.

—Allí estaré.

CAPÍTULO 15

Adrien miró la pequeña caja con los dulces que llevaba en las manos. No había tocado la campanilla de la puerta, algo se lo impedía. Dylan le había dicho que la cena era informal, no como las formales en Bordesley Green. Se decidió al fin y tocó la campanilla. Apenas tardaron unos segundos en abrirle la puerta, y la que quedó frente a él fue Carol que lo miró estupefacta. El tiempo se detuvo para ambos que no podían apartar la mirada el uno del otro. Ella iba vestida con un fresco vestido de muselina verde que caía hasta el suelo con varios volantes. Llevaba el precioso pelo dorado suelto, parecía una cortina de oro tras su espalda. Él, llevaba pantalón negro, camisa blanca, y en el elaborado lazo del pañuelo al cuello, el alfiler de brillantes con el emblema de la casa Colsterworth que tanto detestaba ella.

—Qué sorpresa... bienvenido —lo saludó correcta, y con una amplia sonrisa que le provocó a él un vuelco en el estómago.

Tenía enfrente a una adorable mujer de veintiséis años que tenía toda una vida por delante, sin embargo, estaba ojerosa y tenía la piel pálida, pero la veía tan bonita como cuando era una adolescente.

—Estás muy hermosa —le dijo él.

Carol amplió la sonrisa todavía más lo que le provocó a él una hecatombe emocional.

—¡Mentiroso! —exclamó con humor—, aunque gracias.

Al fondo escuchó la voz de Dylan.

—¿Saben tus padres lo nuestro? ¿Me matarán esta noche por presentarme así?

Carol le sonrió sin humor.

—Serena tu ánimo, mis padres no están en casa, y para que te quedes más tranquilo, ya hablé con ellos, y he justificado tu actitud de todas las formas posibles.

Sus palabras le supieron a reproche.

Adrien le entregó la caja con los dulces, y nada lo preparó para que ella se alzara de puntillas y lo besara en la mejilla. Se sobresaltó por el inesperado contacto, y se llamó estúpido un centenar de veces. Desde que la conocía, siempre lo había saludado con un beso. ¿Por qué se extrañaba de que lo hiciera ahora? Porque sabía por Dylan lo que sentía hacia él, y porque quería ver que el beso no era ni fraternal ni inocente.

Carol se apartó a un lado para permitirle el acceso a la casa.

—¡Adrien, pasa! —exclamó Dylan—. Parece mentira que Carol te mantenga en la calle como si fueras un desconocido.

—No está en la calle —protestó la hermana—. Simplemente nos estábamos saludando como buenos hermanos.

Le pareció que la respuesta de ella llevaba un cierto sarcasmo que no llegó a entender. Dylan le estrechó la mano y lo abrazó como si hiciera meses que no se veían.

—He traído pequeñas porciones de pudding de queso. Nadie las prepara como Helen.

Helen era la cocinera de Bordesley Green.

—Sabes que adoramos el pudding de Helen —respondió Dylan.

—Siéntate —lo invitó Carol, pero con actitud hosca.

Su voz sonaba más fría de lo normal. Adrien tomó asiento en el lugar de la mesa que estaba reservado para él.

—Hoy he probado una receta nueva —dijo Carol mientras dejaba en medio de la mesa una sopera que humeaba—. Espero que os guste.

—Adrien, por favor, haznos los honores.

Así lo hizo. Ofreció una oración sencilla pero muy emotiva, de las que iban directas a la conciencia. Cuando acabó y abrió los ojos, Carol lo miraba con un brillo indescifrable en sus ojos. La conversación durante la cena giró en torno a temas triviales del que Dylan participó poco, detalle que extrañó a su hermana que de vez en cuando le lanzaba miradas furtivas. Adrien se preguntó por el prometido de Carol, y le extrañó que no estuviera en la cena, aunque recordó que Dylan le había hecho una encerrona para que hablara a solas con Carol.

—Espero que te vaya bien en tu regreso a Greenwich —apuntó Carol al mismo tiempo que se levantaba para recoger parte de la vajilla que habían utilizado.

Se escuchó la puerta de la calle y la voz de Niall que le hablaba a Hannah. La sorpresa de los padres de Carol al verlo en el comedor fue muy elocuente. El padre tomó asiento en la mesa, Adrien no había hecho los honores de levantarse a saludarlos porque la mano de Dylan sobre su brazo se lo había impedido.

—Me mentiste —le reprochó Adrien a Dylan en voz baja.

La madre fue al encuentro de la hija a la cocina, y los tres hombres se quedaron a solas en el comedor.

—Adrien sabe que Carol comete un error con la boda, y expresa su

desacuerdo, como yo —dijo Dylan de sopetón y para justificar la presencia de Adrien en la casa familiar.

Niall miró a su hijo con ojos entrecerrados. Le parecía de mal gusto que sacara a colación un asunto tan delicado como la decisión de Carol de casarse pese a todo y contra todo.

—Tendrás que aceptar de una vez la decisión de tu hermana.

Dylan miró con dureza a su padre tras sus palabras duras.

—Dylan está preocupado, y yo también, pues es una gran responsabilidad tomar una decisión apresurada y de desconocidas consecuencias —terció Adrien mediando en el asunto.

Niall entrecerró los ojos al escucharlo.

—No eres el más indicado para hablar sobre decisiones impulsivas, y Carol es perfectamente capaz de tomar buenas decisiones.

—¿Qué decís de mí? —se oyó decir desde la cocina.

—No te preocupes, cariño. Tu hermano solo habla de su trabajo —contestó el padre.

Adrien sabía que no era el momento más adecuado, pero apenas tenían margen pues la boda se celebraría al día siguiente, y de pronto se percató que nadie lo había invitado.

—Dylan, por favor, entretén a tu hermana. Necesito hablar con el invitado.

Dylan aplaudió la excelente idea. Así podrían hablar mucho más tranquilos sin la presencia de ella.

—Conozco la forma de entretenerla —dijo al mismo tiempo que se levantaba de la mesa—. Regresaremos en unos veinte minutos, no os puedo dar más tiempo —dijo Dylan sin apartar la mirada del noble—. Por favor, Adrien, no me falles.

Adrien ignoraba de qué forma Dylan iba a convencer a su hermana para que abandonara la mesa a mitad de la cena, pero no se preocupó. Cuando Niall y él se quedaron a solas, el hombre lo taladró con la mirada.

—Mi hijo me ha informado esta mañana que tenías que hablar con nosotros sobre Carol —Hannah había tomado su lugar en la mesa.

Carol había hablado con sus padres, tras la desastrosa intervención del padre Payne, y les había confesado el desliz que mantuvo con Adrien antes de que se fuera al ejército. Les había costado asimilar que se hubiera entregado a él por propia voluntad, y que nunca le hubiese reclamado nada. Carol los había convencido de que fue un tremendo error por su parte, y que jamás

esperaría de Adrien una reparación. Habían sido jóvenes, inmaduros, pero que ya estaba olvidado por parte de los dos. Como Niall no estaba convencido, y quería reclamar responsabilidades, Carol expuso una batería de razones para callarlo: la clase social, la responsabilidad para el condado... y un largo etc. Niall había terminado por aceptar todas y cada una de las explicaciones de su hija. Además, Carol los había convencido de que ella había tomado una decisión madura y responsable, y como mayor de edad que era, nada ni nadie podría hacerle cambiar de opinión.

A pesar de la explicación de la hija, estaba horrorizados, y desilusionados.

Los padres estaban sentados frente a él, y por primera vez en todos los años que conocía a los Hemsley, la madre lo miraba decepcionada, y el padre con resentimiento. Adrien se sintió muy incómodo, pero no era cobarde, y durante los siguientes minutos, les habló con la misma convicción que le hablaría a su instructor sobre un tema teórico. En ningún momento reveló que sabía lo que Carol sentía por él, ni él sobre ella. Le había prometido a Dylan mantener silencio sobre ese tema. Les dijo punto por punto, todas las dudas que Dylan sentía.

—¿Cómo te atreves a cuestionar los sentimientos de mi hija? —preguntó Hannah.

Adrien sintió todo el peso de la pregunta sobre sus hombros.

—No lo hago —respondió firme—, pero tanto Dylan como yo creemos que Carol se equivoca con esta boda, además es muy precipitada, debería tomarse un tiempo en meditarlo —Adrien tomó aire—. ¿Cuánto tiempo conocéis a su prometido? ¿Es un hombre íntegro? ¿Responsable?

—¿Cómo tú? —le espetó Niall—. Porque siempre te he tenido por un caballero, pero te aprovechaste de nuestra hija, y si no te he reclamado una reparación ha sido precisamente por Carol.

Adrien tuvo el acierto de sonrojarse.

La madre soltó un suspiro largo y caliente, aunque no se veía convencida.

—Sabemos lo que sucedió, y me parece infame por tu parte habernos ocultado algo así —apuntó la madre con nerviosismo—. Pero Carol nos ha convencido de que siempre has querido hacer lo correcto, cumplir con tu obligación, pero que no te lo ha permitido porque eres como un hermano para ella, y así debe de seguir siendo. Estamos escandalizados, pero aceptamos la palabra de nuestra hija, y ahora vienes tú a ponerla en entredicho.

Adrien estaba atónito. ¿Por qué motivo había mentido Carol? Respiró

hondo varias veces para normalizar los latidos de su corazón que se habían desbocado. ¿Y si Dylan estaba equivocado? ¿Y si Carol realmente amaba a su prometido?

—Hannah, por favor, déjanos un momento a solas.

La mujer aceptó con ojos llorosos, pero no se dirigió hacia la cocina sino hacia la planta alta. Necesitaba encerrarse en el baño para dar rienda suelta a la angustia que la sobrecogía, y que la conversación mantenida con Adrien había sacado a la luz. Su hija había sido deshonrada por él, Adrien quería reparar su honor, pero ella no se lo permitía. Hannah era muy consciente de la separación de clases sociales, pero era su niñita.

—Me parece una verdadera desfachatez que te alíes con Dylan para impedir la boda de Carol —Niall tomó aire—. Eres el menos indicado para ello.

Los ojos de Adrien parpadearon porque se le había desenfocado la visión.

—Comprenderás nuestra angustia, nuestro recelo contigo a pesar de que te queríamos, y de que te considerábamos un hijo más —le dijo Niall y hablando en pasado, detalle del que se percató Adrien—. Amamos a nuestra pequeña con todo nuestro corazón.

Allí, sentado en el comedor de Grasmere, y escuchando las reprobaciones de Niall, supo que tenía que actuar y tomar una decisión que cambiaría la vida de todos. Adrien era un caballero, y tenía que comenzar a portarse como tal.

—Carol es muy importante para mí, siempre lo ha sido —le confesó—. Y haré lo que esté en mi mano para que no sea infeliz, como la de impedir su boda.

Niall soltó el aire de forma abrupta.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo? —Niall lo miraba perplejo.

Su hija le decía una cosa, Adrien otra, ¿a quién debía creer?

—Tengo que hablar largo y claro con Carol porque hay asuntos sin acabar entre nosotros desde hace diez años —confesó al fin—. Por eso tenemos que impedir su boda mañana.

Niall pensó en la respuesta que podía ofrecerle. Adrien colocaba sobre sus hombros un enorme deber. Adrien no era el responsable de Carol, no tenía que tomar una decisión que le atañía a ella en exclusiva.

—No nos corresponde a nosotros tomar la decisión de impedir su boda

mañana porque —matizó el padre.

Adrien se dijo que se merecía esa respuesta.

—Entiendo.

—Pero no nos inmiscuiremos en los intentos que hagas tú personalmente para hacerla desistir.

Adrien aceptó, y cuando el silencio entre los dos se volvió incómodo, Niall lo despidió.

—Es mejor que te marches antes de que Dylan y Carol regresen pues querrá saber de qué hemos hablado, y, si no estás aquí, será más fácil darle una explicación sobre tu repentina marcha —el noble entendió que era lo mejor.

Poco tiempo después, cuando Niall escuchó la puerta de la calle, retomó su respectivo lugar en la mesa del comedor. Hannah había traído una bandeja con el postre. Dylan preguntó por Adrien, pero Carol no. Tomó su postre en silencio, preocupada por la expresión de su padre, por el silencio de su madre, y por la ausencia de Adrien que se había marchado sin despedirse, supo que todo había terminado entre los dos.

Después de salir de Grasmere, Adrien había decidido hacer una visita. Era una hora inapropiada, pero levantó al padre Payne de su cama. El religioso lo atendió encrespado, pero nunca se le decía no a un noble, y menos a un Rawson.

—Confío que sea algo importante.

Adrien entendió la crítica en las palabras.

—Un asunto de vida o muerte.

Era una información innecesaria porque el padre Payne conocía toda la historia. Se había informado con respecto a él, y la forma tan apresurada en la que había abandonado la Royal Naval College de Greenwich para instalarse por tiempo indefinido en Nottingham.

—No puede officiar la boda de Carol mañana —le informó al sacerdote sin un parpadeo—, retrase el oficio —manifestó con voz seca—, hasta que haya hablado con ella.

Adrien creyó percibir en el hombre una cierta arrogancia que le preocupó.

—¿Con qué derecho se atreve a condicionar una decisión que en nada le incumbe? —continuó—. La señorita Hemsley ha decidido casarse mañana

domingo, y nada puede cambiar esa decisión.

Adrien no solía utilizar el buen nombre ni la influencia que tenía como conde, pero le pareció que frente al padre Payne resultaría apropiado.

—Como conde de Colsterworth, y futuro esposo de lady Carol Hemsley, le ordeno que suspenda la boda —ordenó dejando clara su postura.

—Carol me habló del desliz cometido, y de las consecuencias obtenidas. Censuro lo que hizo, pero Dios la ha perdonado. Charles Butler es un hombre respetable, padre de tres hijos, y no se merece por mi parte que cumpla los deseos de un noble sin escrúpulos, por mucho conde que sea.

Payne no era tonto. Sabía que no podía oponerse al conde de Colsterworth, pero cuando Carol le confesó todo lo que había sucedido y padecido por culpa de él, había tomado cartas en el asunto. Había sido deshonrada por un hombre que pertenecía a la nobleza, y un hombre plebeyo le iba a devolver al honra convirtiéndola en su esposa. ¿Cómo se atrevía lord Rawson a tratar de impedirlo?

Adrien pensó muy bien en las palabras que iba a decir a continuación.

—Tenía dieciocho años cuando aquello ocurrió, éramos muy jóvenes, y yo tenía una obligación que cumplir.

Payne lo miró con atención.

—¿Ha terminado su obligación? —el conde hizo un gesto negativo—. A la vista queda su incapacidad para terminar sus asuntos, pero Carol Hemsley no es uno de ellos.

Las palabras del sacerdote le parecieron insultantes.

—Hace diez años no pude reparar el honor de Caroline Hemsley, pero tengo intención de hacerlo ahora —el sacerdote apretó los labios pero no interrumpió al noble—. Recuerde mis palabras y busque una excusa para no officiar la boda mañana.

—No acepto órdenes salvo las de mi Señor —dijo el sacerdote.

Adrien soltó el aire que contenía muy despacio.

—Entonces recibirá una carta del obispado de Londres...

Ya no se dijeron nada más.

CAPÍTULO 16

El amor todo lo convierte en caos, como las decisiones apresuradas. Carol se sentía dividida. El mismo sábado por la noche, y después de la desastrosa cena, en Grasmere se recibió un mensaje urgente del padre Payne, en el mensaje, el sacerdote les pedía disculpas porque tenía que posponer el rito religioso de la boda al encontrarse postrado en cama por una indisposición digestiva severa. Charles Butler también se había personado en Grasmere, y le había ofrecido cambiar de párroco. El de Sutton Colfield estaba dispuesto a officiar la ceremonia, pero ella tenía la última palabra.

Carol no sabía qué hacer, y le pareció una señal divina que Payne se hubiera sentido indispuerto para unirla en matrimonio a Butler. Afortunadamente, iba a ser una boda sencilla y familiar, por ese motivo los invitados eran mínimos. Había costado muy poco enviar una nota de disculpa. Carol se sinceró con su prometido, y le pidió que esperaran a la recuperación de Payne puesto que ella quería que fuera él y no otro sacerdote quien los uniera en matrimonio. Charles no estaba muy de acuerdo, pero aceptó. A las nueve de la mañana de ese domingo, Carol se quedó sola en Grasmere mirando su vestido de novia, y con ganas de despedazarlo. Sus padres habían huido como cobardes alegando que tenían que avisar personalmente de la cancelación de los esponsales a unos tíos que vivían en Halesowen, le anunciaron que se quedarían allí un par de días, y Dylan había aceptado cubrir una noticia en Wolverhampton.

Ahora que estaba más tranquila, y sentada en el salón, Carol meditó largo y profundo en los últimos acontecimientos.

Una vez que se marchó Adrien de Grasmere, sus padres le comunicaron que tenían dudas sobre su precipitada boda con Butler. ¡Y se lo decían cuando quedaban apenas unas horas para que se celebrase la boda! Ella creía intuir que las dudas de sus padres tenían que ver con el tiempo que Adrien había estado a solas con ellos. Se alegró de que Adrien no se encontrara en la casa cuando regresó porque su furia habría recaído íntegramente sobre él. Se había inmiscuido en su vida, y no se había quedado para recoger los resultados. Sus padres le habían explicado las razones que creían tener, y ella se lo había tomado realmente mal.

¿Por qué motivo ahora se mostraban contrarios a su boda? ¿Qué pensaba realmente Adrien para influir en sus padres con respecto a ella? La campanilla de la puerta sonó de pronto y la sobresaltó. Miró la hora y se percató que eran

las seis de la tarde. No podía ser Dylan pues no regresaría de Wolverhampton hasta el día siguiente igual que sus padres. Como la ventana estaba abierta al sol de la tarde, Carol se asomó para ver quién era. Cuando el rostro de Adrien se giró hacia ella, soltó un suspiro acerbo: en el postigo estaba el culpable de su infortunio.

—Espero que vengas a ofrecerme la disculpa que me debes —le dijo pero sin esperar una respuesta, instantes después caminó del salón al vestíbulo para abrir la puerta.

—Perdóname... —dijo Adrien antes de subir el último escalón.

Carol tenía los brazos cruzados al pecho y lo miraba insolente. Vestía con el pomposo pañuelo anudado al cuello, y el maldito emblema de los Colsterworth. Se preguntó si alguna vez se quitaría el distintivo que lo delataba como noble.

—¿Es normal las visitas sociales a esta hora? —la pregunta era burlona.

—He quedado aquí con Dylan.

El rostro de ella mostró la sorpresa que sentía, y supo que mentía.

—Mi hermano está en Wolverhampton, y no regresará hasta mañana.

—He hablado con él a primera hora de la mañana. Estaba algo alterado y me ha pedido que lo esperara aquí. Necesita hablar conmigo de forma urgente.

—¿Y por qué motivo Dylan no me ha dicho nada al respecto?

—No tengo ni idea —respondió mientras esperaba a que ella se apartara. Carol así lo hizo. Extendió una de sus manos y lo invitó a pasar.

—Si mi hermano ha quedado en Grasmere contigo, no puede tramar nada bueno.

Adrien percibió con claridad el tono resentido de su voz.

—Ambos tenemos que hablar contigo.

—¿Ahora quieres hablar y no influenciar? —dijo en clara referencia a sus padres, y a la conversación que habían mantenido en su ausencia.

Adrien pensó que se merecía el reproche. Niall le había aconsejado que se marchara antes de que Dylan y Carol regresaran, lo atribuyó a que quería mantener una conversación en privado con su hija sin la presencia de un tercero.

—Tu boda con Butler es un tremendo error —le soltó así de pronto sin prepararla.

Ella estaba atónita.

—¿Pero cómo te atreves? —casi no podía respirar de lo enojada que estaba con él, con ella, con todos—. Mi padre me ha contado vuestra

conversación, y estoy indignada porque has interferido en algo que no te incumbe.

Adrien estaba plantado en medio del salón empujándolo. Ella no lo había invitado a sentarse.

—No es intrusión —la reprendió—, es preocupación.

—Te estás metiendo en un terreno prohibido —le advirtió.

Se estaba mostrando obcecada, pero Adrien no se lo tuvo en cuenta porque era capaz de sintetizar su enfado.

—Carol, siéntate, por favor —le rogó—, permite que te explique la conversación que mantuve con tu padre mientras esperamos la llegada de tu hermano.

Ella tomó asiento pero apartada de él, silenciosa y también dolida. Adrien lo hizo en una silla que arrastró hasta situarla frente a ella.

—No hay nada que explicar.

—Si hubiese tenido conocimiento de que tus padres sabían que habías perdido tu virginidad conmigo, habría hablado antes con ellos.

Desde luego que Adrien no se iba por las ramas. Carol se ruborizó de la cabeza a los pies.

—Aquello está olvidado —respondió cauta.

Adrien hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No —Carol lo miró muy interesada—. Sabes que existen asuntos entre nosotros que no han concluido.

—¿Estás seguro, conde de Colsterworth? —explotó ella.

Adrien supo que no estaba llevando el asunto bien.

—Eras muy joven, y esa circunstancia no me detuvo.

Carol sacó toda la artillería.

—¿Me amabas?

Como se lo había preguntado en pasado, Adrien decidió ser sincero.

—No —ella se creyó morir—. Estaba asustado, deprimido, e iba a marcharme lejos de la única familia que conocía.

Cuanto más hablaba él, más se enfadaba ella.

—Entiendo...

—Eras muy dulce, muy bonita, y yo muy joven e inmaduro.

—Me está quedando muy claro, lord Rawson.

—Somos de diferente clase social, pero estoy dispuesto a reparar el daño que te hice al apropiarme de tu inocencia.

—¡Cuánta generosidad!, pero tu ofrecimiento llega muy tarde.

—Voy a impedir tu boda —concluyó finalmente.

Ella tragó con fuerza.

—No podrás hacerlo.

—Tengo el apoyo de tu hermano, de tus padres...

Adrien venía a confirmarle las sospechas que tenía de qué tenía la culpa de la cancelación del oficio religioso por parte del sacerdote Payne.

—Tú, haciendo apoyo común con mi hermano para convencer a mis padres de que he tomado la decisión incorrecta —protestó con voz herida—. Que mis padres se presten a esto...

El sufrimiento de ella lo aguijoneó.

—Ninguno deseamos tu desgracia.

—Cuando me entregué a ti no fui consciente del enorme error que cometía, ni comprendía del todo tu estatus social —explicó paciente—, pero ahora soy una mujer adulta, y sé lo que quiero. Sé, a lo que puedo aspirar —Carol tenía muy presente la oferta de Adrien de utilizar su influencia y su título para encontrarle un partido más apropiado que el doctor Butler.

Ese conocimiento la quemaba por dentro.

Carol se inclinó hacia él entornando los ojos. Adrien hizo lo propio. Fue al encuentro de ella, y ambas cabezas quedaron tan juntas que las bocas podían intercambiar alientos.

—Gracias por tu preocupación, por tu gesto altruista, pero ahora, vete. No es correcto que estemos solos en Grasmere, puedes manchar mi reputación —contestó sarcástica—, ¡vaya! Ya no tengo reputación que mantener, ¿verdad, conde de Colsterworth?

Sin previo aviso, y sin que ella se lo esperara, Adrien le rozó la piel del cuello con la yema de los dedos. Carol sufrió un sobresalto al sentir la caricia inesperada.

—Pero qué injusta eres conmigo por algo que hice en el pasado cuando era un joven inseguro —le dijo sin apartar los ojos de ella, que le sostenía la mirada con altivez—. Estaba confuso, agobiado, y nunca había percibido ninguna muestra de que te importara, ni después de lo que compartimos aquella noche —Carol se había quedado sin capacidad de respuesta.

Ella le había escrito, y nunca había obtenido respuesta, pero antes moriría que echárselo en cara, y que él no lo negase.

Adrien se sacó del bolsillo una cinta de seda rosa, era la que llevaba ella prendida en el cabello aquella noche. La nostalgia la envolvió porque Carol no la había echado en falta, e ignoraba que la guardaba él. Adrien la enrolló

entre sus manos y tomó las de ella. Carol percibió su calor y su fuerza. Cerró los ojos para contener la emoción que la embargaba porque estaba a punto de dejarse llevar.

—Voy a besarte, y luego podrás golpearme...

La besó. La besó con un ansia posesiva, buscando y encontrando. En modo alguno el beso se parecía a los que le había dado diez años atrás, y la respuesta de ella los sorprendió a ambos. Carol pegó su cuerpo al de él, inclinó hacia atrás la cabeza permitiendo que el beso fuese más íntimo, más profundo cuando él, instándola con la lengua a entreabrir los labios, deslizó esa parte de él dentro de ella. El fuego se transformó en lava que discurría por el interior de sus venas a un ritmo desenfrenado.

Y la besó más profundamente, abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella no le negó. Las manos masculinas ascendieron por el torso femenino y acarició los pechos de ella sobre la línea de su escote hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Ella extendió su mano y asíéndole del pelo le acercó más a sus labios con un gemido de triunfo. Una sensación cálida se instaló en su vientre y una extraña humedad amenazó salir de su sexo. Apretó las piernas y volvió a gemir.

Carol volvía a sentir las mismas sensaciones físicas del pasado, pero acentuadas. No podía pensar, no quería hacerlo, simplemente quería abandonarse en sus brazos y permitirle que hiciera lo que quisiera con ella, con su cuerpo, con su alma. Abrió los ojos emocionada y lo miró absolutamente arrobada. Llena de esperanza. De incertidumbre. Con amor, desesperación.

Adrien se levantó de la silla y la obligó a imitarlo.

Carol se sentía extrañamente lánguida y viva a la vez. Sus fuertes brazos la sujetaban, y fue entonces cuando ella notó su cambio de actitud. Ya no la obligaba, había liberado su brazo, y ahora el suyo era como una pesada cadena alrededor de su frágil cintura que la atrapaba en un torbellino. Volvió a besarla, y sus labios se movían sobre los suyos en una caricia tan íntima que ella dejó de pensar y se entregó a las nuevas sensaciones que se estaban despertando en ella. Entreabrió los labios permitiendo que la cálida lengua masculina penetrar en el interior de su boca. Cuando sintió el contacto, se estremeció de pies a cabeza. Era la primera vez que Adrien la besaba así, y en ese momento todas las barreras de años que ella había construido se vinieron abajo. En ese instante supo que tenía que huir.

—Voy a hacerte el amor de nuevo.

Las palabras de él penetraron muy lentamente en el interior de su cerebro. Ella quería que le hiciera el amor, quería rendirse al poder que emanaba de su cuerpo, pero entonces recordó a Charles Butler y sintió ganas de llorar. Amaba a Adrien con toda su alma, pero debía casarse con el hombre que tanto la había ayudado.

—No... —ella fue incapaz de decir nada más.

Adrien tenía una fuerte erección, los besos y las caricias que le había dado habían actuado en su cuerpo como un fuerte afrodisíaco. Le habían impedido pensar y actuar.

—¡Sí!

—¡Es la casa de mis padres! —exclamó ella.

Esa afirmación paró de golpe los intentos de él de poseerla de nuevo. Adrien tuvo que respirar varias veces para recuperar el control.

—No voy a irme de Grasmere —confesó él—, pero no te besaré más.

—Tienes que irte —lo apremió ella.

—Todavía no hemos terminado de hablar...

Ella lo dejó con la palabra en la boca.

—No puedo seguir hablando contigo, antes tengo que tranquilizarme.

Carol corrió hacia el baño. Cerró la puerta, y se apoyó en ella. Entornó los ojos y temió echarse a llorar. Sabía que Adrien no iba a marcharse porque había comenzado algo que tenía que terminar: convencerla, y si lo lograba, ella le permitiría que le hiciera de nuevo el amor.

Los dos estaban terriblemente excitados, y ella temía no poder resistirse, y no porque no lo deseara, sino porque había entregado su palabra a un buen hombre que no se merecía una deslealtad y traición de tal magnitud.

Carol buscó entre los polvos que usaba su madre para dormir hasta que encontró lo que necesitaba: láudano. Una pequeña toma la ayudaría a serenarse, a poder enfrentar a Adrien y la terrible atracción que sentía hacia él.

Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba empapada de agua fría. Se había echado encima el agua de la jarra del aguamanil. Soltó un gemido y se sentó. Le castañeaban los dientes. No tenía fuerzas para moverse. Lo último que recordaba era tomarse un trago de láudano.

—¿Carol? Abre la puerta, por favor —Carol se sintió pesada, pero hizo

un último esfuerzo, y medio se arrastró hacia la puerta.

—¿Adrien? —lo llamó creyendo que ya no estaba en la casa.

Se escuchó tras la hoja de madera pasos que retrocedían y luego una fuerte patada. Adrien la encontró empapada en el suelo. El miedo hizo presa de él.

—¿Qué ha sucedido? ¡Por San Jorge, Carol!

Adrien la tomó en brazos y la alzó.

—Me tomé un trago de láudano para tranquilizarme —le confesó llena de angustia—. Creo que me pasé con la dosis.

—Llevo esperándote en el salón casi una hora.

—Estaba temblando y a la vez acalorada, pero no recuerdo tirarme el agua de la jarra, aunque no hay duda de que lo hice.

—Tu tardanza me preocupó de veras —la voz de él se escuchaba visiblemente alterada.

—De verdad que solo pretendía que el láudano me tranquilizase, a mi madre le funciona.

Adrien no le respondió porque temía hacerlo de forma brusca. Le había dado un susto de muerte cuando escuchó su voz sin fuerza y el chapoteo de agua. ¿Acaso ignoraba que el láudano podía matarla?

—¿Cuánto has bebido?

—Un trago... largo —balbuceó en un intento de contener las lágrimas.

Adrien maldijo por lo bajo. Un trago equivalía a una dosis demasiado elevada. Empujó con la pierna la puerta de la alcoba de ella. La que ocupaba en sus visitas a Grasmere.

Adrien la dejó en la cama.

—Tienes que cambiarte y secarte el cabello.

Carol alzó los ojos y lo miró. Estaba hecho un desastre con la camisa remangada hasta los codos y empapada. También tenía mojados los pantalones, pero se había desprendido del pañuelo y del alfiler.

—Tú, también —le respondió—. Vete a casa, estaré bien.

Los ojos de Adrien brillaron de una forma que le produjeron vergüenza.

—No voy a dejarte sola. Me quedaré aquí hasta que venga Dylan o tus padres.

Carol suspiró de forma queda. Apenas tenía fuerzas para levantarse. Los efectos del láudano seguían circulando por su sangre y provocándole una somnolencia profunda que la paralizaba.

—Puedes ponerte ropa de Dylan... en su alcoba.

Adrien se dirigió hacia el armario del dormitorio femenino, y buscó entre las prendas algo cómodo y seco para ella. Encontró un camisón ligero, y lo tomó sin pensar. Cuando se giró hacia la mujer, la encontró acurrucada sobre la cama.

—Vamos, Carol, debes cambiarte o te enfriarás —se arrodilló frente a ella y trató de reincorporarla—. Tienes que ayudarme.

Carol estaba como drogada, y él maldijo su necesidad de calmarse tomando láudano.

—No... puedo... moverme —Carol se había dejado caer en el pecho de Adrien.

La sujetó con fuerza para que no se cayera al suelo. Y se enfrentó a la prueba más dura de su existencia: desvestirla de la ropa mojada y vestirla con la ropa seca, y lo hizo con sumo respeto, y como el caballero que era, pero sufrió lo indecible porque, aunque trataba de evitarlo, no podía evitar tocar la piel caliente. El suave cabello que todavía estaba húmedo por la base de la nuca. No pudo evitar observar el rostro abandonado en sus brazos. La suave textura de la piel de su cara, el precioso camino de pecas sobre el puente de la nariz. Cuando terminó, la tomó de nuevo en brazos y caminó con ella por la casa hasta la habitación de invitados: la misma habitación que él había compartido como invitado en sus estancias en Grasmere. Adrien lamentó la falta de sirvientes que lo ayudaran, y fue consciente por primera vez de su situación económica y la de Carol. De la diferencia abismal que existía entre ambos.

La tumbó sobre el mullido colchón, y, antes de dejarla para que durmiera, la besó en la frente con verdadero afecto. Le había dado un susto de muerte, y por eso no cerró la puerta y la dejó entreabierta, la miró una última vez y soltó un suspiro largo y profundo.

Le esperaba una noche muy larga.

CAPÍTULO 17

Nada duele más que la esperanza perdida. Ese pensamiento la sobresalto y la despertó. Cuando abrió los ojos se encontró acostada en la habitación que en ocasiones ocupaba Adrien en Grasmere, la misma en la que ella se le había entregado a él diez años atrás. Se tocó los ojos pues le picaban mucho, se sentía pesada y torpe. Quería seguir acostada, pero era consciente que si lo hacía, volvería a dormirse, e ignoraba por cuanto tiempo lo haría. Sacó las piernas del lecho y observó que estaba vestida con un ligero camisón, se llevó la mano al cuello para contener una exclamación porque no recordaba haberse cambiado de ropa.

El último de sus pensamientos tenía que ver con Adrien: lo visualizó empapado justo en el centro de su dormitorio. Respiró varias veces porque se sentía desconcertada. Prestó atención, pero la casa parecía estar en silencio. Puso los pies en el suelo y se levantó. Abrió la puerta y se movió sin hacer ruido. Fue directamente al salón porque estaba la luz encendida, y entonces lo vio sentado y dormido en el sofá. Tenía la cabeza reclinada en el respaldo. En una mano tenía la cinta de seda rosa, y la otra reposaba tranquilamente en su estómago liso. Como estaba profundamente dormido, las líneas de expresión de su rostro se habían suavizado notablemente, y le pareció el mismo muchacho que emprendió el viaje de su vida lejos de Nottingham, lejos de ella.

Llevaba puesto ropa ligera de Dylan: unos pantalones que se le ajustaban demasiado porque Adrien era mucho más musculoso, y la camisa de hilo casi trasparente. El corazón se le aceleró, y se quedó paralizada al contemplar el rostro aristocrático. Recorrió con los ojos el espectacular cuerpo de arriba abajo como si Adrien fuese mercancía que ella necesitaba comprar. Contuvo el aliento ante la atrevida inspección que hizo del cuerpo masculino, y se sonrojó cuando su mirada se centró en su entrepierna: recordaba perfectamente la longitud y el grosor de su pene. No pudo contener una exclamación.

¡Lo estaba desnudando con los ojos!

Carol lo consideró un momento importante, quizás el más trascendental porque Adrien estaba de nuevo junto a ella sin el muro de su clase social como recordatorio, pues eso representaba el alfiler de brillantes con el emblema condal para ella: un muro infranqueable.

Se sentó con sumo cuidado en la misma silla que él había ocupado la tarde anterior. Y lo estuvo observando durante mucho tiempo. Miró la cinta de

seda rosa que tenía enrollada en la mano y estuvo a punto de llorar.

«Aquí está el amor de mi vida sujetando en su mano un recuerdo del pasado», se dijo Carol sin poder contener las lágrimas. Y las derramó en silencio aunque sin apartar la vista del hombre dormido en su salón. Tiempo después estuvo a punto de despertarlo, aunque se contuvo. Y se mantuvo sentada frente a él grabando en su memoria cada rasgo masculino. El negro de su cabello que lo llevaba demasiado largo. Las gruesas cejas que le conferían a su rostro un rasgo muy varonil y que la volvía loca. La nariz recta, el espeso vello del torso que asomaba por la camisa. Los pantalones ajustados que dejaban entrever unas piernas musculosas.

Era un hombre hermoso en físico, pero más en alma.

Cuando horas después Adrien despertó, Carol estaba inclinada sobre su hombro. Tenía los pies subidos al sofá, y la cabeza apoyada en él. Parpadeó porque la luz que entraba por la ventana lo había deslumbrado. Giró la cabeza para mirarla, y vio que tenía los ojos entrecerrados. Hizo un movimiento que la alertó, y que la hizo reincorporarse.

—Estás despierto —era algo obvio.

—¿Qué haces? —le preguntó de forma tonta porque estaba claro que descansaba sobre él como almohadón.

Pero Carol no respondió. Lo miró como si lo viera por primera vez.

—¿No ha llegado tu hermano? —inquirió.

—Duermes profundamente —dijo ella con una dulce sonrisa.

—¡Carol! ¡Por Dios! Ya me siento suficientemente mortificado.

—¿Por qué? —preguntó inocente.

Adrien iba a responderle con la verdad: que no podía olvidar su cuerpo desnudo. La suavidad de su piel, el olor de su cabello, pero refuló a tiempo.

—Porque estás comportándote con mucho descaro —fue su seco comentario.

Los dos no iban apropiadamente vestidos, ni había nadie en Grasmere salvo ellos dos. Carol no se enfadó por su respuesta. Seguía sentada en el sofá junto a él que buscaba algo para taparse o tajarla, lo ignoraba. Lo veía nervioso, alterado, y se alegró. Sí, se alegraba de verlo dudar como un hombre, de mirarla como un hombre, de sentir como un hombre sin el muro de su estatus social.

—Gracias por la ayuda que me has prestado —le dijo al fin.

Adrien se sentía en verdad incómodo. Ignoraba en qué momento se había dormido, y lamentaba haberse despertado después que ella.

—Me diste un susto de muerte, espero que no vuelvas a tomar láudano nunca más.

Carol chasqueó la lengua en claro desacuerdo.

—No suelo tomarlo a menudo, pero ayer estaba muy nerviosa, y necesitaba calmarme.

Él, también estaba intranquilo. Carol no permitía una separación mínima de ambos cuerpos, y la cercanía de ella le estaba pasando factura.

—Simplemente quería hablar, no pretendía incomodarte.

Carol soltó un suspiro.

«Tu sola presencia vuelve mi mundo del revés», se dijo en silencio.

—Hablabas dormido —reveló ella—. ¿Quién es Peter?

Adrien se puso rígido.

—Tengo que irme...

Entre los dos se suscitó un silencio incómodo que rompió Carol minutos después.

—¿Quién es? ¿Por qué te perturba tanto hablar sobre él?

Adrien seguía silencioso y con la mirada perdida. Se le había olvidado que en el sofá de Grasmere estaban sentados los dos con ropas poco apropiadas para mantener una conversación sobre nadie.

—Fue compañero de estudios en la Royal Naval College. Fue un amigo, un hermano...

Ahora lo recordaba. Era el amigo del que hablaba Adrien a menudo en las cartas que enviaba a su madre.

—Sufres cuando hablas de él —Carol había dado en la diana de sus interrogantes.

—Era un amigo al que tenía y tengo un profundo respeto —la contradijo.

Carol meneó la cabeza incrédula aunque feliz, compartía un momento único con el hombre que amaba, un recuerdo que podría atesorar cuando él regresara a Greenwich y ella se quedara de nuevo sola.

—Respeto se le debe a alguien que, teniendo todas las armas a su alcance para dañarte, no lo hace —le dijo certera—. Siento que Peter te ha lastimado de alguna forma, lo percibo por la tensión de tu cuerpo.

—Peter se suicidó —le explicó él.

Carol se tapó la boca para contener un gemido de horror.

—Debió de ser terrible para ti...

—Sufría ataques continuos que el doctor calificó como epilepsia, y

terminó por quitarse la vida —confesó con voz queda.

El corazón de Carol sufrió lo indecible, y su angustia superó a la cautela.

—¡Oh, Adrien! —se lanzó a su cuello y lo abrazó con fuerza—. Lo lamento tanto.

El gesto lo pilló desprevenido. Lo dejó descolocado, y con las manos alzadas para corresponder al abrazo aunque sin decidirse a hacerlo. La sintió temblar junto a su pecho. Percibió las lágrimas que comenzaban a deslizarse por las tersas mejillas, y que empapaban la suya.

Adrien se rindió.

Cerró los ojos y la encerró en un abrazo firme. Hablar con ella había hecho aflorar el tormento que lo había atenazado durante semanas, y se sujetó a Carol como si fuera una tabla de salvamento en una tormenta furiosa.

En ese momento era el faro que lo iluminaba en la oscuridad. Y Adrien la besó. La estrechó más fuerte y se perdió en su dulce sabor. En el suave y seductor aroma del cuerpo que seguía pegado al suyo como si fuera una segunda piel. Parecía que se había abierto la veda de la necesidad para ambos. Un gesto íntimo, luego otro osado mientras el silencio se escuchaba entrecortado por la respiración agitada que se hacía presente: la de ella y la de él. Las manos de los dos comenzaron una lenta caricia, y Adrien creyó que se ahogaría con la sensación maravillosa que experimentó al sentir las caricias de ella.

Carol sentía el corazón a punto de estallar, pero no podía parar de tocarlo. Sentirlo. El instinto fue el que manejó la situación para los dos al compás de los escalofríos que ambos sentían porque les hacía saber qué hacer, cómo moverse, dónde morder, y por dónde pasar. Fue el instinto el que le empujó a atraer el cuerpo femenino todavía más al suyo y apretarlo. Adrien se tensó cuando ella le devolvió el beso de forma mucho más ardiente. Parecía que fueran uno, y todo unido por un punto en el que la sangre fluía dejando el resto de los sentidos anémicos, desfallecidos.

Cuando el beso concluyó, los dos respiraban de forma entrecortada pero feliz. Ambos se miraban reconociéndose. Ella con un deseo abrasador, él con el caos emocional que suele provocar el contacto con la persona que se desea.

—¡Por Dios, Carol! —logró decir Adrien sin que le temblara la voz—. No puedo comprometer tu reputación de nuevo.

Ella sintió una decepción profunda.

—No sucederá, lo prometo.

Ella se había apresurado a responder.

—No me ofrezcas promesas que no estás dispuesta a cumplir.

Esa era una acusación en toda regla.

—La única promesa que incumplí fue la de... —Carol calló a tiempo.

Había estado a punto de delatarse reconociendo el gran secreto que escondía.

—¿Qué...? —la instó.

Adrien la había soltado y vuelto a levantar el muro frente a ella.

—Nada, olvídalo.

Adrien suspiró con verdadero alivio, y para ella fue como si el sol saliera tras unas nubes negras y amenazadoras.

—Tengo que marcharme.

Carol no quería moverse, porque, aunque Adrien ya no la tocaba, seguía percibiendo su calor corporal. Resistió el impulso de besarlo de nuevo, pero el momento mágico había pasado.

—Ayer insististe en hablar conmigo.

—Desde ayer a hoy han pasado demasiadas cosas.

Ella no lo comprendía.

—¿Cómo qué? —lo instó ella.

—Ayer vine para encontrarme con tu hermano, y para decirle que tengo que regresar a Greenwich para terminar mi instrucción.

—¿Te marchas?

Adrien apretó los labios.

—Hay cosas inacabadas entre tú y yo, pero antes debo concluir la que me espera en Greenwich.

Ella sintió todo el peso de esa afirmación. En la tarde anterior lo había deseado con todas sus fuerzas. Casi había estado a punto de rendirse a lo que sentía por él, pero con la luz había regresado la razón.

—Como conde de Colsterworth no puedo deshonrar la memoria de mi padre y de mi tío, y por eso debo volver.

—Comprendo...

Él, volvía a ser conde, y ella la plebeya que ama sin esperanza. Carol finalmente se puso de pie, y lo miró antes de darse la vuelta, pero como si hubiera olvidado algo importante, se giró sobre sí misma y clavó sus ojos los de él.

—Vete, pero no vuelva a inmiscuirte en mi vida —le dijo franca—. Te agradezco todo lo que has hecho por nosotros, pero sigue tu camino, y deja que yo siga el mío.

El noble abrió la boca por la sorpresa que le produjo las palabras de ella. Un segundo después la miró con un reto en sus pupilas.

—¡Jamás! —respondió. Ella lo miró dolida—. Tengo que concluir unos asuntos en Greenwich, y después aclararemos la situación inacabada entre los dos, te lo prometo.

—Vete a Greenwich, concluye tus asuntos que yo concluiré los míos. Adrien la contempló marcharse, y soltó un suspiro pesado.

CAPÍTULO 18

Alejarse de Grasmere y dejarla era lo más duro que había hecho, se dijo Adrien mientras el carruaje condal lo llevaba de regreso a Bordesley Green. Durante el recorrido hasta su casa no pudo quitarse del pensamiento el momento íntimo que habían compartido apenas unas horas atrás. Y su corazón se llenó de culpa y arrepentimiento.

Cuando entró al interior de su vivienda, el mayordomo le anunció que tenía visita. Recorrió el vestíbulo con paso firme y abrió la puerta del salón que estaba cerrada. Su sorpresa fue enorme cuando vio a Dylan tumbado en el sofá y en un estado lamentable. Corrió a ayudarlo.

—¿Qué te ha sucedido?

Dylan tenía el labio partido y el ojo derecho hinchado. Tenía las manos llenas de arañazos y un golpe en la cabeza que debía doler muchísimo.

—He sufrido un pequeño accidente.

Adrien lo miró visiblemente disgustado. Su lamentable estado no era por culpa de un accidente sino de una paliza, y le dolía que le mintiera.

—Ordenaré que avisen al doctor para que te atienda.

—No será necesario —lo contradijo Dylan—. Con unos paños calientes será suficiente.

Mientras Adrien ordenó los paños calientes, y el unguento para magulladuras, Dylan se reincorporó con bastante dificultad. Vio la mirada reprobadora en el rostro de Adrien, e hizo una mueca.

—Tu ropa está en tan mal estado como mi cara.

La broma no le hizo gracia ninguna. El mayordomo traía una bandeja con paños, desinfectante, etc. Entre recriminaciones le dio los primeros auxilios.

—Deberías permitir que un médico viera ese golpe —el bulto en la parte izquierda estaba adquiriendo un tamaño considerable—. Puedes tener una contusión severa.

—Te agradecería enormemente una taza de té.

—¿No prefieres un whisky? —preguntó burlón.

Dylan lo miró con ojos entrecerrados, pero Adrien se dirigía hacia el mayordomo, y no le dio la oportunidad de responderle. Minutos después el sirviente regresó con otra bandeja. Tomó asiento frente a él, y esperó mientras los dos se tomaban sendas tazas de té.

—Hoy no miras sino que apuñalas —dijo Dylan en tono de broma—. ¿Tengo que proteger mi garganta?

Adrien tomó aire. Era cierto que estaba enojado por la clara mentira de Dylan, y porque cuando Carol lo necesitó, no estaba. Si él no hubiera acudido a la cita, en esos momentos podría estar muerta debido al láudano.

—Estuve toda la tarde esperándote en Grasmere, y conversé con Carol.

—¿Cómo está?

Dudó entre responderle o mantener silencio aunque el sentido de la sinceridad se impuso.

—A última hora de la tarde de ayer se tomó la mitad de un frasco de láudano, ¿puedes creerlo? —soltó a bocajarro.

El rostro de Dylan se había demudado. Abrió los ojos con horror y sin atreverse a preguntar. Se sentó erguido con un gesto de dolor.

—¿Estabas allí cuando sucedió?

Adrien hizo un gesto afirmativo.

—Te recuerdo que me citaste a las seis, salvo que no me dijiste que no pensabas acudir al encuentro, ¿no es cierto? Ahora veo por qué motivo no te presentaste.

Dylan obvió la pregunta.

—¿Cómo está mi hermana? —inquirió con un hilo de voz.

—Está bien —le dijo para que no se preocupara.

—¡Por San Jorge! —exclamó con verdadero alivio—. ¿En qué estaba pensando la insensata para tomar láudano?

—Estaba muy alterada.

Adrien obvió que había sido la conversación mantenida entre los dos lo que la había alterado.

—Continúa —lo instó Dylan.

—No hay nada más que decir, salvo que le ordené que renunciara al matrimonio con Butler —Dylan se pasó las manos por la frente—. Tranquilo, no le revelé tu confesión.

—¿Qué hiciste qué? —casi no se atrevía a preguntar. ¿De verdad le había dado una orden a su hermana para que suspendiera la boda?

—Tengo que resolver un asunto inacabado en Greenwich antes de mantener una larga conversación con Carol.

—¿Te marchas?

La pregunta contenía un ramalazo de crítica que Adrien no tuvo en cuenta pues fue consciente que Dylan estaba muy preocupado.

—Tengo que hacerlo.

—¿Qué conversación tienes que mantener con mi hermana?

Adrien parpadeó.

—Una conversación privada sobre algo que ocurrió hace diez años.

—Entiendo —Dylan se quedó pensativo—. Deberías mantenerla ahora —le aconsejó—, después puede ser demasiado tarde.

Adrien negó con la cabeza.

—No sería justo para ella, ni para la obligación que me espera en Greenwich, antes debo concluirlo.

Adrien no podía decirle que temía el rechazo de ella. Que no se sentía capacitado para soportar el golpe de su negativa. Casi le había hecho el amor de nuevo en Grasmere, pero la razón se había impuesto. Por ese motivo tenía que poner tierra de por medio antes de enfrentarla de nuevo. Terminar su instrucción militar le pareció lo más apropiado para lograrlo.

—¿La dejarás de nuevo sola?

—No fui yo quién desapareció tras la cancelación de la boda —la voz de Adrien sonaba mordaz.

—Me surgió un imprevisto —se excusó el otro.

—¿La causa de que estés tan golpeado?

Dylan iba a negar, pero lo pensó mejor. Ya se sentía lo suficientemente incómodo como para seguir mintiendo. Le hizo un gesto afirmativo apenas perceptible.

—Ten mucho cuidado con las personas con las que te relacionas —le advirtió desde el afecto que sentía hacia él.

—No es lo que imaginas.

—Ni quiero imaginarlo porque hacerlo me llevaría a un estado de ira que no puedo ni debo contemplar.

—Tropezar con una piedra no es malo —terció Dylan sin dejar de mirarlo.

—Pero encariñarse con la piedra, sí —contestó el noble dejando la taza sobre la mesa.

El tono de Adrien era demasiado mordaz.

—¿Tienes problemas con las alturas, Adrien? Porque parece que lo ves todo desde arriba: desde ese lugar privilegiado al que no podemos acceder la mayoría de los plebeyos. ¡El conde de Colsterworth al rescate!

Adrien pensó que estaba siendo demasiado duro con Dylan y retrocedió un paso, pero lo molestó que se burlara de su título.

—¿De verdad merezco tu sarcasmo? —Dylan se mostró arrepentido—. Tu hermana ha pasado por una prueba difícil, y no debería estar sola en la casa

de tus padres. Deberías de estar con ella.

—Ahora es mi turno de disculparme, y lo hago por mentirte y por meterme en tu casa sin tu permiso. He abusado de tu confianza.

—No me importa que te hospedes en Bordesley Green, pero, ¿por qué motivo no fuiste a la casa de tu hermana?

Dylan tragó con fuerza. Le costaba sincerarse porque andaba metido en un juego muy peligroso, y que podía costarle la vida.

—Los anarquistas conocen el domicilio de mi hermana, allí no estaba seguro.

—¡Dylan! —exclamó Adrien preocupado—. ¿Eres consciente de lo que dices? ¿Del peligro al que la expones?

—No me hagas preguntas que no deseo contestar para no poner en riesgo tu integridad.

Los dos se quedaron en silencio meditando en la información que habían intercambiado. Dylan estaba en verdad muy preocupado por su hermana. Que hubiese necesitado tomar láudano le provocaba verdadera preocupación. Si él no hubiera citado a Adrien en Grasmere para verse con él... no quería ni pensarlo.

Adrien observó con atención a su amigo, y, el nerviosismo que podía apreciar en la forma de mover las manos, de cerrar los párpados como si tuviera un tic, le resultó alarmante. Había escogido un derrotero peligroso, y se preguntó si acaso no tenía la obligación de hablar con Niall para advertirle.

—Te noto cambiado —dijo de pronto Dylan.

Adrien entrecerró los ojos porque no sabía exactamente a qué se refería.

—¿He cogido o perdido peso? —Dylan negó varias veces—. ¿Estoy más alto, más bajo? —Adrien seguía con sus burlas.

—No sé lo que te ha hecho mi hermana, pero te ha cambiado.

El corazón de Adrien sufrió un sobresalto. ¿Acaso sospechaba su amigo lo que había ocurrido entre los dos? ¿Lo llevaría escrito en el rostro?

—Mantuvimos una breve conversación sobre su boda, y vuestra negativa a ella, pero temo que tu hermana tiene opinión propia y no escucha consejos bienintencionados, aunque sean míos.

El juego de emociones que cruzaron el rostro de su amigo resultó muy revelador para Dylan. Adrien tenía el gesto de alguien que se siente muy culpable, y con ese ademán había despertado su curiosidad por completo. En absoluto lo engañaba ese intento de parecer indiferente. Se moría de ganas por hablar con su hermana, sin embargo, debía esperar. Tenía que seguir escondido

unos días.

—¿Ya no hablas como un aristócrata estirado? —las cejas de Adrien se alzaron en un arco interrogante al escucharlo—. ¿Ni te envuelves en esa nube de estatus social?

—Antes de continuar hablando, por favor, conecta tu lengua con tu cerebro, me harás un enorme favor porque así evitarás que escuche tonterías.

Dylan terminó por soltar una risotada.

—Gracias por ayudar a Carol—expresó sincero.

Ahora se sintió turbado. No solo la había ayudado, sino que la había consolado como nunca debería haber hecho. Era un caballero, salvo que algunas veces se le olvidaba, sobre todo desde que estaba en Nottingham.

—Para eso están los hermanos —logró decir sin mirarlo.

—Tengo que pedirte un gran favor —dijo Dylan. Adrien lo miró—. Necesito quedarme Bordesley Green unos días.

—¿Por qué? —preguntó el noble a bocajarro.

—Solo unos días —Dylan no le había respondido.

—Te recuerdo que tu hermana está sola —le reprochó duro.

—Mis padres llegan esta noche —contestó el amigo.

—Se preguntarán el motivo.

—Carol estará bien hasta entonces.

—¿Cómo puedes ignorar lo que le ha sucedido?

—¡Déjalo estar, Adrien! Me siento como si estuvieras sometiéndome a un interrogatorio.

Adrien sentía necesidad por conocer en qué andaba su amigo.

—Me preocupo por ti, por tus padres.

Dylan bajó los ojos un tanto avergonzado.

—Y por Carol, ¿no te preocupas? —le preguntó Dylan.

Adrien apretó los labios al escucharlo.

Desde adolescentes, Adrien siempre había sido el más responsable y sensato de los dos, por eso recibió como un jarro de agua fría la noticia de que ingresaba en el Ejército de Su Majestad. Dylan había sentido entonces un vacío casi más devastador que el que sintió su hermana Carol.

—Que me recrimines algo así...

—Es que me preocupa tu indiferencia hacia mi hermana cuando sabes que te ama —Adrien no quiso responder—. —Te has quedado muy callado —apuntó Dylan sin dejar de mirarlo, los dos seguían sentados e ignorando el tiempo que había transcurrido—. Pienso en ti, en mi hermana, en mis padres...

Adrien sopesó no responder al comentario aunque no pudo reprimirse.

—Y por eso te mezclas con anarquistas y estás en el salón de Bordesley Green tan magullado.

—Eso ha sido un golpe bajo —se defendió Dylan.

Adrien no quería seguir hablando sobre Carol porque le quitaba el sueño por las noches y la tranquilidad durante el día. Había regresado a Nottingham buscando paz, y en esos momentos estaba metido en un buen lío. Era consciente que tenía que regresar a Greenwich y finalizar su instrucción, pero no lo haría hasta que hubiera hablado largo y tendido con Carol. Le resultaba imposible regresar a Greenwich teniendo tantos frentes abiertos.

—Desearía que estuvieses siempre a nuestro lado —la voz de Dylan había sonado afectada.

—Siempre estoy a vuestro lado.

—Quiero emborracharme contigo. Celebrar tu felicidad, llorar todos y cada uno de tus fracasos... —Dylan no dejaba de mirarlo.

Era la primera vez que le hablaba de esa forma, y Adrien se preguntó el motivo para que lo hiciera en ese momento tan delicado cuando sentía que su futuro se encontraba inmerso en un torbellino negro que lo engullía.

—Tus palabras parecen una despedida —le reprochó serio—. Y me preocupan.

—Te confieso que siempre he detestado los planes de futuro que desea el almirante Rawson para ti.

Adrien inspiró suavemente.

—Deja a mi tío fuera de esto.

Pero Dylan había tomado carrerilla y comenzó una retahíla de menosprecios y descalificaciones que lo descolocaron. Era como si estuviera lleno de rabia y solo tuviera la opción de descargarla sobre él. Adrien ignoraba qué provocaba esa animadversión y ataque desmedido a título, a su estatus social.

—¡Dylan! —exclamó para llamarlo al orden—. ¡Mi título no es un enemigo a batir porque soy la misma persona de siempre. Ser conde de Colsterworth no me ha cambiado en absoluto, lo sabes.

Dylan paró de pronto, y lo miró avergonzado. Había volcado en Adrien toda su frustración. Su conducta era imperdonable. Se tapó el rostro con las manos y suspiró largamente.

—¡Perdóname! Soy el peor amigo del mundo.

Dylan se levantó del sofá y se marchó. No podía mirarlo de lo

arrepentido que se sentía.

Adrien se quedó analizando la discusión absurda que se había suscitado entre los dos. El arranque de mal genio de Dylan debía tener una explicación, y lo achacó a la relación peligrosa que mantenía con los anarquistas. Entonces la verdad lo golpeó con fuerza.

¿Por qué estaba Dylan tan alterado?, se preguntó helado. ¿Qué habían planeado los anarquistas?

CAPÍTULO 19

«Tengo roto el corazón, pero cada pedazo lo sigue amando», se dijo Carol que no había regresado a su vivienda alquilada.

Tras contarle a sus padres lo que le había ocurrido por culpa del láudano, se habían negado a que se fuera de Grasmere. Ella volvió a ocupar su antigua habitación, y, una vez en su interior, los recuerdos la abrazaron por completo. Parecía que seguía siendo la misma chiquilla de dieciséis años y con el rostro llena de pecas. Abrió la caja de madera que tenía guardada bajo el arcón, y sacó un block de dibujos que no se había llevado pues pertenecían a toda la familia. En esos dibujos, hechos por ella misma, se encontraba su hermano montado en un brioso semental, Adrien los había invitado a pasar el día en Bordesley Green, y habían disfrutado muchísimo. Adrien sujetaba con una mano la brida, parecía que mantenían una conversación que parecía importante, aunque luego descubrió que no, que simplemente conversaban sobre la resistencia del animal y la velocidad que alcanzaba. Le gustaba especialmente la mirada que Adrien le dirigía a su hermano pues era de auténtico cariño, y se preguntó por qué diantres se había marchado cuando era tan feliz en Nottingham, cuando juntos formaban una familia feliz y completa.

Carol se amonestó. No eran una familia feliz porque Adrien pertenecía a la nobleza y ellos no.

Pasó la gruesa hoja, y sonrió al ver otro dibujo donde estaba Adrien sentado en el salón de Grasmere. Jugaba con su padre a una partida de ajedrez. Carol recordó que siempre la dejaba ganar a ella, y le costó un tiempo entender su generosidad. No lo hizo hasta el día que su hermano se lo reveló dejándola fuera de juego en un par de movimientos. Le mostró lo ingenua que era, y lo lejos que estaba de ganarle a un muchacho tan inteligente como Adrien. Sonrió con auténtico amor cuando pasó la yema del dedo corazón por el dibujo como si quisiera acariciar a la persona que estaba dibujada en ella.

—¡Estás aquí! —Hannah le traía un vaso con limonada—. Pensé que habías acompañado a tu padre a Cover Field.

La muchacha siguió sonriendo de forma nostálgica.

—Me dijo que lo acompañara, pero la verdad es que no me apetecía —respondió alegre—. Estaba mirando unos dibujos de Dylan y Adrien —confesó—. Ambos están tan cambiados...

La madre acarició el cabello de su hija al mismo tiempo que tomaba asiento a su lado. Las dos estaban sentadas a los pies del lecho.

—Parecen más hermanos que amigos —respondió la madre sin apartar la mirada del bonito dibujo que sostenía su hija en las manos.

—Adrien es un hombre extraordinario —dijo Carol en voz baja.

—Único y excepcional —completó Hannah—. Pero me ha costado aceptar que se aprovechara de ti. Todavía no he podido perdonarle.

Carol la miró con ojos brillantes.

—Nunca se aprovechó, ya os lo expliqué hace días —confesó aunque con azoro—. Éramos muy jóvenes, estaba deslumbrada, y él se sentía confuso porque tenía que marcharse.

La madre besó la nuca de su hija con cariño. Cuando Carol les explicó lo que le había sucedido tras tomar el láudano, el miedo había hecho presa de ella, había atenazado su corazón, y lo había llenado de inmensa angustia.

—Siempre le estaremos profundamente agradecidos por encontrarse en el lugar apropiado de poder ayudarte, aunque su conducta pasada me parezca deleznable.

Carol dejó el cuaderno de dibujos dentro de la caja.

—Yo fui tan culpable como él.

Hannah no estaba de acuerdo.

—Tenías dieciséis años —respondió la madre—. Adrien tenía que haberse mostrado responsable.

—Era dos años mayor que yo —replicó la hija seria—. Estaba agobiado por tener que marcharse lejos de todo lo que conocía.

La madre la abrazó.

—Me alegro de que hayas decidido suspender la boda con el doctor Butler.

Carol inspiró suavemente.

—No la he suspendido sino aplazado —le aclaró la hija.

Dylan había hablado con los padres de ambos sobre el error que iba a cometer Carol si finalmente se casaba con Butler.

—¿Realmente deseas hacerlo? ¿Piensas que será beneficioso para ti cuando es un hombre mucho mayor que tú? —la hija optó por no responderle—. Los hijos son una gran responsabilidad, y verte de pronto que eres madre de tres... estoy preocupada por ti y...

Carol no le permitió continuar.

—Amo mucho a esos niños —le dijo afectada—. Llevo muchos meses cuidándolos, los quiero como si fueran míos.

Carol calló porque se le entrecortó la voz. Ella guardaba un terrible

secreto que no le había contado a nadie, ni a su propia madre. Ese secreto le provocaba una enorme tristeza, unos profundos remordimientos, y por eso había aceptado la proposición del doctor Butler.

—Cuando interioricé lo que había ocurrido entre Adrien y tú, llegué a albergar la posibilidad de una relación entre los dos. ¡Hacéis tan buena pareja!

—Pensé que os había escandalizado —le reprochó la hija.

—Al principio sí, me horrorizó, pero luego vi las posibilidades de un matrimonio entre ambos. Adrien es un caballero, y me cuesta creer que no quiera reparar tu honor.

Carol suspiró de forma profunda varias veces.

—Tengo muy claro la diferencia de clases entre ambos —le recordó la hija—. Y Adrien jamás podría ser feliz conmigo porque no soy lo que necesita el condado de Colsterworth.

—¡Te arrebató la virtud! —trajo a colación la madre.

Carol desvió la mirada.

—Fui yo quién se la entregó de forma voluntaria. Adrien no tuvo la culpa de que lo sedujera...

Hannah suspiró.

—Siendo sincera —admitió la madre—, no sé qué pensar sobre todo esto.

Carol entornó los ojos para ocultar su tristeza. Nunca podría superar la marcha definitiva de Adrien, y el amor no correspondido que sentía hacia él. Hannah la sintió flojear entre sus brazos, y su amor de madre resurgió en su pecho con fuerza inusitada.

—Lamento mucho el sufrimiento que padeces por todo —le dijo para insuflarle ánimo—. Me gustaría tener la facultad de aliviar tu carga.

Carol no quería llorar más por algo que no tenía remedio: la pena que sentía en el corazón por la inminente marcha de Adrien de nuevo a la Royal Naval College de Greenwich. Su hermano Dylan les había comunicado a sus padres que lo haría en unos días.

—Dylan quiere darle una fiesta de despedida el próximo domingo —apuntó la madre al mismo tiempo que se levantaba del lecho—. Ya sabe lo que pienso al respecto, pero dice que se la dará de todas formas. Le he pedido que me haga unas compras en Pavilions, ¿podrías acompañarlo?

Carol no la imitó, siguió sentada observándola.

—¿Una fiesta? ¿Lo creéis apropiado? No creo que le guste —contestó, su

madre hizo un encogimiento de hombros—. Está bien, Dylan y yo podemos ir el sábado.

—Tu hermano traerá a la fiesta a varios conocidos de su trabajo, y tú puedes traer a tantos amigos como quieras. La fiesta la haremos en el jardín trasero.

—¿A cuántos piensa invitar Dylan?

—Mencionó unas treinta personas.

Carol entendió por qué su madre quería hacer la fiesta en el jardín. Iban a ser tantos que superarían el aforo del salón de Grasmere.

—Por cierto, ¿dónde está Dylan? Hace días que no lo veo.

Carol se quedó pensativa.

—Imagino que debe de estar en Bordesley Green —respondió mirando hacia la puerta—. Querrá aprovechar todo el tiempo posible con Adrien antes de que se marche.

Hannah se quedó pensativa a un paso de la puerta.

—Tendré que decirle a tu padre que le lleve la invitación a Adrien.

Carol tragó con fuerza ante la temeridad que se le había ocurrido.

—Puedo ir a Bordesley Green a primera hora de la tarde —se ofreció sonriente—. Regresaría a Grasmere con Dylan.

Hannah alzó una ceja con un interrogante, pero el ofrecimiento le gustó.

—No regreséis tarde para la cena —le aconsejó—. Ya sabes que tu padre detesta cenar después de las seis.

Hannah cerró la puerta de la habitación de su hija, y Carol se quedó en silencio. Habían pasado varios días desde que Dylan había citado a Adrien en Grasmere, y desde entonces no lo había visto. Algo le decía que su hermano se comportaba de una forma extraña pues su actitud reservada era anormal en él. Tampoco esas ausencias prolongadas tenían explicación, por ese motivo había decidido visitarlo en el domicilio de Adrien.

Carol se mordió el labio inferior porque todo eran excusas cobardes.

Ansiaba verlo de nuevo. Escucharlo, sentirlo. Era una necesidad para ella, tanto o más que respirar.

Era consciente de que se marchaba, de que había asuntos sin terminar entre los dos. Carol no había sido sincera con él, e intuía que él tampoco. Sabía que no le era indiferente, y, aunque había estado a punto de cometer el error de entregarse otra vez a él, Adrien le había devuelto la cordura mencionándole el hogar de sus padres, y su compromiso con Charles. Pero Carol estaba cansada de ocultar sus sentimientos, de guardar secretos, y

aunque era no ignoraba que él se marcharía pronto, iba a mantener un último encuentro con él.

Un último y definitivo encuentro.

Con esa determinación, Carol se dirigió con paso firme hacia el escritorio que estaba justo debajo de la ventana de su alcoba. Separó la silla y tomó asiento. Buscó en el primer cajón el diario en el que volcaba todos y cada uno de sus pensamientos. Fue pasando una a una las hojas que había escrito tiempo atrás. Leyó las frases que había escrito cuando tenía dieciséis años. Todas llenas de un significado abrumador porque, a pesar del tiempo transcurrido, no había cambiado ni un ápice sus sentimientos.

CAPÍTULO 20

«Me sobran palabras y me faltan acciones». Adrien tenía muy claro, que un respiro de alivio para Carol significaba una bocanada de ahogo para él, por eso cuando el mayordomo anunció la inesperada visita, Adrien se inquietó todavía más. Frente a él estaba la pequeña Carol, se amonestó porque sabía que le desagradaba ese apelativo cariñoso: se lo había hecho saber de una forma contundente.

—¡Bienvenida a Bordesley Green! —pudo decir—. Adelante.

Carol aceptó la invitación mientras le entregaba al mayordomo la capa, el sombrero y los guantes.

—Habría enviado a un mensajero —respondió azorada—, pero habría llegado después que yo —Adrien hizo un gesto con la cabeza—. ¿Está mi hermano aquí?

Ahora carraspeó.

—Dylan no está —contestó precavido.

—Pero tú sí —se anticipó ella—. ¿No me invitas a sentarme?

Algo en la postura femenina hizo que Adrien entrecerrara los ojos. Dudó durante un instante, aunque finalmente se impuso la cortesía.

Caminó hacia ella dispuesta a besarle la mano con galantería, como era costumbre en él, pero ella hizo algo sorprendente, no le entregó la mano para que se la besara, se alzó de puntillas y fue al encuentro de su rostro. Su sorpresa se acrecentó cuando los labios de Carol se dirigieron directamente a su boca. Giró la cabeza en el último segundo. El roce caliente impactó entre el término de la comisura y el comienzo de la mejilla.

La miró con ansiedad, un segundo después, con absoluta desconfianza. ¿A qué jugaba ella?

—Lo lamento —se disculpó ella—. He seguido un impulso.

—¿Un impulso, dices? —preguntó afectado.

El subconsciente de Carol la había empujado a darle el beso en los labios.

«Resulta muy difícil besarte en la mejilla cuando ya he probado tu boca», le dijo con la mirada pues sus labios se mantuvieron sellados. Lo sintió ponerse rígido.

—Lamento el impulso, y no te incomodaré mientras espero la llegada de mi hermano.

—No juegues conmigo —casi le suplicó—. Ignoro cuándo regresará

Dylan.

—Tengo algo importante que decirle —trató de desviar el tema.

No hizo falta que la invitara a sentarse pues lo hizo ella sola.

Carol cerró los ojos y ensanchó su pecho en constantes inspiraciones para llenarse de los olores que la casa le ofrecía. Todos pertenecían a Adrien: musgo, misterio. Dulzura, sangre... ¿por qué motivo lo había identificado con la sangre?

El hombre miraba la incursión de ella en su hogar, y se quedó descolocado. Ignoraba dónde se encontraba Dylan porque no le había informado que pensaba salir, ni que ella pensaba hacerle una visita. Adrien había pasado toda la mañana ultimando su viaje a Greenwich.

Adrien pidió un refrigerio para los dos, y cuando el mayordomo trajo la bandeja con limonada, Carol denegó la invitación. Siguió sentada en el amplio sofá de piel marrón, Adrien estaba sentado en el sillón frente a ella. No llevaba el pañuelo y el alfiler con el emblema, llevaba las mangas de la camisa remangada. Los pantalones negros ajustados, y las botas de montar brillantes.

—¿Has cabalgado? —Adrien hizo un gesto afirmativo.

—Una buen ejercicio me templó el ánimo y me quita el pesimismo —ella parpadeó en silencio—. Deseo regresar a Greenwich tranquilo.

Carol sintió un latigazo en el corazón al escucharlo.

—Quería darte las gracias por tu ayuda.

—¡Por Dios Carol, ya me las has dado!

Carol tomó aire. Lo veía inquieto, agitado, y se preguntó el motivo.

—Es que no deseo que olvides que estoy en deuda contigo.

—No lo estás.

Se mordió ligeramente el labio inferior. En los breves minutos que llevaban juntos, Adrien había hecho dos referencias a su marcha, como si necesitara dejárselo muy claro.

—Vamos a extrañarte mucho.

El hombre abrió los ojos atónito al escuchar la frase tan fuera de contexto. Él no se marchaba para siempre.

—No me marcho para toda la vida, tengo pensado regresar cuando concluya mi instrucción militar, y sabes que tenemos una conversación pendiente, te lo dije en Grasmere.

—Podemos mantenerla ahora.

Adrien negó con la cabeza.

—Tengo motivos para no hacerlo.

—¿Qué motivos son esos? —quiso saber ella, pero Adrien guardó un terco silencio—. Me alegra saber que tienes pensado regresar a Bordesley Green.

Adrien sentía que le hablaba con doble intención, pero no era capaz de comprenderla.

—Y a mí que hayas decidido cancelar tu boda.

Adrien le había dado un golpe con esas palabras.

—Me ordenaste en Grasmere que la cancelara, y quiero saber por qué.

Ella volvía a lo mismo. Y él le ofreció un silencio largo.

—Ahora no es el momento.

Carol desvió la mirada de la figura masculina hacia la ventana pues no quería que viera en sus ojos que estaba hecha un lío por sus acciones.

—Acepté la proposición de matrimonio de Charles Butler por un desengaño amoroso —como el rostro de ella estaba girado, Carol no pudo ver que el puño de Adrien se crispaba.

—No soy la persona adecuada para escuchar y valorar desengaños amorosos en la vida de una mujer —dijo al fin—, y menos en la tuya.

A ella le parecía que él se mostraba ofendido.

—Eres mi amigo —respondió algo tensa—, los amigos se escuchan.

—Pero una conversación así sería más apropiada mantenerla con personas del mismo sexo. Con tu madre, por ejemplo.

Carol entendió que Adrien se sentía violento con ella porque le recordaba el último encuentro entre ambos, mejor dicho, los besos entre los dos porque se había jurado así misma que antes de que se marchara a Greenwich recibiría el último.

—¿Y si quisiera confesarte algo? —lo acababa de poner en un verdadero aprieto.

—¿Estás jugando conmigo, pequeña Carol? —el adjetivo había sido pronunciado con una clara intención: mantenerla a distancia.

Ella lo miró con ojos grandes y brillantes. De forma intensa, penetrante.

—Pregúntamelo de nuevo...

Ahora fue Adrien quien desvió la vista.

—Si has quedado aquí con Dylan, no entiendo por qué motivo tarda tanto.

Carol relajó los hombros y echó el cuerpo hacia atrás. No había quedado con su hermano, y no pensaba decírselo. Había visto, no solo incomodidad en los ojos de Adrien, también había observado sufrimiento. Y supo que no podía

mantener esa postura de ataque porque no se lo merecía.

Decidió cambiar de tema.

—Háblame sobre tu vida en Greenwich.

Creyó que ya le había contado todo aquello que pudiera resultar interesante.

—¿Qué deseas saber?

—Si eres feliz allí. Si conociste a alguna muchacha bonita.

—Eres incorregible —le espetó seco.

—Eso suena a cumplido —ella trataba de mostrarse despreocupada.

La tensión entre los dos se había disipado, en parte gracias al cambio de conversación, y a la postura más relajada de ella.

—En el argot religioso, no.

Carol soltó una risa alegre y ligera que le tensó el estómago. Era como si la escuchara reír por primera vez, y le resultó muy grato. De sus hombros había desaparecido un peso que alisó al instante las arrugas de su frente, y la voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre el sofá, de alimentarse de la sutil fragancia de su sensual cuerpo y de la voluntad de estarse allí quieto y dejar que fuese ella quien decidiera que quería hacer, qué le apetecía hacer, resultaba aplastante. Casi quería dejar que la voluntad de ella dominara a la suya, pero por otro lado quería ser él quien dominara la voluntad de ella, la doblegara.

Adrien jamás se había sentido así.

—Tengo que ir el próximo sábado a Pavilions. —Se trataba de una tienda exclusiva en pleno centro de la ciudad—. ¿Te gustaría acompañarme? —Adrien pensó que eso era del todo incorrecto. Ella supo lo que él pensaba—. Si fuéramos hermanos me acompañarías.

—Pero no somos hermanos —replicó agudo.

—Cuando me llamas pequeña Carol... sí.

—No podré acompañarte —dijo finalmente.

—Bueno, de todas formas estás invitado a reunirte con nosotros pues no iré sola, iré con Dylan.

—Te lo agradezco, pero tengo muchas cosas que hacer.

—¿Un sábado a medio día? —le preguntó sorprendida.

—¿Qué vais a hacer en Pavilions?

—Comprar los artículos para una fiesta —las cejas oscuras de Adrien se alzaron con un interrogante—. Dylan piensa darte una fiesta sorpresa el domingo.

Adrien la miró un poco apabullado, y al ver los bellos ojos brillantes, supo que se lo había contado para que no pudiera negarse a asistir.

—Revelándome mi fiesta sorpresa te aseguras de que asista, ¿no es cierto?

—Sí —admitió sin mostrar un ápice de azoro—. Te conozco, y ahora que lo sabes, aunque no desees asistir, lo harás para no desairar a mi madre.

—Es una desventaja que me conozcas tan bien.

«¿No lo ves Adrien? Está escrito en mis ojos».

—¿De verdad que no quieres tomar nada?

«Te tomaría a ti».

—Creo que tu hermano va a dejarte plantada como hizo conmigo en Grasmere.

«¿Y crees que me importa lo más mínimos? Así puedo estar a solas contigo. Puedo mirarte todo el tiempo que quiera. Puedo escuchar tu preciosa voz. Oler el aroma de tu cuerpo».

—Estás muy callada.

«No paro de hablar, Adrien, salvo que no sabes leer a través de mis ojos».

Los dos escucharon la campanilla de la puerta de la calle, y al mayordomo que acudía para abrirla. Adrien saltó de la silla como un resorte y fue al encuentro de la visita.

Carol entrecerró los ojos e inclinó la cabeza. El momento mágico que había compartido con Adrien había terminado con la aparición en escena de su hermano. Los escuchó hablar en el vestíbulo, casi susurraban. Inspiró profundamente y dibujó en sus labios la mejor de sus sonrisas para ofrecérsela a su hermano.

CAPÍTULO 21

Adrien tenía claro que el insomnio era su problema, pero la culpa por padecerlo era de Carol.

Ese sábado amaneció tranquilo en Nottingham. Adrien se había pasado la mañana desechando papeles y ordenando ropa pues pronto tendría que dejar su casa para regresar a la Royal Naval College, y, tras ese pensamiento, se encontró desviando la cabeza para mirar a través de la ventana. Incluso desde el centro de la habitación podía ver los campos verdes y el cielo azul salvo por algunas nubes ligeras que tapaban de tanto en tanto los rayos de sol. Se deleitó con la maravillosa vista de los campos y de la claridad del día. Miró el reloj de pared y se percató que faltaban quince minutos para las dos de la tarde. Escuchó la campanilla de la puerta de la calle, y el mayordomo que acudía presto a abrirla.

Últimamente Bordesley Green parecía más una posada que su hogar.

—¿Bajas a tomarte algo conmigo? —escuchó que decía Dylan al pie de la escalera—. Ya le he dado indicaciones al mayordomo para que nos prepare una tetera.

Salió de la alcoba y se asomó por la barandilla.

—Estoy terminando de elegir las prendas que me llevaré —respondió.

—Tienes Bordesley Green llena de sirvientes para que hagan eso —le dijo Dylan con burla—. Venga, acompáñame —lo instó Dylan.

—Está bien, bajo enseguida.

Cerró las puertas del armario y bajó las escaleras silbando. Era cierto que había suficientes sirvientes en Bordesley Green para empaquetar su ropa, pero tantos años en el ejército le había hecho ser autosuficiente. Antes de entrar al salón escuchó que el mayordomo traía la bandeja con el té que Dylan había pedido. Se remangó hasta los codos las mangas de su camisa blanca, y se dispuso a sentarse.

Dylan se dijo que su amigo en nada parecía el caballero que era.

—Estoy famélico, no he tomado nada desde que me levanté —justificó Dylan que traía unos dulces especiales—. Y me muero por probar uno de estos. Ya sabes que son mis dulces preferidos. Los prepara el mejor horno de Nottingham.

Adrien chasqueó la lengua.

—Los mejores dulces se preparan aquí en Bordesley Green —sus palabras desmentían su acción porque tomó un dulce y se lo metió entero a la

boca—. Había olvidado lo buenos que están.

—Y yo que pensaba que los nobles, como eran de piedra, no necesitaban alimentarse como el resto de los mortales.

—No tienes remedio —le dijo Adrien que tomó otro dulce.

—Ya sabía yo que había terminado por corromperte —Adrien chasqueó la lengua por la conversación que mantenían—. Reconócelo —lo incitó—. Soy una mala influencia para ti —dijo el amigo con una sonrisa.

—Nunca he dudado que eres una nefasta influencia para un hombre íntegro —le replicó el otro con humor.

Tras un minuto de silencio, Dylan le dijo.

—Hoy por fin regreso a Grasmere. Imagino lo ansioso que estarás de desembarazarte del pesado de tu amigo.

—Ni te imaginas cuánto —Dylan llevaba varios días en Bordesley Green.

—Gracias por permitirme quedarme aquí.

—No tienes que agradecer nada —contestó amable—. Los amigos están para ayudarse.

Dylan se había quedado demasiado pensativo. Sobre todo cuando era un hombre al que le gustaba exponer sus ideas e iniciar un debate con ellas, quizás su faceta de periodista era la causa de ello.

—No me confieso desde los dieciocho años —dijo de pronto.

Adrien dejó la taza de té sobre la mesa.

—Eso explica muchas de tus acciones actuales —era una crítica en toda regla.

Dylan lo miró de frente, parpadeó una sola vez, y sonrió sin ganas.

—Me gustaría que no te marcharas.

Adrien cruzó las manos encima de la mesa y no apartó los ojos del rostro de su amigo. Dylan estuvo a punto de decirle algo, pero se abstuvo. Adrien era el tipo de hombre que insta a confiar. Que seducía con esa serenidad manifiesta y esa paciencia innata.

—¿Qué piensas hacer hoy sábado?

—Carol me invitó a tomar una cerveza con vosotros.

Los ojos de Dylan se entrecerraron.

—¿A tomar una cerveza con nosotros? —repitió—. ¿Dónde?

—Cuando terminéis las compras en Pavilions. Dijo que había quedado contigo sobre las dos, pero ya llegas tarde.

El rostro de Dylan palideció por completo.

—¿Cuándo te invitó mi hermana?

Adrien lo miró como si no lo comprendiera.

—Cuando vino a Bordesley Green el otro día y habló contigo, ¿no lo recuerdas?

—No me dijo nada de quedar en Pavilions hoy a las dos.

—Se supone que tenéis que hacer las compras para mi fiesta sorpresa de mañana domingo. Una fiesta a la que no puedo dejar de acudir.

—¡La fiesta!

El tono de Dylan hizo que lo mirara con atención. Estaba muy pálido y tenía la frente perlada en sudor. Le temblaba el labio superior y el brillo de sus ojos era de auténtico pánico.

—¿Qué sucede? —le preguntó, el otro mantuvo silencio—. ¡Cuéntamelo!

Los ojos de Dylan se clavaron en el reloj de carrillón del salón. Las manecillas daban en ese momento las dos y veinticinco.

Lo vio tragar con fuerza y quedarse mirando el reloj sin parpadear.

—No puede ser —la voz le temblaba.

Adrien seguía mirándolo con mucha atención. La actitud de Dylan era la de alguien que ha cometido un error imperdonable, y la revelación lo golpeó con fuerza.

—¿Qué va a suceder? —le exigió de forma contundente—. ¡Dímelo!
¿¡Qué va a suceder!?! —Grito fuera de sí.

Dylan se masajeó las sienes con fuerza mientras se paseaba nervioso por la cocina.

—Carol no tenía que estar en Pavilions... quizás no esté allí —Dylan hablaba en voz baja, como si lo hiciera consigo mismo—. No me ha dicho nada. Debes de estar confundido.

Adrien estaba empezando a asustarse.

—¡Dios mío! —exclamó creyendo que entendía la expresión de miedo de Dylan.

Adrien se levantó de la mesa y caminó los pasos que los separaban. Lo zarandeó por los hombros con fuerza.

—No me ha dicho nada. Seguramente no estará en Pavilions —repitió Dylan.

—¿Qué va a suceder en Pavilions? —preguntó con voz afilada.

—¡Nada! —Adrien supo que le mentía y maldijo por lo bajo.

—Me encanta ver tu cara cuando me mientes por qué intuyo la verdad.
¿Qué va a suceder en Pavilions? —preguntó a viva voz.

Un instante largo, pesado, se instaló entre los dos hombres que se miraban, uno con absoluta desconfianza, el otro con hondo remordimiento.

—En Pavilions no —admitió Dylan—. En Saint Martin's Square por la visita imprevista de un delegado de Humberto I.

Eso estaba justo al lado.

—¿A qué hora? —le preguntó—. ¿A qué hora? ¡Maldita sea! —Dylan ya no respondió. Se había quedado sin voz y sin capacidad de reacción.

Su hermana no le había dicho nada de hacer unas compras en Pavilions. Y no se le podía haber olvidado, no, Carol tendría otros asuntos que atender.

—Carol no está en Pavilions —repitió—. No pasa nada.

Adrien hizo algo que no había hecho en su vida, abofeteó el rostro de su amigo. Estaba lleno de ira. Pensar siquiera en la posibilidad de que Carol estuviera en peligro le llenaba el alma de angustia. Adrien gritó para que le ensillaran un caballo y caminó hacia las cuadras decidido.

—¿Dónde vas? —le preguntó Dylan que seguía en estado de shock.

Adrien lo taladró con la mirada.

—A tratar de salvar a tu hermana, maldito cabrón.

Adrien nunca había cabalgado a tal velocidad y de forma tan arriesgada. Las millas que separaban Bordesley Green de Nottingham le parecieron demasiadas, y el tiempo del que disponía para llegar a tiempo era muy poco. Cabalgó campo a través de forma temeraria y arriesgándose a tener un accidente, pero no podía dejar de ver el rostro risueño de Carol que ese sábado veraniego pasearía inocente por la calle más céntrica de Nottingham.

Un atasco de carruajes lo obligó a desmontar en la calle John Street, noató al caballo, le dio una palmada en la nalga trasera para que regresara a Bordesley Green, y Adrien corrió como nunca en su vida, pero justo antes de doblar por Park Street una monstruosa explosión detuvo su avance. La zona se convirtió en un infierno. Desde donde se encontraba solo podía ver humo, y cuando se disipó en parte, los edificios de buena parte de la calle habían quedado destrozados. El cristal de los escaparates habían actuado de metralla porque había muchas personas en el suelo. La onda expansiva lo había dejado sordo y tuvo que parpadear para enfocar la visión. Tras unos momentos de absoluta confusión, pudo escuchar gritos, llantos, y la imagen que apareció ante sus ojos resultó dantesca.

A media que se iba acercando el epicentro de la explosión, Adrien contempló el horror en todo su significado. Buscaba entre los cuerpos tirados en el suelo uno en particular, el de Carol. Había muchos heridos, pero eran

atendidos por aquellos que habían salido ilesos. Ayudó a levantar escombros, y auxilió a aquellas personas que milagrosamente seguían con vida. Cuando sus ojos reconocieron el fino tejido azul lleno de sangre, el corazón se le detuvo. Contempló el rostro inconsciente de Carol, y no pudo evitar caer de rodillas en el suelo.

CAPITULO 22

«¿Cómo puede llamarse amor cuando provoca tanto sufrimiento?», se preguntó Adrien tras sujetar en sus brazos el cuerpo inconsciente de Carol.

La cifra de heridos alcanzaba ya a diez personas, Carol entre ellos. Su gravedad era debida a la fuerte honda expansiva que la había lanzado contra la pared de un comercio que seguía en pie de milagro. Gracias a Dios que no presentaba heridas graves, aunque no despertaba. Había caído en un coma profundo del que los médicos no tenían una explicación válida.

El delegado de Humberto I había salido ileso del atentado.

Adrien no sabía nada de Dylan pues estaba desaparecido. Mirando a Niall y Hannah, supo que les debía una explicación, al menos de lo que conocía sobre las actividades de su hijo en los últimos días. Era consciente de que los investigadores no tardarían en llegar hasta la fuente, ni de atar hilos y arrestar a los culpables, y entre ellos podía estar Dylan. Niall no se merecía vivir en la ignorancia en un asunto tan delicado. Adrien se sentía mal porque lo había sospechado y no había hecho nada. Niall se acercó hasta él y le dio una palmada en la espalda a modo de consuelo.

—Debía de estar con ella —se quejó Niall con voz grave—. Decidí no acompañarla porque me dijo que había quedado con Dylan y contigo.

Hannah, en medio de su angustia maternal, se volcó en el consuelo del rezó, Niall soltó un suspiro que logró desviar la atención de Adrien sobre Hannah. De pronto el padre divisó al hijo.

—¡Dylan! —exclamó el hombre con cierto alivio.

Adrien y Hannah se giraron hacia el hijo que avanzaba hacia donde estaban ellos. No presentaba buen aspecto. Estaba demacrado, y, sobre los hombros, Adrien pudo apreciar la enorme culpa que arrastraba, sin embargo, no podía compadecerlo.

—Me he enterado de lo sucedido —se justificó en un tono bajo—. ¿Cómo está?

Pero ninguno pudo responder porque el doctor hizo su aparición en ese preciso momento. Se llevó a los padres hacia un rincón apartado para informarles sobre el último reconocimiento sobre la paciente.

Adrien miró a Dylan con hondo desprecio.

—No morirá, mi hermana es muy fuerte —casi susurró.

Los hombros de Adrien se tensaron. Se le encogió el estómago y sintió un latigazo en las entrañas. Frente a él estaba un hombre que no se arrepentía de

un acto miserable.

—¿Puedes decir lo mismo del resto de víctimas que luchan por sus vidas?

Dylan parpadeó con cierto nerviosismo, agarró a su amigo del codo para llevarlo hacia la salida de emergencia porque tenía que conversar con él lejos de miradas y oídos indiscretos. Adrien forcejeó porque no le apetecía en absoluto mantener ninguna charla, sobre todo porque no podría hacerlo con imparcialidad.

Dylan cerró la puerta del hueco de la escalera y lo miró.

—No estaba previsto que hubiera tanta gente.

Resopló con fuerza en un intento de controlar la cólera que sentía.

—¡Agosto y sábado por la tarde! ¿Piensas que soy estúpido? —bramó a un paso del descontrol—. ¿Cómo has podido, Dylan? ¿En qué estabas pensando?

—No sabía que mi hermana estaría en Pavilions —se lamentó.

—¿Y eso te hace sentir mejor? ¿Y el resto de heridos, sus vidas valen menos porque no son de tu sangre?

Dylan endureció la mirada y apretó los labios.

—Perdiste un tiempo valioso cabalgando hasta allí en vez de utilizarlo en dar el aviso a Scotland Yard.

Adrien cerró los ojos porque acababa de restregarle una verdad demoledora. Había malgastado un tiempo precioso en ir hasta Carol, y no podía clarificar por qué motivo era lo único que le había importado: llegar hasta ella y tratar de salvarla.

—Criticar mi descuido no disminuye tu culpabilidad en un hecho carente de toda humanidad. Te has convertido en un ser despreciable.

Dylan se pasó la mano por la nuca como si quisiera destensar los músculos.

—Traté de avisar varias veces... —los ojos de Adrien se entrecerraron al escucharlo.

—No te creo —le espetó amargamente.

—No soy el monstruo que te imaginas.

Adrien sonrió de forma cínica.

—No, no eres un monstruo, eres un asesino.

—Soy un revolucionario que ha estado a punto de perder un ser querido, no me juzgues tan cruelmente pues tengo sentimientos.

—¡Mereces un fuerte aplauso por tan excelente actuación! —el sarcasmo

de Adrien escocía—. Habla con tu padre y explícale tu implicación en este asunto, o tendré que hacerlo yo.

—Te recuerdo que ambos somos culpables por callar —lo acusó el otro vehemente—. Sabías desde tu llegada a Nottingham que estaba implicado con la causa Passannante.

—¿Causa? ¡Esto ha sido un atentado contra el reino! Y traerá consecuencias graves.

—¡Los dos somos culpables! —Adrien no entendía por qué motivo seguía escuchándolo—. Yo tengo las manos manchadas de sangre, pero tú tienes manchada la conciencia.

—No pienso seguir escuchándote —Adrien se dio la vuelta y trató de abrir la puerta.

Dylan la sujetó y lo detuvo.

—Hablaré con mi padre —le dijo al fin—. Tienes mi palabra.

Adrien lo miró por última vez.

—Tu palabra me importa una mierda —y no le preocupó mostrar el desprecio que en esos momentos sentía hacia el hombre que había considerado su amigo.

Dylan soltó la puerta cuando Adrien se marchó. Se quedó a solas en el descansillo de la escalera mientras meditaba en el desastre en el que había convertido su vida.

Adrien no se despidió de Niall y Hannah. Tenía la urgente necesidad de poner distancia entre él y los Hemsley porque se sentía terriblemente perturbado. Dylan le había mostrado una falta de sentido común que lo avergonzaba profundamente. Estaba muy enfadado consigo mismo, también con Dylan. Llegó a Bordesley Green y le informaron de que no había llegado la montura. Pensó que el caballo debía de estar pastando por los campos, y dio instrucciones al mayordomo para que enviase a un par de mozos de cuadra en su busca, después de la orden, soltó un suspiro cansado. Entró en su alcoba que ya estaba prendida lámpara de gas. Se fue despojando de la ropa a medida que avanzaba. Primero la camisa, después los pantalones negros. Se quitó la ropa interior y se metió en la bañera que el mayordomo había ordenado preparar. El agua comenzó a calentar su cuerpo que lo sentía frío. Apoyó las manos en el borde de la bañera y cerró los ojos. No podía dejar de pensar en la terrible imagen del atentado. Los hombros de Adrien temblaron, y, en medio

de esa soledad abrumadora, la imagen de Carol se coló como un rayo de luz entre la espesa niebla. Estaba viva, en coma, pero viva. Cuando la había visto en medio de los escombros rodeada de cristales rotos, había sentido un dolor físico.

Estuvo tanto tiempo dentro de la bañera que el agua se enfrió. Tomó el paño, lo restregó en el jabón y luego se dio pasadas rápidas por todo el cuerpo. Pensó de nuevo en Dylan, y lo maldijo. Se sentía traicionado. Escuchó la voz del mayordomo que les decía a los dos mozos de cuadra algo que no pudo entender, imaginó que habían encontrado la montura. Se aclaró el cabello con agua, y salió de la bañera, se enrolló una gruesa toalla por el cuerpo y caminó hasta el lecho.

Había dejado aviso de que no lo molestaran bajo ningún concepto. Miró el reguero de agua que había dejado a su paso, y no hizo nada. Se sentía paralizado. Se sentó en el mullido colchón de plumas, y se quedó quieto con la vista fija en el vacío. Pasó una hora, y otra, y otra más.

Adrien cerró los ojos, y terminó acostándose de espaldas.

Mucho tiempo después escuchó el sonido de la campanilla de la puerta, las voces en el vestíbulo lo habían despertado. Se había quedado dormido. Sobre las caderas seguía teniendo la toalla enrollada. El pelo casi se le había secado. No pensó en ponerse ropa, caminó directamente hacia el corredor y miró hacia abajo. Niall estaba de espaldas a él y hablaba con el mayordomo. Le dio la impresión que empezaba a marcharse.

—Bajo en seguida.

El escucharlo, Niall alzó la cabeza hacia la planta alta.

—Creí que no estabas en la casa —Niall miró la toalla con la que se tapaba y se disculpó de veras—. Lamento haberte sacado del baño.

—No te preocupes —respondió cauto—, ya había terminado.

Sus palabras habían sonado frías, como frío tenía el cuerpo.

—No te quitaré mucho tiempo —le dijo el hombre.

—Toma asiento —lo invitó mientras lo precedía hacia el salón—. Me vestiré y bajaré en seguida.

Adrien se vistió rápido, únicamente se había puesto unos pantalones negros y una camisa blanca: los colores usuales en su vestuario desde los dieciocho años. Bajó descalzo, y observó que Niall se paseaba nervioso por la estancia. El mayordomo había dejado una bandeja con té caliente sobre la

mesilla auxiliar.

—Carol ha despertado —lo soltó el otro de golpe.

Adrien se debatió entre el alivio y la preocupación.

—Es una noticia maravillosa.

—Las pruebas médicas que le han efectuado tras el accidente...

Adrien lo corto.

—No ha sido un accidente sino un atentado contra la delegación de Humberto I de Italia en suelo inglés, lo que puede desencadenar un conflicto internacional contra nuestro reino —lo corrigió aunque no con dureza.

Niall desvió el rostro y tragó con fuerza.

—¿Qué decías sobre unas pruebas que le han efectuado a Carol? —preguntó.

—El médico dice que Carol ha tenido un hijo —Confesó Niall, Adrien creyó que no había oído bien—. Lo han descubierto al realizarle una exploración completa.

—¿Qué dices? —estaba estupefacto.

«¿Carol embarazada?!», se preguntó y exclamó al mismo tiempo.

—Mi hija ha estado embarazada y ha tenido un hijo, ¿puedes creerlo?

Niall estaba muy alterado.

—No puede ser cierto, los médicos deben de estar equivocados.

Niall miró a Adrien con ojos entrecerrados.

—Le hicieron una cesárea. ¿Tú sabías algo sobre esto?

—¿Cómo iba a saberlo? —respondió con voz aguda.

A Adrien no le llegaba la sangre al corazón. Se preguntó una y otra vez si el hijo que Carol había alumbrado podía ser suyo.

—¿Dónde está el niño? —preguntó con la voz quebrada.

Niall ya no supo qué decir. Tenía los ojos llenos en lágrimas. Había sido un golpe muy duro descubrir que Carol había tenido un hijo y que lo había ocultado.

—Estamos destrozados.

—¿Habéis podido hablar con ella y preguntarle?

—Su estado es grave todavía y no está en condiciones de responder a nuestras preguntas —admitió Niall con voz afectada—. Si hay cambios, te lo comunicaré...

Niall se despidió de Adrien que se quedó plantado sin saber qué hacer a continuación.

CAPÍTULO 23

«Tengo que dejar de pensar tanto y resolver los problemas de una vez», se decía constantemente Adrien que había buscado durante días a Dylan pero seguía en paradero desconocido. En el Silverbirch Chronicle no sabían dónde se encontraba pues llevaba varias semanas sin aparecer por el lugar de trabajo. Y mucho se temía que su amigo no se había sincerado con su padre ni con su madre sobre su implicación en el atentado anárquico que había dejado a Carol malherida. Adrien seguía llevando sobre los hombros una pesada losa de culpa. En el transcurso de la semana, había visitado a Carol en varias ocasiones, y la había visto inconsciente, y, porque no podía sobrellevar el sentimiento de pesar, había decidido batirse en retirada.

Se mostró como un cobarde cuando huyó de Greenwich porque no podía enfrentarse a las dudas que lo consumían. Ahora huía de Nottingham porque no podía encarar a Carol sabiendo lo que había ocultado. Adrien se hacía muchas preguntas, pero no podía obtener todavía las respuestas. Niall le había mencionado que en el momento que despertase le darían el alta y la enviarían a casa, y Adrien se preguntaba a qué futuro se enfrentaría ella cuando todo a su alrededor había cambiado de forma tan drástica. Se había descubierto su secreto y quedaba a la vista el pecado.

¿Cómo podía uno enfrentarse a tan terrible situación?

Adrien se había marchado de Greenwich buscando paz, y serenidad era lo último que había encontrado en Nottingham. Todo había convergido en un caos. Debía regresar, pero se resistía. Se sentía mal por dejar tantos frentes abiertos y sin solucionar, aunque no podía quedarse pues hacerlo significaría implicarse emocionalmente mucho más de lo que estaba.

«¿A quién tratas de engañar, estúpido?», se dijo.

Estaba empantanado en la miseria emocional más destructiva. Adrien cerró los ojos al mismo tiempo que inspiraba profundamente. Se giró sobre sí mismo, y tomó la taza con té que humeaba.

La campanilla de la puerta lo sobresaltó porque no esperaba a nadie. Escuchó los pasos del mayordomo que se apresuraba a contestar la llamada. Con la taza en la mano se dirigió hacia el vestíbulo creyendo que se encontraría de frente a su amigo Dylan, pero nada más lejos de la verdad: agentes de Scotland Yard estaban plantados en la puerta de Bordesley Green.

—¿Lord Rawson? —Adrien hizo un gesto afirmativo, y le dio permiso al mayordomo para que los invitaran al interior de la casa—. Nos gustaría

hacerle unas preguntas.

—Por favor, pasen.

El mayordomo los acompañó hasta donde estaba él de pie. Se hizo a un lado y les permitió el acceso al salón. Les indicó con un gesto que tomaran asiento. Él, dejó la taza sobre la mesita auxiliar.

—¿En qué puedo ayudarles? —se ofreció.

—Estamos realizando unas comprobaciones y registros —Adrien fijó la vista en los dos hombres—. ¿Conoce al señor Hemsley? ¿Dylan Hemsley?

Adrien tomó aire antes de responder, y lo hizo a un ritmo mucho más lento de lo normal.

—Es amigo mío. Nos conocemos desde niños.

—¿Sabe dónde se encuentra en estos momentos? —negó con la cabeza. El agente entrecerró los ojos sin dejar de mirarlo—. ¿Nos podría facilitar su posible paradero?

—Ya le he mencionado que ignoro dónde se encuentra —parecía que el agente no le creía—. Pasó unos días en Bordesley Green —confesó con voz serena a pesar de las circunstancias—. Pero se marchó sin decirme nada.

—¿Tendría inconveniente en acompañarnos para tomarle declaración?

Como conde podía hacer uso de su privilegio social para negarse.

—¿Por qué motivo? —inquirió sin alteración en la voz.

—Para responder a unas preguntas.

—Me las pueden hacer aquí, no tendré inconveniente en responderlas.

Niall tenía el rostro demacrado y sombras oscuras bajo los ojos. Adrien le mostró empatía al no lanzarle ni una sola recriminación. Se limitó a mirarlo con ojos cautos porque entendía que el bastión que él consideraba su casa, se desplomaba por momentos. Su hijo mayor estaba huido como presunto colaborador de los anarquistas, y su hija pequeña se había negado por completo a decir nada sobre su secreto tan bien guardado.

—Lo único que nos ha explicado Carol sobre su embarazo es que ocurrió hace algunos años —Niall tomó aire—. El padre de la criatura que nació muerta, era un comerciante del que se creyó enamorada. ¿Puedes creerlo?

Esa confesión le provocó un maremoto emocional. Él se había creído el padre, Carol se había enamorado de otro...

—Lo siento mucho —le dijo en un tono sincero. Adrien había esperado otra revelación, y que lo implicaba a él—. Sé lo duro que debe resultarte.

Niall no lo miró ni le respondió. Era como si necesitara mantener el silencio para controlar la cordura. Adrien no sabía a qué atenerse. Lo invitó a sentarse en el gran salón de Bordesley Green, tras hacerlo, Niall se llevó las manos a la cara y maldijo con violencia. Adrien entendió que necesitaba un desahogo e hizo como si él no estuviera allí. Después de media hora de juramentos y maldiciones, Niall al fin lo miró para enfrentarlo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Adrien se mostró avergonzado. ¿Se refería a su relación con Carol, o al silencio que había mantenido con respecto a Dylan?

—Me equivoqué —admitió en voz baja.

—¿Desde cuándo sabías lo de Dylan?

Ahora no supo qué responderle. ¿Desde cuándo lo sabía? Nunca había tenido la certeza hasta el maldito día del atentado anarquista.

—Dylan me habló de sus inquietudes políticas.

—¿Sospechaste? —Adrien hizo un gesto leve de afirmación—. Era tu obligación informarme —lo acusó sin contemplaciones.

—Denunciarlo, querrás decir. —Niall no lo negó—. ¿Pensarías de forma diferente si Carol no hubiese estado en el lugar del atentado?

—¿Qué insinúas con esas palabras?

—Lamento si te he ofendido al ofrecértelas, pero la visión de un asunto cambia cuando estamos implicados emocionalmente.

—Nunca he sospechado de las ideas revolucionarias de mi hijo —le confesó con voz ahogada—. ¡Dylan enredado con anarquistas!

Se lamentó el hombre.

—Jamás se me pasaría por la cabeza pensar que tuvierais algo que ver con las decisiones revolucionarias de Dylan.

—Y, entonces, ¿por qué veo acusación en tus ojos? —lo acusó Niall.

—Ves pesar, Niall —aclaró—, porque Dylan es mi amigo.

—Era un muchacho bueno —justificó Niall aunque con infinito pesar—, nunca antes nos había dado problemas —Adrien, por primera vez en su vida, no supo qué decir al respecto para consolar al padre—. Tenías que haberme avisado.

—No supe realmente en lo que andaba metido hasta el día del atentado —aclaró.

Entre los dos hombres se suscitó un momento tensó.

—¿Sabes dónde está?

Negó con la cabeza de forma contundente.

—No, de verdad que no lo sé —afirmó rotundo—. Pasó unos días en mi casa porque huía de algo o de alguien, lo ignoro —Niall lo miró con sorpresa—. Me pareció que lo golpearon, pero él me dijo que lo había atropellado un carruaje, nunca tuve pruebas sino sospechas.

—Podríamos haber evitado el atentado —la acusación era en verdad descarnada.

Adrien hizo algo inusual. Se puso de pie con brusquedad y lanzó un grito al aire. Niall se levantó también. El noble se giró con furia hacia él. Apoyó las manos en las caderas, y lo miró como nunca se debe mirar a un hombre: con absoluta decepción.

—¡Yo no tengo la culpa! —exclamó airado—. Mi único pecado es el amor que os profeso.

Niall soltó un suspiro largo.

—El pecado no solo se traduce en hacer el mal, también es sentarse a ver lo que sucede.

Esas palabras le dolieron como si se las hubiera grabado con fuego.

—Como tu hijo tiene las manos manchadas de sangre, te consuela pensar que yo también pueda tener las mías, ¿no es cierto?

—Me has malinterpretado —se defendió Niall.

—¿Estás seguro? Porque Dylan me acusó de lo mismo aquella noche en el hospital cuando esperábamos noticias sobre tu hija.

—Yo no te estoy acusando de nada —se defendió el hombre.

Adrien no le creyó, veía en los ojos de Niall una necesidad imperiosa de que su hijo no fuera el único culpable de la tragedia que se había desatado en Nottingham.

—Ignoraba que tu hijo es un anarquista —Niall palideció al escucharlo—. Me expresé su opinión —tomó aire porque estaba demasiado alterado—. Si hubiese sospechado lo que pretendía hacer, no lo hubiese denunciado, lo habría impedido con mis propias manos.

—¡Adrien!

Se negó a seguir escuchando. Comenzó a caminar en dirección a la puerta para indicarle a Niall la salida. Necesitaba poner distancia entre los Hemsley y él porque estaba alcanzando un punto de ira peligroso.

—Será mejor que te marches...

Supo que Niall no iba a negarse. Adrien entendió que Niall como padre se sentía fracasado, sin embargo, el único culpable era Dylan que no había medido las consecuencias de sus actos.

Cuando Niall se marchó, Adrien se puso a valorar la información que le había dado sobre Carol. Adrien se preguntó quién sería el comerciante que la había dejado encinta y la había abandonado, ¿o no lo había hecho? ¿Qué más cosas ocultaba ella? Tenía que hablar y preguntarle, pero estaba demasiado afectado para hacerlo.

CAPÍTULO 24

«No debo juzgar a Carol por las preguntas que me hago, sino por las respuestas que me ofrezca», pero ella se negaba a hablar con él, y Adrien no entendía su actitud. Cuando había ido a visitarla a Grasmere, convenientemente estaba ausente. ¿Se ocultaba de él? ¿Tenía miedo de las preguntas que pensaba hacerle? Pues más debía temer sus conclusiones.

Adrien ya lo tenía todo preparado para el viaje.

El tren con destino Londres salía a las cuatro de la tarde del día siguiente. Desde la discusión que había mantenido con Niall, prefería no mantener ningún otro contacto con los Hemsley. Había colaborado con Scotland Yard todo lo que le permitían sus posibilidades, pues tener las sospechas sobre algo no era lo mismo que tener la certeza. Dylan y él habían mantenido conversaciones sobre la política de Inglaterra, sobre la amistad, sin embargo, una cosa era hablar y otra muy diferente tomar posiciones y actuar en consecuencia.

Dylan había cruzado la línea.

Adrien seguía mirando en dirección hacia la enorme librería de madera de cerezo. Tenía las manos en los bolsillos decidiendo si visitaba a los Hemsley para despedirse y tratar de ver a Carol una última vez, o les enviaba un telegrama cuando estuviese en Greenwich. La mejor opción sería la segunda. Menos emocional, más fría e impersonal, y al momento chasqueó la lengua porque se resistía a marcharse sin hablar con Carol. Sobre todo porque ignoraba cuándo la volvería a ver de nuevo. Podrían pasar años, incluso una década como la última vez.

Soltó un suspiro cansado porque el Adrien de ese momento en nada se parecía al hombre que llegó a Nottingham meses atrás. Se había enfrentado al momento más duro de su existencia con el suicidio de Peter, y al más cruel con el atentado en el que había salido herida Carol. Se había enfrentado por primera vez a la decepción que proporciona un amigo de la infancia, y al sentimiento aterrador de perder a alguien que te importa realmente.

Era pensar en Carol, y el corazón se le aceleraba. Le sudaban las manos, y la respiración se le entrecortaba. Por eso debía poner tierra de por medio porque ella no había sido sincera, le había mentado como a todos. Estaba herido, dolido, y muy decepcionado.

La campanilla de la puerta sonó con fuerza, y le hizo dar un respingo. Adrien no esperaba a nadie. Escuchó al mayordomo que abría, y la voz de una

mujer que le provocó un maremoto emocional. Inspiró hondo y se dirigió rápido hacia la puerta que salía al vestíbulo.

Carol estaba plantada frente a él con el rostro inusualmente serio. No había permitido que el mayordomo la anunciara.

—Quería despedirme de ti pues sé que te marchas mañana —fue su escueto comentario.

Adrien sintió que el corazón comenzaba un galope temerario en el interior de su pecho. La estrangularía, la besaría...

—No era necesario.

—Sí lo es, porque he decidido no volver a verte.

Respiró profundamente afectado.

—Lamento no haberte invitado a entrar —se excusó—. Pasa, por favor.

Carol llevaba un ligero vestido de tafetán blanco, y de corpiño ajustado. El cabello lo llevaba recogido en un elaborado moño en lo alto de la nuca. Se hizo a un lado y le permitió el paso.

—Gracias —agradeció con una sonrisa tímida.

Adrien la precedió hasta el salón y la invitó a tomar asiento. Ella hizo un giro con la cabeza para observar la estancia que estaba en penumbra a pesar de la claridad que había en la calle. El mayordomo había corrido las cortinas y se preguntó por qué motivo necesitaba Adrien la oscuridad. Se volvió hacia él con ojos brillantes. Adrien tenía los brazos cruzados en el pecho. Observó la camisa blanca con las mangas arremangadas como si fuese un campesino y no el conde de Colsterworth. Siguió subiendo, y miró los labios entreabiertos, el mentón que no había sido rasurado por la mañana: estaba oscurecido por una incipiente barba. Miró la nariz recta y los ojos brillantes: parecían dos pozos en ese rostro masculino que tanto amaba. Sintió como el poder que de él emanaba penetraba en su cuerpo y la sacudía desde la cabeza a los pies. Podía sentir como escrutaba su mente. Como acto reflejo se giró un tercio, entornó los ojos pero no pudo moverse lo más mínimo.

Carol tenía que romper el hielo silencio entre los dos.

—Vengo a disculparme en nombre de mi padre.

Adrien no se esperaba esas palabras.

—No hay nada que disculpar.

—Mi padre se siente muy afectado porque piensa que te ofendió con su conversación el otro día —Adrien se quedó callado—. No fue su intención, de verdad. Se siente superado por todo esto.

Adrien podía ponerse en el lugar de Niall, y por cierto que lo había

hecho, sin embargo, sus palabras todavía le dolían.

Los dos estaban de pie mirándose el uno al otro sin un parpadeo. Bebiéndose como sedientos cada exhalación de sus bocas. Sosteniendo sobre los hombros todo el peso del silencio. Adrien no era capaz de decir nada, y por ese motivo se giró y caminó hacia la ventana. Estuvo mirando hacia el exterior durante un momento muy largo, componía en su cabeza las preguntas que quería formularle. No la sintió moverse tras él, pero supo que lo seguía observando. Adrien seguía atormentado por el rostro de ella. Necesitaba saber, que ella le explicara. Pero si se giraba, el brillo tan intenso que desprendían de sus ojos lo quemaría vivo.

Carol no esperaba esa actitud fría por su parte. Deseaba una muestra real de que los había perdonado, pero él seguía mirando tras la ventana, y le pareció que desdeñaba su presencia. Entendió que no quería hablar, y que su presencia lo molestaba, supo que tenía que irse. Había llegado de buena voluntad y se tenía que ir de mala manera.

Resopló con disgusto. Si no quería verla, al menos tendría que oírla.

—Me gusta tu manera de ignorarme, así que espero que te guste mi manera de irme —pasó por su lado como una exhalación.

Adrien reaccionó a tiempo, se giró hacia ella y pudo sujetarla por el codo antes de que abandonara la sala.

—Disculpa, estoy muy sorprendido por tu visita, y necesitaba prepararme.

¿Prepararse para qué?, se preguntó ella. Carol pensó que le había dado una excusa pobre para un comportamiento grosero.

—Te trasmito los saludos de mi padre y de mi madre —volvió a decirle ella.

Él, no sonrió.

—Por favor, toma asiento.

Así lo hizo. Se soltó de la sujeción y avanzó unos pasos hasta el sofá de piel marrón. Se mantuvo rígida y sin apartar la mirada de la suya.

—¿Quieres un té? —le ofreció él.

Negó en silencio. Carol no podía tragar: sentía un nudo en la garganta que aumentaba a una velocidad vertiginosa.

—Ya lo he tomado en casa —le informó.

—¿Cómo está tu madre?

Carol soltó un suspiro largo, pesado. Lleno de insatisfacción.

—Lleva varios días en cama —le dijo—. No sabe qué le provoca más

sufrimiento: si la implicación de mi hermano en el atentado, o mi maternidad oculta por tanto tiempo.

Adrien desvió la vista porque se sentía irritado. Ahora sabía que no soportaría que ella le hablara de otro hombre. Carol, al ver su incomodidad, le mostró una sonrisa fría.

—¡Mírame! —le ordenó ella.

Adrien la obedeció. Inspiró hondo, y tensó los hombros.

—Cuando tu padre me lo contó, me sorprendió mucho.

Carol pensó que al menos ya no desviaba la mirada.

—Lo imagino —respondió cansada. Adrien la miró con atención—. Ahora ya saben que alumbré un hijo que nació muerto —Niall no le había dicho que la criatura había nacido muerta.

El noble tragó con fuerza.

—Debió de ser muy duro para ti... para todos —al momento se arrepintió de haber expresado lo que sentía.

—Sí, lo fue... aquello me marcó mucho porque perdí el honor, perdí al hombre que amaba, perdí a su hijo... —Adrien desvió los ojos porque la respuesta lo había perturbado.

—¿Quién era el padre?

Si no se lo preguntaba, estallaría en miles de pedazos.

—¿Te hubiera gustado ser tú? —inquirió la mujer con ojos entrecerrados.

—No sé, no tengo las ideas claras.

—¿Estás enfadado conmigo? —le preguntó directa.

—Nunca he estado enfadado contigo —contestó Adrien precipitado.

Carol sabía que mentía.

—Te recuerdo, pero desde el cariño, que es el ego el primero en ofenderse y el último en rendirse —respondió la mujer—. Por ese motivo me siento tan preocupada: no deseo que te marches sin saber si nos has perdonado.

Adrien se sentía dividido. Carol estaba sentada frente a él con una mirada indescifrable, y sintió que el dolor le daba un bocado a su corazón y le arrancaba un trozo. Hizo un movimiento involuntario como si hubiera ocurrido de verdad.

—Reitero que no tengo nada que perdonaros —afirmó tajante—. Ni me siento enfadado.

—¿También has perdonado a mi hermano?

Adrien no quería responder a esa pregunta. En ese momento no sabía qué

sentía por Dylan.

—Sinceramente, no sé si está en mi ánimo la facultad de olvidar lo que hizo.

Tenía muy presente el atentado.

—Dylan no regresará a Nottingham —reveló la hermana.

La miró con un interrogante en los ojos.

—¿Sabes dónde se esconde?

Carol hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Se ha llevado los ahorros que tenía...

—No creo que pudiera mirarme a la cara si estuviera aquí.

—Dylan nos falló a todos, pero sobre todo así mismo.

Adrien pensó que las palabras de Carol eran muy ciertas. Como anarquista, Dylan sería buscado por Scotland Yard fuese culpable directo o no. Había defendido tanto la Inglaterra que amaba, para tener que huir de ella: para vivir como un marginado sin familia ni amigos.

—Dylan ya no podrá corregir sus pasos —apuntó—. Su vida ha quedado marcada de una forma execrable —dijo él.

—Yo no puedo odiar a mi hermano —afirmó ella con mirada franca—, como no puedo odiarte a ti —esa afirmación lo había descolocado—. Porque odiar es como beber veneno y sentarse a esperar que otra persona muera por eso.

—Yo no he hecho nada para que me odies —se quejó Adrien que seguía molesto con ella y no podía ocultarlo.

Sentada frente a él estaba una mujer que le parecía una completa desconocida.

—Siento compasión por él, por mis padres, por ti —siguió diciendo Carol.

—¿Por qué por mí? —la pregunta lo había pillado desprevenido.

—Viniste buscando una paz que no has encontrado.

—No, solo he encontrado problemas y traición...

Eso le había quedado muy claro a ella.

—Tengo que irme —dijo Carol que hizo amago de levantarse.

—¿El padre de tu hijo era el doctor Charles Butler?

Adrien escuchó perfectamente el largo suspiro de ella que estaba sentada muy quieta y sin dejar de mirarlo.

—Antes de que te marches, debo revelarte algo, me había prometido a mí misma que lo olvidaría, que comenzaría de nuevo sin importarme nada el

pasado —dijo muy seria, y sin dejar de mirarlo—. El doctor Butler fue el médico que me asistió en el parto. El hijo que alumbré era tuyo —admitió de forma llana, simple—. Concebido aquella noche diez años atrás.

Los ojos de él eran dos espejos, y donde Carol antes había visto el cielo, ahora veía el infierno. Tenía frente así al hombre de su vida, y que se marcharía en unas horas como en el pasado.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —le preguntó a bocajarro.

Por algún motivo, Adrien lo había sospechado.

—Te lo expliqué en una carta, pero no recibí respuesta —contestó con la mirada clavada en el iris de sus ojos.

—¡No recibí ninguna carta! —exclamó ofendido de que lo acusara.

—Ahora ya no tiene importancia —contestó ella con voz baja.

—Claro que la tiene —Adrien estaba perdiendo la compostura—. Me estás acusando de mentir.

Carol sintió deseos de reír ante lo ofendido que se mostraba él.

—Alguno de los dos miente, pero en esta caso no es la plebeya sino el noble.

Adrien entrecerró los ojos al escucharla.

—Te repito que no recibí ninguna carta tuya.

La mujer no quería seguir discutiendo. Creía a Adrien, y sabía quién era el culpable de su silencio.

—Tendrías que preguntarle a tu tío sobre aquella carta que te envié.

Adrien tardó un instante en comprender la grave acusación de ella.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó firme.

—Cuando descubrí que estaba encinta, te envié una carta porque me sentía muy angustiada. No me atreví a decírselo a mis padres, y tras tu silencio, decidí confesarme con el padre Payne quien escuchó mi dolor y trató de ayudarme —Adrien la miraba atónito sin creerse sus palabras—. Solomon Payne me puso en contacto con la madre superiora de Sta. Marguerite Abbey en Sussex, y me sugirió que ingresara allí hasta que todo se solucionara. —Adrien conocía que era un colegio religioso católico para huérfanas—. El padre Payne convenció a mis padres diciéndoles que iba a prepararme para poder trabajar después con niños, y ciertamente trabajé durante un tiempo con niños huérfanos, hasta que el embarazo me lo impidió.

—Solomon Payne no habló conmigo —dijo él.

Ella hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Pasaba el tiempo, y seguía sin saber nada sobre ti.

—Yo no sabía nada...

—El tiempo que pasé allí me ayudó a reflexionar, a plantearme mi futuro, incluso mis padres temieron que tomara los hábitos.

—¿No te visitaron en todos esos meses? —quiso saber él—. ¿Cómo pudiste ocultar tu embarazo?

—No les permití que me visitaran —Adrien seguía sorprendido—. Meses después me puse de parto, y tuve a nuestro hijo, pero nació muerto.

Adrien había perdido el color del rostro.

—Solomon Payne no habló conmigo —insistió.

Ella seguía con su confesión.

—Tu tío Derry vino a verme a St. Marguerite Abbey, y habló muy claro sobre tu futuro como conde —Adrien iba a interrumpirla, pero Carol no se lo permitió—. Me dejó muy clara mi posición y la tuya en la sociedad, tuve que darle la razón.

—Yo no soy mi tío —afirmó con voz dura como el granito.

—Me preguntó si creía que estabas enamorado de mí, y tuve que negar porque no lo estabas. Fui yo la que te sedujo, la que te incitó a que me hicieras el amor, y entonces tu tío me mostró una realidad que había obviado: por qué motivo tendrías que pagar por algo que no habías buscado —Adrien quería interrumpirla, pero Carol no le permitía un respiro entre los sentimientos de culpa, frustración, y perplejidad que sentía—. Aquello que pasó fue muy bonito, pero fue un espejismo del que me recuperé.

Carol suspiró de forma pausada aunque profunda

—¿Eso fui para ti, un espejismo? —la voz de Adrien sonaba incrédula.

—Tenía dieciséis años...

Adrien entrecerró los ojos porque la voz de Carol se había entrecortado como si tratara de controlar el llanto.

—Me estás mintiendo y lo sabes —ahora era él el que la acusaba.

Había llegado el momento de la verdad. Mientras estaba en el hospital, supo que no podía callar por más tiempo sus sentimientos ni esconder sus pecados. No podía permitir que se marchara sin revelarles al hombre que amaba con todo su corazón, lo que sentía por él. Durante días se había armado de valor, y estaba decidida a enfrentarlo cara a cara con sus sentimientos.

—Sufrió el laberinto de amarte, y por eso me horroriza perderte —hizo una pausa—. Te amo, con toda mi alma. Como te amaba con dieciséis años, como te amo ahora con toda la pasión de la que soy capaz.

Adrien cerró los ojos mortificado.

—¡Carol, calla! —exclamó con auténtico pesar.

Pero ella no lo hizo.

—Tengo el corazón roto, pero todos y cada uno de estos pedazos te seguirán amando por toda la eternidad.

Después de decir las palabras se tapó el rostro con las manos. No podía mirarlo. No quería que él viera el dolor en sus ojos. Cuando se tranquilizó lo suficiente, alzó el rostro y lo observó con franqueza demoledora.

La expresión masculina fue toda una revelación.

—¡Lo sabías! —expresó atónita.

Adrien no pudo mentirle. Ya no tenía razón de ser.

—Dylan me lo contó tiempo atrás, aunque siempre lo he sospechado.

Carol jadeó por la sorpresa que le provocó esa admisión. Se sintió enojada porque mirándolo supo que nunca sentiría lo mismo por ella.

—¿Lo sospechabas? —dijo ofendida.

—No estaba seguro porque cada vez que me he acercado a ti, has blandido mi título como una espada de Damocles, pero debes de saber que nunca he pretendido herirte —aseveró él de forma firme.

—¡Calla, por Dios, Adrien, calla! —exclamó sin poder detener el llanto.

—Has venido a decirme tu verdad, ahora debes escuchar la mía.

Carol cerró los ojos porque los tenía anegados de lágrimas. Ella no había llegado a la casa de él buscando compasión. Ni para obtener respuestas. Simplemente sentía la necesidad de informarle de la verdad que había callado durante diez largos años. No esperaba nada.

Adrien había decidido ser completamente sincero. No podía marcharse a Greenwich dejando un asunto inacabado porque no sería justo para ninguno de los dos.

—Te quiero, Carol—confesó de pronto. Ella lo miró atónita—. No sé en qué momento te metiste en mi corazón ni con qué propósito, pero estás aquí —ella lo iba a interrumpir pero Adrien no se lo permitió—. Tengo muy claras mis prioridades, y esa prioridad eres tú.

Era lo que había deseado escuchar toda su vida, pero Carol tenía los pies firmemente puestos en el suelo, en la realidad.

—Aunque te ame, aunque haya despertado en ti este sentimiento tan profundo, no debo ni puedo comprometerte —reveló ella.

—¿Por qué? —bramó él tan sorprendido como enfadado.

Carol pensaba la forma de hacerle menos daño, pero solo había un camino posible, aunque resultase brutal.

—Porque eres el conde de Colsterworth —comenzó—. Porque no soy la mujer que necesita Bordesley Green, porque no puedes elegir tu destino como yo elegí el mío hace diez años.

Adrien aguantaba el tipo lo mejor que podía. Sentía unas enormes ganas de zarandearla, quería contenerse, pero no lo lograba.

—Duele tanto lo que me dices, que las cicatrices que me provocas ya no sanarán nunca —le espetó él.

Estaba en su derecho de sentirse ofendido, pero no había vuelta atrás.

—Si en estos meses que has estado en Nottingham he contribuido a herirte, perdóname.

Adrien apretó los labios.

—Me gustaría golpearte si con ello consiguiera que borraras toda esa palabrería.

—Son necesarias Adrien.

—¿Y por qué me lo has revelado todo ahora? Que soy el padre de tu hijo, que me amas, que me dejas...

Carol podía reconocer que se había portado como una cabrona, pero tenía que hacerlo.

—He venido aquí únicamente a pedirte el perdón para mis padres, y para confesarte la verdad —le explicó con gesto cansado—. No esperaba nada, no buscaba nada ...

Adrien soltó el aliento poco a poco. Confesándole lo que sentía por ella, lo había empeorado todo.

—Es mejor que me vaya —le dijo ella de pronto.

—¡Cobarde!

No era una cobarde, ¿o si lo era? Solo sabía que tenía que huir de Bordesley Green y del conde de Colsterworth.

—Tengo que marcharme...

—Si te mueves de ahí soy capaz de hacer algo drástico.

Con la mirada que ella le dirigió, Adrien no supo valorar si iba a obedecerle o no.

CAPÍTULO 25

Con la cabeza se piensa, pero con el corazón se sabe, y Adrien sabía que ella no hablaba en serio tras esa perorata sobre títulos, obligaciones, etc. Los dos seguían sentados en el salón de Bordesley Green frente a frente sin apartar la mirada el uno del otro.

—Te irás cuando yo lo decida —parecía una amenaza.

Carol lo miró con los párpados entrecerrados.

—No es una buena idea.

—Sí, lo es, y se acabaron los secretos, las mentiras.

—Yo no he dicho la verdad, que no es lo mismo que mentir —se defendió ella.

—Nunca has sido justa —le recriminó él—. Ni cuando viniste a mi alcoba para que te diera un beso, ni cuando me ocultaste que iba a ser padre, ni ahora que deseas huir como una cobarde para no enfrentar mi derecho a reclamarte explicaciones.

Carol se dijo que no iba a llorar más, pero Adrien había confesado que sentía lo mismo por ella. Los dos amaban un imposible: una vida en común.

—Tengo que marcharme —era la tercera vez que lo decía.

—¿De qué tienes miedo? —la provocó.

La sorpresa se reflejó en el rostro femenino. ¿De qué tenía miedo? Del poder que tenía sobre ella. Carol soltó un suspiro largo. Si no hubiera pretendido un imposible dieciséis años atrás, si hubiera aceptado su marcha, si hubiera sido menos ambiciosa, más real, y nada impulsiva, ahora no tendría que enfrentarse a las reclamaciones de él.

—¿Tú tienes miedo, Adrien?

Sí que lo tenía, porque Carol se había convertido en un peligro mortal para él

—¿Piensas casarte con Charles Butler? ¿Temes que te haga cambiar de opinión?

La mujer soltó un suspiro suave.

—Casarme con Charles sería el comienzo para olvidarte.

Adrien no pestañeó mientras le sostenía la mirada. Carol se mostraba inquieta. Le temblaban las manos.

—¡Carol, basta de herirme y de mentirme! —el tono de él había sonado atormentado.

Adrien se había levantado de un salto, ella lo imitó, y por primera vez

desde que lo conocía, el hombre plantado enfrente tenía en el rostro una mueca de sufrimiento auténtico. Carol no se sintió feliz, aunque sí consolada.

—No, no me casaré con Charles Butler, y ahora me marcho —insistió ella.

Adrien sentía deseos de castigarla. Le había soltado una bomba emocional, y lo dejaba tirado en el suelo herido de muerte. ¿Creía ella que iba a salir ilesa?

—Antes de irte, ¿me das un beso de despedida?

Adrien actuaba igual que ella diez años atrás, pero el ruego le llegó directamente al corazón. ¿De verdad Adrien le estaba pidiendo un beso? Carol sonrió de forma amarga.

—Si te lo doy, puede que no te conformes solo con uno, como yo no me conformé, ¿recuerdas?

La sincera confesión le arrancó un gemido de satisfacción porque la había colocado justo donde él quería.

—Nunca te pediría nada que no quisieras darme, lo prometo.

Ella ya lo sabía. En el pasado, él nunca le había pedido nada, ella se lo había ofrecido gustosa.

—Mañana te marcharás y... —él la interrumpió.

—Tengo asuntos que resolver en Greenwich, y ya no puedo demorarlos.

Ella se mantuvo en silencio durante un minuto largo.

—Resuélvelos entonces.

Carol comenzó a caminar con paso inseguro hacia la puerta de salida. Adrien la sujetó del brazo y la atrajo hacia sí. Carol quedó de pie a escasos centímetros del cuerpo fibroso. Percibió que alzaba las manos y las depositaba sobre sus hombros. Sintió su peso sobre ellos. Adrien comenzó a inclinarse lentamente hacia ella buscando su boca. Los ojos de Carol eran dos espejos donde se reflejaban ambos.

—No vas a impedirme que te bese, y en este beso vas a saber todo lo que he callado durante diez largos años —le advirtió Adrien de forma determinante.

Con un dedo tocó el borde de la firme boca, y fue dibujándola lentamente. Los labios de Carol se entreabrieron anticipándose. Se miraron de cerca, cada vez más cerca. Comenzaron a respirar de forma entrecortada. Las bocas se encontraron e iniciaron una tibia lucha de dominio. Carol lo mordió en un roce y apoyó apenas la lengua en los dientes, jugando en los recintos donde el aliento cálido iba y venía con un deseo abrasador. Las manos de Adrien

cobraron vida cuando dejaron los delicados hombros y se hundieron en el cabello de ella. Carol disfrutaba el beso como si tuviera la boca llena de miel de flores. Se besaron con movimientos vivos, tímidos. Los dos impregnados en una sola saliva y un solo sabor a fruta madura y dulce. Carol tembló, y Adrien la sujetó más firme contra su pecho.

Cuando el beso terminó, los ojos de ambos se bebían mutuamente.

—Te amo —confesó Adrien.

—Calla, Adrien... —ella no quería escucharlo porque flaqueaba.

Adrien la tomó en brazos y la llevó a su alcoba. Ella no protestó ni una sola vez. Subió las escaleras de dos en dos sin dejar de besarla. Cuando cruzó la puerta de sus estancias privadas, cerró la hoja de madera con un golpe de talón. La llevó al lecho y la depositó encima.

Ella tenía la respiración entrecortada.

La cabeza de Adrien fue de nuevo al encuentro de la boca de ella que lo miró con ojos brillantes y llenos de expectación.

—Solo me habías pedido un beso —le dijo ella con voz entrecortada por la emoción.

—Contigo, no me conformo solo con uno.

Al beso siguieron las caricias que Carol aceptó entregada. Los dos se dejaron llevar por lo que sentían en el corazón, y el instinto hizo lo demás. Desnudarla fue tan rápido que ella apenas se percató.

Adrien separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino y acariciar esa perla que se endurecía para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina de la joven. Ella sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla, pues le parecía el paraíso. Al ver que ella no impedía sus avances, él enterró un segundo dedo en ella. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre.

Carol percibía las oleadas de placer que subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorrían la columna vertebral y vibraba en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban. La boca de él abandonó los labios de ella que comenzó a protestar y que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Adrien aferró entre sus dientes el maduro pezón y lo mordió con una delicadeza que no se creía capaz. Jugaba con él como si estuviera deshuesando una cereza. Lo único que quería era devorar. Consumir ese joven cuerpo que se retorcía bajo el suyo y que tanto tiempo había deseado. Notó el mordisco en su cuello, pero no le importó, también él quería

morder. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación, una liberación que él no quería ni pretendía retrasar. Ella estaba más que lista para él. Sus dedos estaban tan empapados que casi parecía tenerlos metidos en miel templada. Los retiró de ella no sin escuchar la súplica de sus dulces labios de que no parara aquella tortura. Equilibró su peso en los codos y antebrazos, uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó por su cuerpo con una mano y buscó su pesado miembro con ella, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta el portal en el que se moría por entrar.

La cabeza púrpura de su miembro encontró la entrada y se deslizó suavemente dentro de ella. Se ajustaba a su alrededor como un guante de cuero nuevo a una mano, pero con más, mucho más calor. La verdad es que le abrasaba. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido y de una fuerte estocada se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. El cuerpo de ella se tensó ante la invasión, pero al momento estaba ondulándose bajo él como la marea mecida por la corriente. Era el mejor sexo que jamás había experimentado. El pensamiento le estremeció el cuerpo y le acicateó a hundirse en su cuerpo una vez, y otra, y otra, hasta que sintiendo que no podía aguantar más vio llegar el final.

Calor, fuego, todo eso se concentraba en su bajo vientre mientras sentía como el cuerpo de él le mostraba la danza del deseo. Buscó con sus manos el cuerpo de él, en una muda súplica de decirle con caricias lo que no podía decirle con palabras. Sus dedos recorrieron la ancha espalda hasta la misma base de la columna y un poco más abajo también, hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él hacia su interior, como si pretendiera que no saliera nunca. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido de auténtico placer, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos.

Aquello significó su muerte en vida.

Su cuerpo fuerte y masculino se lanzó también en busca de la liberación, y junto al ahogado grito de ella, reverberó también el de él en el momento en el que el cálido fluido de vida que era su semen inundó la matriz de ella.

—Eres maravillosa —las palabras habían salido emocionadas desde lo más profundo de su garganta—. No me sacio de ti.

Adrien seguía enterrado en su vientre. Con caricias y besos la fue llevando a un punto donde la pasión de una mujer ya no se puede controlar. La acarició de nuevo de forma lenta, premeditada, aumentando el poder que tenía sobre ella. Comenzó a mecerse de forma suave y medida. Aceleró el ritmo

mientras observaba el dulzor de su rostro que estaba contraído por el placer.

Carol se olvidó de todo salvo de sentir, y varios minutos después, los dos estallaron de nuevo en un orgasmo pleno y auténtico. Adrien necesitó varios minutos para retomar de nuevo el control sobre su respiración. Estaba vencido sobre ella. Habían compartido una experiencia maravillosa. Los dos estaban desnudos y sonrientes, únicamente cubiertos por la fina colcha. La muchacha estaba boca abajo, con la cabeza apoyada de tal forma que podía mirarlo a la cara sin mantener una postura forzada. El dedo masculino le recorría la columna en un descenso suave y tierno.

—Tienes que hacerme una promesa —comenzó Adrien.

Carol sonrió más abiertamente. Sentía tanta dicha en su interior, que podría prometerle la luna si se la pidiera. Adrien la había hecho la mujer más feliz del mundo. Tenía un valioso recuerdo que podría atesorar.

—No es el mejor momento para ofrecer promesas —replicó ella seria—. Lo que hemos compartido crea espejismos que se disiparán cuando llegue la mañana.

Adrien la miró con curiosidad. Lo que habían compartido no se disiparía en unas horas. Para él no se disiparía en años, ni en toda una vida.

—Prométeme que esperarás mi regreso, que no te casarás con nadie que no sea yo, o me veré en la obligación de encerrarte en Bordesley Green para siempre.

Carol pensó que Adrien no era consciente de lo que decía.

—No —respondió muy decidida.

Carol era feliz porque le había hecho el amor de forma pasional, tierna, auténtica e inolvidable, pero...

Adrien parpadeó una vez.

—Carol, por favor.

Ella le puso un dedo en los labios para silenciarlo. La vida sería demasiado hermosa si él se quedara junto a ella. Si decidiera amarla por encima de su título, de sus obligaciones, pero no podía olvidar que seguía siendo el conde de Colsterworth y ella una plebeya.

—Prométeme que esperarás mi regreso —insistió él.

—Mi corazón es tuyo, pero mis decisiones no.

—¿Y esto que hemos compartido no te importa? —le preguntó.

La escuchó suspirar suave.

—Me has dado el más hermoso recuerdo que tendré de ti.

Adrien se había puesto mortalmente serio.

—Te quiero Carol Hemsley y estoy pensando en desertar.

Esa sola posibilidad le paralizaba el corazón. Además, Carol no era estúpida. Adrien tenía los sentidos obnubilados por las horas de pasión que habían compartido y sería capaz de cometer una estupidez, pero ella no. Y aunque tenerlo a su lado era el sueño de su vida, no podía mostrarse tan egoísta.

—Entonces te despreciaría porque el hombre que amo es íntegro, fiel, todo un caballero que jamás desatendería sus obligaciones, pero si deseas escuchar que te esperaré toda la vida para que cumplas con tu deber, entonces lo haré.

—Un espacio separa la frase: «no me desilusiones, con no me des ilusiones», por favor, piensa muy bien las palabras que me dices porque se acabaron las medias verdades entre los dos.

—Tienes que regresar a Greenwich —respondió ella con voz muy queda—, y yo no puedo ser un obstáculo.

Hizo un intento de reincorporarse, pero ella no se lo permitió. Lo sujetó por el brazo para retenerlo en la cama todo el tiempo que fuese posible.

—Desearía que hubiera una forma de poder quedarme en Nottingham contigo, de no tener que regresara a Greenwich —le dijo él.

Carol no quería escucharlo.

—No existe —lo corrigió—, y aunque existiera, no te lo permitiría.

—No voy a aceptar tu negativa.

Carol inspiró profundamente, luego soltó el aliento poco a poco. Era su forma de darse tiempo para ofrecerle una respuesta.

—Es mi decisión, Adrien.

Adrien le apartó un mechón de pelo y se lo colocó detrás de la bonita oreja. Aprovechó el momento para acariciarle la tersa mejilla con la yema de los dedos.

—¿No te importa lo que yo piense al respecto?

Carol lo observó con ojos entrecerrados. Memorizando cada rasgo firme del rostro amado. La había hecho la mujer más feliz del mundo. Se sentía enamorada. Viva. Dichosa hasta un punto inconcebible, pero tenía que dejarlo ir. Era plenamente consciente de que tenía que terminar su instrucción militar o se exponía a un consejo de guerra. Tenía que enfrentarse al silencio de su tío Derry.

—¿Cómo no va a importarme lo que pienses?, pero me importa más tu felicidad, y en esa felicidad no quepo yo.

Los ojos de él se oscurecieron, y a Carol se le antojaron dos tormentas furiosas y bellas que convergían entre sí hasta unirse y formar una sola.

—Sabes que regresaré a reclamarte explicaciones —reiteró él con voz profunda.

—Todas las que necesitas te las he ofrecido ya —admitió ella.

—Pero no es así como debe ser entre nosotros. Hay asuntos inconclusos que tenemos que aclarar con tus padres, con mi tío...

—Calla, Adrien.

Lo agarró por el cuello y lo atrajo hacia ella para besarlo de forma intensa, profunda, pero también mucho más sosegada.

CAPÍTULO 26

Royal Naval College, Greenwich

No había mayor fuerza en el universo que la voluntad, y la voluntad Carol era la más grande de todas. Por ese motivo, no se despidió de él. Después de amarse por última vez, Adrien se había quedado rendido y vencido por el sueño, cuando despertó horas más tarde, ella ya no se encontraba en Bordesley Green. Un halo de tristeza y de frialdad lo envolvió en las siguientes horas previas a su marcha. No había cenado ni desayunado. Se había limitado a coger el equipaje, a despedirse del servicio, y a montarse en el carruaje que lo llevaría a la estación donde tomaría el tren con rumbo a Londres. No miró atrás porque tenía que seguir mirando al futuro. Iba vestido con la misma ropa que trajo de Greenwich a Nottingham, y en su rostro se advertía las mismas sombras de antaño.

De nuevo había ocupado la alcoba que tenía asignada en la residencia. Había colocado las escasas prendas que traía en el pequeño armario, y, al hacerlo, extrañó la ayuda del mayordomo. Dejó la capa, el sombrero y los guantes sobre la mesilla, y se encaminó para ver a su tío que lo esperaba en sus dependencias privadas.

La comunicación esos meses había sido mínima.

Cuando su tío salió a recibirlo, se mostraba impaciente pues lo había esperado durante más de cincuenta minutos. Y parecía que en Greenwich el tiempo corría a menor velocidad que en el resto del mundo.

—Estás más delgado.

Adrien parpadeó para borrar el brillo decepcionado que asomó a sus ojos ante la observación, pero así era su único pariente vivo: frío, también calculador.

—Yo también me alegro de verte —y era cierto.

Quería a su tío de forma genuina.

Adrien se levantó para saludarlo. Un segundo después lo siguió hacia una de las dependencias privadas que ocupaba como almirante. Tomó asiento cuando se lo indicó. Durante los siguientes minutos, Derry Cameron Rawson se limitó a observarlo de forma concienzuda, como si quisiera penetrar en los rincones más escondidos de su alma. Cuando se sintió satisfecho con los resultados de su escrutinio, se permitió relajar la tensión de los hombros, aunque no suavizó el rictus severo de su rostro.

—La disculpa comienza sin saber lo que se va a decir, y se termina sin saber lo que se ha dicho —le dijo el tío—. ¿Es tu caso?

Adrien tomó aire y lo soltó con suavidad. ¿Su tío creía que le debía una disculpa?

—No hay motivos para que tenga que ofrecerte una disculpa por mi parte.

Había intentado suavizar el tono, pero mucho se temió que no lo había logrado.

—¿Has resuelto los asuntos que tenías pendiente?

Eso sonaba a utopía pues Adrien se había marchado de Greenwich con la mente llena de dudas, y regresaba con el corazón trabado en ellas. Pero en la casa de sus padres, y tras hacerle el amor a la mujer de su vida, había tomado una decisión trascendental, aunque no se lo había comunicado a ella. Había preferido no hacerlo hasta tenerlo todo solucionado.

—No mejoró mi ánimo conocer que había sido padre, y que me lo habían ocultado.

Derry apretó los labios.

—¿Debo felicitarte? —preguntó sin emoción en la voz.

—¿No tienes nada que decirme? —le espetó el sobrino de pronto.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

Adrien no era tan impulsivo como para ponerse a gritar, pero ganas tenía. La frialdad de su tío lo pilló por sorpresa.

—Hace diez años dejé embarazada a Carol Hemsley, y se me ha informado de que mi tío conocía ese hecho, y ahora te preguntó, ¿por qué te lo callaste?

Derry soltó el aire del interior de sus pulmones antes de responder.

—Dejaste embarazada a una plebeya que iba en busca de tu título —le reveló el tío—. Y me posicioné a favor de tus intereses.

Un silencio siguió a las palabras del tío, pero Adrien no pudo contenerse.

—Carol nunca ha ido en busca de mi título, es más, te informo de que lo detesta y que no desea casarse conmigo ni convertirse en la condesa de Colsterworth —Derry no supo cómo tomarse esa afirmación—. Pero desde ya te informo que estoy dispuesto a cambiar eso —concluyó.

—Nos guste o no, las escalas sociales están para diferenciarnos los unos de los otros, y fue censurable que olvidaras tus obligaciones como conde, y te dejaras llevar por caprichos sexuales que terminan a afectándonos a todos —lo censuró el almirante—. Como ese hijo concebido, y que de no estar muerto sería un bastardo.

—Sería bastardo si no tuviera intención de casarme con la madre — replicó el sobrino—. Y yo nunca permitiría que un hijo mío fuese bastardo.

—Pero no tienes ningún hijo, ¿no es cierto? —le recordó el tío.

—¿Qué fue de él, dónde está enterrado?

—Olvídalo, Adrien.

El noble sintió las palabras de su tío como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué lo olvide? —casi gritó.

—Aquello sucedió hace diez años, ya no existe hijo bastardo, sino una decisión mal tomada diez años atrás —Adrien se percató que su tío y él hablaban de sentimientos distinto—. Hay que seguir mirando hacia adelante.

Adrien no pudo evitar apretar los labios.

—Quiero enterrar a mi hijo en el panteón familiar de Bordesley Green, donde pertenece, junto a mi padre y a mi madre.

Derry terminó tragando con fuerza.

—Eso no va a ser posible —respondió el tío—. El niño nació muerto, y quedó a disposición de la ciencia.

Lo que su tío admitía era monstruoso.

—¿Con el permiso de la madre? —preguntó Adrien con ojos entrecerrados.

—Soy el único que puede ayudarte en tus decisiones como conde de Colsterworth.

Adrien inspiró fuerte porque estaba terriblemente enfadado.

—No tenías ninguna potestad para actuar en mi nombre —respondió Adrien al punto de crujir los dientes—. Y sobre mi carne.

Rawson entrecerró los ojos ante la corrección que le había dado su sobrino.

—¿Piensas terminar tu instrucción como militar? —el tío quería cambiar de tema.

Adrien mantuvo silencio durante un rato largo. Tenía grabado en la piel las horas de amor que había pasado con Carol. Tenía muy presente en su memoria la decisión sobre su hijo muerto que había tomado su tío. ¿Se podía estar más confundido sobre lo que quería?

—No —su respuesta fue categórica.

El rostro del tío se demudó.

—Entonces, te expones a un consejo de guerra —matizó el tío.

¿Acaso no era obvio? Se preguntó Adrien.

—Voy a regresar a Nottingham, y voy a casarme con Caroline Hemsley.

—Cometes un terrible error.

Adrien tomó aire antes de responder. Parecía que le costaba respirar, y no fue tan temerario de achacarlo al asfixiante calor que hacía en Greenwich en comparación con Nottingham, no, le costaba respirar porque su tío lamentaba todas y cada una de las decisiones que había tomado en su nombre.

—Estoy profundamente enamorado de Carol —confesó sencillo—. La amo desde que tenía dieciocho años, y quiero pasar el resto de mi vida a su lado.

Derry diseccionó la información paso a paso. Le parecía increíble que su sobrino se hubiera encaprichado de una mujer cuando tenía unas obligaciones que cumplir, no solo en el Ejército de Su Majestad, sino en el condado.

—Ella, ¿ha aceptado tu proposición de matrimonio?

—Todavía no se la he ofrecido, pero lo haré en el momento que regrese a Bordesley Green.

—¿Estás seguro de que te aceptará?

No, no lo estaba.

—Ya te he mencionado que detesta mi título, pero la haré cambiar de idea.

—Si te ama, no querrá que te enfrentes a un consejo de guerra por no terminar tu instrucción.

—Mi título de conde debería servir para algo, en este caso para eximirme de terminar mi instrucción militar.

Esas palabras descolocaron al tío.

—Tu padre fue un marino con una reputación intachable, ¿deseas mancillar su honor desertando? —se atrevió a preguntarle.

Adrien no había pensado en eso.

—A mi padre le importaría más mi felicidad que su reputación.

Derry estaba realmente sorprendido. Su sobrino no parecía el mismo hombre de unos meses atrás. ¿Tanto podía cambiar una persona? Se preguntó.

—Te queda muy poco tiempo de instrucción para ser nombrado teniente de navío, téminala, y prometo no volver a inmiscuirme en tu vida.

Adrien pensó que resultaba curioso que su tío le ofreciera eso cuando estaba claro que él jamás iba a permitir una intromisión más por su parte. Ante la duda del sobrino, lo empujó un poco más.

—Mientras terminas tu instrucción, prometo hacer averiguaciones sobre donde está enterrado el hijo de Caroline Hemsley.

Adrien se debatía. No quería ser arrestado y acusado de deserción, le

quedaba muy poco tiempo para acabar en la marina, pensó, dudó, finalmente aceptó.

—Cuando sea nombrado teniente, regresaré a Nottingham y me casaré con Carol Hemsley —Derry soltó un suspiro de alivio—. Te agradezco que te tomes la molestia de ayudarme a encontrar a mi hijo.

El tío parpadeó debatiéndose entre el escepticismo y la incredulidad.

—No puedo garantizar que encuentre la información pues ha pasado demasiado tiempo.

Adrien hizo varias inspiraciones al mismo tiempo que cruzaba las manos.

—Sí, las encontrarás —matizó mortalmente serio—, y hay de ti si no logras saber qué fue de mi hijo.

Derry lo miró con los ojos entrecerrados.

—Cada decisión que tomamos tienen un precio, Adrien —respondió seco—, y, en esta conversación que hemos mantenido, has tomado unas cuentas que te perjudican.

Adrien echó el cuerpo hacia atrás para apoyar el peso en el respaldo de la silla. Se tomó las palabras de su tío como una especie de castigo.

—Seguir tu consejo de ingresar en el ejército ha sido la más perjudicial de todas.

Derry no hizo gesto alguno.

—Algún día me agradecerás todo lo que he tratado de hacer por ti —reafirmó rotundo.

—Parece una amenaza —aseveró duro.

—¿Por qué motivo desde que has regresado a Greenwich ves en cada acción o palabra de mi parte una amenaza?

—Porque desconfío de ti —respondió franco.

Derry decidió guardar silencio.

CAPÍTULO 27

Dos semanas, dos malditas semanas había estado Adrien en alta mar. Si la paciencia era la clave para conseguir todo lo que uno deseaba, estaba claro como el agua que no era el caso de Adrien que seguía esperando una carta de Carol, o un telegrama de Niall, pero lo que nunca habría esperado, era la visita sorpresiva de Dylan a Greenwich. Nada más poner un pie en tierra, le había llegado la información. Se hospedaba en una posada muy cerca, y aunque le había dejado varias notas para encontrarse con él en la taberna Gower, a solo media milla de distancia, Adrien no había podido escaparse de sus obligaciones, sobre todo porque había estado navegando en el Northampton, el buque insignia de la armada.

Ahora se sentía dividido con respecto a su encuentro con el amigo de toda la vida. Por una parte ansiaba conocer detalles sobre Carol, y por otro despreciaba su implicación y su posterior huida tras el atentado de Nottingham. Miró el reloj de su bolsillo y comprobó que llegaba tarde. La reunión con su tío Derry le había llevado más tiempo del que pensaba, y ahora tenía que cruzar de nuevo la plaza y el edificio mayor.

—¡Adrien! —reconoció la voz.

Tuvo que inspirar de forma profunda antes de darse la vuelta y enfrentar el rostro de Dylan.

—Me dijeron dónde podría encontrarte —le dijo el amigo.

Encontrar a un hombre concreto en la Royal Naval College equivalía a encontrar la aguja en el pajar.

—Qué sorpresa verte por aquí —en verdad que estaba sorprendido.

La plaza central estaba llena de militares y cadetes, sin embargo, para los dos hombres que se miraban, uno con precaución, el otro con cólera, era como si estuvieran ellos dos solos.

—Me ha costado mi tiempo —respondió—. Los escalones han sido muy empinados: el instructor Matthew, el sargento Lewis, el teniente Poole, y finalmente el almirante Rawson, que me sometió a un interrogatorio digno de Scotland Yard antes de indicarme dónde podría localizarte —Adrien no le encontró la gracia a la similitud—. ¿Podemos tomarnos un café?

Lo pensó durante un instante porque Dylan le provocaba unos sentimientos extremos.

—Está bien, no tenemos que alejarnos mucho.

El café elegido no resultó una buena elección porque estaba abarrotado

de cadetes, por ese motivo tuvieron que salir de la escuela militar, y adentrarse en el Cutty Sark, un pequeño establecimiento que resultaba desconocido para los cadetes pues estaba demasiado escondido. Al sitio solo acudían oficiales. El pequeño mesón solo tenía tres mesas. Ellos ocuparon una, las otras dos siguieron vacías.

—Un lugar imposible de encontrar —admitió Dylan.

—¿Habías estado alguna vez en Greenwich? —preguntó Adrien.

—Es la primera vez, y resulta abrumador.

Dylan pidió una cerveza, Adrien, un té con limón. Se mantuvieron en silencio el tiempo que el anciano propietario les servía lo pedido, además les dejó sobre la mesa un pequeño cuenco con galletas de avena y jengibre. Cuando regresó de nuevo a su puesto tras el largo mostrador, Adrien ya se había preparado mentalmente para el encuentro inesperado.

—He venido hasta Greenwich para pedirte un favor.

Adrien entrecerró los ojos escéptico

—La Royal Navy College no es lugar para anarquistas.

La exclamación ahogada de Dylan se la tomó como una pequeña revancha.

—Directo al corazón sin fallar un milímetro —protesto el amigo.

Dylan no se esperaba esa animadversión del que creía su amigo incondicional.

—Tenía que dejar ese punto muy claro —matizó Adrien.

—Y créeme que lo has dejado —Dylan se tomó su tiempo antes de continuar con la solicitud—. Estoy preocupado por mi madre —observó un leve destello de interés en el otro—. Por Carol, también por el arresto de mi padre.

Adrien ignoraba que Niall estuviese arrestado, pero era una conclusión lógica ante la conveniente desaparición de su hijo. También explicaba el motivo por el cual no había respondido a sus telegramas.

—Estoy preocupado por ti, por todo lo que has vivido desde que llegaste a Nottingham.

Adrien soltó el aire de forma abrupta. La declaración lo había pillado con la guardia baja. Observó al amigo de su infancia de forma minuciosa. Evaluándolo, y recordó con vivida claridad su implicación con los anarquistas de Passannante.

—Amigo, te quedaron riquísimas las mentiras, ¡por poco me las trago todas!

Era de esperar que tras la actuación de Dylan en Nottingham Adrien no lo creyera capaz de un sentimiento tan altruista como la preocupación por nadie.

—Tienes que regresar a Bordesley Green —dijo de pronto Dylan.

Un silencio largo y pesado se instaló entre los dos hombres.

—¿Qué interés esconde tu sugerencia? —Adrien había sido condescendiente porque Dylan no había sugerido sino ordenado que regresara.

—Mi madre se muere, y quiere verte por última vez —los ojos del noble parpadearon confusos—. Se muere de pena —concluyó el amigo.

—No hace falta que adivine quién le ha dado motivos para ello.

—Yo no puedo regresar a Nottingham.

—Obvio ante lo que hiciste, pero sería lo justo.

—No le temo a la justicia.

—¿Y a quién le teme, Dylan Hemsley? —preguntó con sorna mal disimulada.

—No puedo decírtelo.

Adrien se estaba cansado de sus excusas.

—Si no tienes intención de ser franco conmigo, entonces ya tengo una buena excusa para marcharme.

Se levantó de la silla dejando su té intacto. Dylan lo sujetó del brazo para impedirsele.

—Son gente peligrosa.

—¡Un lobo denunciando al pastor! —el sarcasmo de Adrien provocaba escoceduras—. No esperaba esto de ti.

—Estoy pagando con creces los errores que he cometido en mi vida.

—¿Y acaso esperabas un desenlace diferente? ¿No te enseñaron tus padres a no jugar con fuego porque podías quemarte?

—Creo que no es momento para ironías.

Adrien volvió a tomar asiento. Apartó la taza hacia el centro de la mesa porque estaba a punto de lanzársela a la cabeza.

—Solo me quedaré a escucharte si me das tu palabra de que cogerás el primer tren hacia Londres, y te entregarás a la justicia.

—No serviría de nada —el rostro de Dylan se descompuso—. Sigo creyendo en la causa, pero me pesa en la conciencia los daños colaterales.

Adrien hizo algo completamente inusual, dio un puñetazo en la mesa y las tazas volaron sobre los platos. El café terminó derramado sobre la pulida madera.

—Eran seres humanos, inocentes en las políticas extranjeras.

Dylan lo miró con fijeza. Adrien le sostuvo la mirada sin un parpadeo.

—Me pesa tanto la soledad, que hasta mis palabras sienten la necesidad de suicidarse.

—No tiene ninguna gracia que banalices con la palabra suicidio.

Adrien estaba muy molesto, y para cualquiera que lo observara, se sorprendería. El traje militar lo hacía parecer tranquilo, pero su mirada estaba muy lejos de mostrar a un hombre pacífico o tolerante.

—¡Necesito que vayas a Nottingham! —exclamó Dylan con tormento.

—¿Necesitas... tú, necesitas? Esto es el colmo de la estupidez.

—Eres el único al que puedo acudir.

Adrien tomó aire varias veces porque se sentía demasiado alterado. A pesar de que había levantado la voz, el dueño no se había dado por enterado.

—¡Lástima de ti cuando el único hombre al que puedes acudir te desprecia!

Dylan bajó los ojos visiblemente afectado por las duras palabras.

—El rencor está de más en un amigo.

Que le restregara su afecto fue la gota que colmó el vaso.

—Soy un hombre pacífico por naturaleza, pero olvidas este hombre tiene el derecho de despreciar lo que crees, mucho más tus actos.

—Pero no castigues a mi familia por mis pecados.

—Que me acuses de algo tan ruin... —Adrien no terminó la frase.

Ambos se quedaron en silencio mirándose el uno al otro. La tensión entre los dos había aumentado hasta niveles alarmantes, pero ninguno apartó la mirada. Adrien se dio su tiempo para observarlo mejor. Dylan había perdido mucho peso. Tenía profundas ojeras bajo los ojos. El brillo alegre de sus ojos castaños había desaparecido, y entonces se dio cuenta que lo había perdido hacía mucho tiempo. Ya no lo tenía cuando regresó a Nottingham. Llevaba los hombros caídos, como si una tonelada lo fuera aplastando poco a poco.

Sin lugar a dudas la culpa era un purgante severo.

Dylan clavó la mirada en la figura de Adrien. Había cambiado mucho. Siempre había sido afable, tranquilo, no obstante, en ese momento le ofrecía una mirada de desdén que la sentía como una puñalada directa al corazón. Debía asumir sus actos. Sobrellevar la culpa, y solo conocía un medio para limpiar el nombre de su familia, pero necesitaba que él regresara a Nottingham para conseguirlo. Era su última esperanza.

—Por favor, regresa a Bordesley Green. Solo durante un par de semanas.

Adrien sentía curiosidad por saber por qué lo instaba a marcharse, si

bien no iba a preguntárselo. Quería poner punto final a la conversación.

—No puedo —fue su cáustica respuesta—. Cuando me marché hace meses estaba a punto de terminar mi instrucción militar. He tenido que recuperar el tiempo perdido, por ese motivo no puedo marcharme de nuevo a Nottingham—Dylan bajó los ojos—. Y aunque pudiera, no lo haría. Un hombre como tú no merece ninguna concesión de un hombre como yo.

—No te pido nada para mí —le aclaró—. Lo hago por mi familia.

—¿Ahora te preocupas por tu familia? —preguntó hiriente—. Pues traes mal puesto el abrigo de cariño —le espetó sin compasión.

—No tengo forma de convencerte con palabras, ¿verdad?

Adrien valoró guardar silencio, pero al menos le debía una pequeña explicación de lo que le había hecho sentir con sus acciones.

—Te muestras demasiado arrogante si crees por un momento que puedes manipularme.

—Eres mi amigo —le respondió—, jamás te manipularía.

—Tengo un concepto sobre la amistad muy diferente al tuyo.

—¿Vamos a seguir discutiendo por matizaciones? —Adrien no sentía ninguna gana de hacerlo, pero estar sentado frente a él lo ponía de muy mal humor—. Tengo en mi poder unos documentos que necesito que le entregues a mi padre.

Las cejas de Adrien se alzaron.

—Puedes enviárselos con un mensajero.

Dylan negó tajante.

—Son demasiado importantes y pueden caer en manos equivocadas.

—Entonces, entrégaselos tu.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué?

Dylan hizo un gesto de impotencia con la mano.

—Debes confiar en mí.

Adrien creyó que bromeaba.

—¿Confiar en un anarquista?

—No soy ningún anarquista.

—Joder que estoy a punto de golpearte —le reprochó con dureza.

—Necesito paz, y para ello necesito a mi amigo.

—No voy a regresar a Nottingham —insistió, pero Adrien se desdijo—, a menos que me acompañes.

Las pupilas de Dylan brillaron al escucharlo. Al fin obtenía un poco de

cooperación por su parte. Y pensaba regresar con él, aunque Adrien no tenía modo de saber cómo iba a hacerlo.

—Iré contigo —Adrien echó la espalda hacia atrás al mismo tiempo que entrecerraba los ojos. No estaba seguro de haber escuchado bien—. Tienes mi palabra de que regresaré contigo a Nottingham si aceptas llevarle unos documentos a mi padre.

—¿Por qué deseas que se los entregue yo?

—Porque mi padre confía en ti, porque yo confío en ti, porque eres un hombre en quien se puede confiar.

Adrien se tomó un tiempo en analizar las palabras de su amigo. Le parecía ilógico que saliera en ese momento con una soflama sobre la confianza.

—¿Qué contienen esos documentos?

—Información valiosa que limpiará el nombre de mi padre. —Entre los dos hombres se suscitó un silencio precavido—. ¡Te juro que iré hasta Nottingham contigo!

¿Por qué motivo le parecía que la exclamación de Dylan estaba dicha con otra intención?

—Está bien —aceptó al fin—. Los dos regresaremos. Le entregaré los documentos a tu padre, y trataré de ayudar a tu madre y a tu hermana.

Dylan soltó un suspiro largo y profundo. La parte más difícil estaba superada.

—Perdóname, Adrien —dijo de pronto—. Tienes que perdonarme.

Nuevamente no sugería sino que ordenaba.

—El perdón es algo entre tú y Dios, déjame fuera de esto.

—Está bien —dijo el otro—. Haré planes para regresar contigo.

Y Dylan ya no dijo nada más. Se quedó observando a su amigo como si lo viera por última vez. Adrien se sentía incómodo, pero no lo demostró. Minutos después se despidieron.

CAPÍTULO 28

Un amigo es esa persona que te tiende su mano aunque el otro no lo merezca, por eso Adrien había aceptado regresar con Dylan. Y por primera vez en su vida, discutió con su tío de forma agria. El motivo había sido su intención de regresar a Nottingham pocos meses después de volver a Greenwich. Había dado su palabra de que terminaría su instrucción, pero Derry no lo creía. Le faltaba un solo viaje en el Northampton. Sería teniente, y terminaría su instrucción, pero los nuevos planes de su sobrino podrían echar al traste todo el esfuerzo realizado. La relación entre ambos se había enfriado. Se evitaban, si en algún momento coincidían.

Y el tiempo pasaba para Adrien muy lento.

Hacía dos días que había mantenido el encuentro con Dylan, y el regusto amargo de la conversación, todavía perduraba en su garganta. No le había mencionado nada a su tío porque hacerlo solo incrementaría el enfado entre los dos.

Adrien retrasaba su embarque de nuevo en el Northampton, con todo tipo de excusas, pero se le estaban agotando. Pensaba en Carol a todas horas, en todo lugar.

«¿Qué me has hecho, Carol?», se preguntó en un intento de razonar su inquietud. Aunque tenía que ser sincero y admitir que lo que sentía en su interior era provocado por su constante insatisfacción. «¿A quién crees que engañas, iluso?», se recriminó así mismo.

En esos momentos se encontraba encerrado en su estancia privada en un ir y venir de pasos anárquicos que lo descentraba todavía más. Se pasó la mano por la base de la nuca porque sentía una presión inusual: una tensión que le provocaba dolor de cabeza. «Ya no soporto estar aquí», admitió cabizbajo. Paró sus pasos y miró a través de la ventana mientras pensaba que todo su mundo había cambiado por completo: había perdido a Peter. Estaba profundamente enamorado de Carol, y había llegado a detestar a Dylan porque no podía comprender sus actos.

«¡Voy a volverme loco!»

Unos golpes en la puerta lo obligaron a dejar de mirar a través de los cristales para clavar sus pupilas en la hoja de madera cerrada. Durante unos segundos pensó que lo había imaginado, pero, de nuevo, los golpes sonaron con insistencia. Caminó tres pasos y abrió la puerta. A cada lado de su tío había dos agentes de Scotland Yard. El rostro de Derry Rawson era un cúmulo

de malos agujeros, y por ese motivo un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Lord Rawson? —preguntó uno de los agentes.

Su tío seguía en silencio, aunque se había hecho a un lado para permitirle a los agentes más espacio.

—Soy yo.

—Debe acompañarnos —dijo otro.

Derry se giró hacia ellos, y levantó una mano como si tratara de detener la conversación.

—Permítanme que hable con mi sobrino un momento a solas.

—Esperaremos aquí —aceptó uno de los agentes.

Adrien le permitió el paso hacia el interior del dormitorio. Derry cerró la puerta tras él.

—Ha surgido un problema —lo miró sin comprender—. Se trata de tu amigo Dylan Hemsley.

Adrien sintió que se le helaba el corazón. ¿Lo habrían detenido? ¿Había huido de nuevo?

—Tenía previsto viajar con él a Nottingham —confesó en voz baja.

Derry se tomó su tiempo en responder. Miró a su sobrino de forma intensa, valorando cómo se tomaría la noticia horrible que tenía que darle.

—Dylan Hemsley ha muerto. —Adrien dio un paso hacia atrás al mismo tiempo que parpadeaba estupefacto—. Lo encontraron en la habitación de la posada donde se hospedaba.

Trató de respirar profundamente porque se ahogaba. Hacía apenas unos días que había mantenido una conversación con él, y planeado un viaje a Nottingham. ¿Qué diantres había ocurrido para que estuviera muerto?

—¿Ha sido un accidente? —era lo único que se le ocurría preguntar en ese momento.

Derry hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente, y Adrien soltó una exclamación fuerte.

—Tienes que acompañar a los agentes pues tendrás que identificar el cadáver.

Sintió que se le secaba la boca, que se le retorció el estómago, y le sudaban las manos con el típico sudor frío del miedo.

—¿Por qué yo? —Adrien pensaba en Hannah y en Carol.

—Encontraron una carta de suicidio donde te menciona.

—¿Cómo...? —Adrien no pudo continuar la pregunta.

Pero no hizo falta que lo hiciera porque su tío lo había entendido

perfectamente.

—Se tomó una cantidad ingente de láudano, tanto, que ya no se despertó.

—¿Cuándo...? —de nuevo la voz se le entrecortaba.

—Ayer, a media tarde.

Adrien tomó distancia entre su tío y él. Necesitaba pensar en un motivo válido para el suicidio, pero no podía comprenderlo. Y el dolor del pasado regresó con una fuerza brutal. Peter se había suicidado, Dylan se había suicidado. No pudo evitar que sus hombros se convulsionaran. La noticia era demoledora. Habían discutido agriamente. Lo había insultado, criticado, y ahora estaba muerto.

—Te ha dejado esto —su tío le extendía un sobre blanco.

«¡No! ¡Otra vez no!», se lamentó en un quejido que no llegó a salir por su boca. Adrien se sentía terriblemente culpable pues no había querido escucharlo. Incluso ahora que estaba muerto, seguía enfadado con él.

—Tienes que cogerlo —lo instó el tío.

Se negaba porque Peter le había dejado un potente veneno en forma de diario que le había emponzoñado el alma. No podía permitirlo de Dylan, aunque finalmente hizo caso a su tío, y tomó el sobre con mano temblorosa.

—Los agentes y yo te esperaremos fuera —el noble no pudo hacer ningún gesto—. Tómame el tiempo que necesites.

Adrien no escuchó las últimas palabras de su tío. No se percató del momento en que la puerta se abrió y se cerró. Del silencio que lo envolvió como un sudario. Le costaba hilar los pensamientos. Sentía palpitaciones en la sienes, y una angustia auténtica. Miró el sobre y se lo pasó de una mano a la otra como si le quemara los dedos. Tragó la saliva espesa, y lo rasgó por una esquina. Sacó la hoja doblada y enfocó la vista porque lo veía todo borroso.

«Mi querido y único amigo. Perdóname, perdóname, perdóname». — Cuando leyó esas palabras, los ojos de Adrien se llenaron de lágrimas—. «Hay nudos en la garganta que ahogan mucho más que el agua: como el que siento yo mientras escribo estas palabras. Sonrisas que por dentro son muecas, como las que te ofrecí el otro día. Risas que solo son llanto disfrazado, y amigos como tú, que solo dicen la verdad. ¡Perdóname! Hay cosas que nunca podrás entender sobre mis decisiones, aunque confío en que nunca tengas que pasar por el purgatorio que pasé yo para hacerlo. Estaba equivocado. Estaba ciego. Me pudo la soberbia. Soy consciente que, ni en un día se quiere, ni en dos se olvida, y por eso, por favor, no me recuerdes con rencor porque nunca

más volveremos a vernos. No puedo explicarte mis acciones, ni qué me motivó a ellas, simplemente puedo confesar que siempre he estado enamorado de los tréboles de Inglaterra y no de sus raíces, por eso cuando llegó el otoño y se marchitaron las hojas, no supe que hacer. Y en ese momento jugaste un gran papel. Eres de las personas necesarias en mi vida, tenías que zarandearla y enseñarme un gran lección que aprendí, aunque tarde. Por eso, cuando te fuiste, me sentí perdido, y para no seguir en la oscuridad que dejaste tras tu marcha, me enredé en una situación que ha destrozado, no solo mi vida, también la de mi familia. Me he equivocado muchas veces, pero esta ha sido la peor. ¡Perdóname! Prometí que regresaría contigo a Grasmere, y esta es mi manera de hacerlo. Como no puedo soportar el peso de mi conciencia, como no puedo mirar a mi familia a la cara, he decidido acabar con mi vida de una forma más digna de la que merezco. Y no me da miedo el infierno porque allí debo estar: con gente inicua como yo. Adrien, de corazón, perdóname. Perdóname. ¡Perdóname!».

La carta tembló entre sus dedos que los sentía helados a pesar de que, en la estancia, la temperatura, era muy agradable. Las líneas negras se desdibujaron delante de sus ojos. Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza pues se sentía incapaz de pensar con coherencia o de tomar una decisión. Pensó en Carol, y tragó con fuerza. A Niall y Hannah les esperaban tiempos muy duros.

Su tío tocó la puerta de forma suave. Adrien se obligó a avanzar para abrirla.

—Estoy preparado —pudo decir aunque con un hilo de voz.

Nunca una afirmación había carecido tanto de peso. Derry se percató del rostro pálido de su sobrino, del leve temblor de sus hombros, y de la mirada perdida que le dedicó. Que sus dos amigos hubieran decidido suicidarse, le pareció al almirante macabro.

—Acompáñenos —dijo uno de los agentes.

Adrien asintió de forma leve.

Derry Cameron Rawson los vio alejarse. Su sobrino no volvió la vista atrás. Siguió a los agentes con paso firme. Cuando el trío comenzó el descenso por las escaleras hasta la planta inferior, Derry soltó un suspiro largo y cansado. Había visto algo inquietante en la mirada de su sobrino que lo había alarmado. Valoró mantener una conversación con él de forma larga y personal. Necesitaba conocer sus pensamientos sobre lo que le había sucedido a

Hemsley, y lo que pensaba sobre el suicidio de sus dos amigos.

Derry hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente. Mucho se temía que su sobrino se enfrentaba a una prueba dura, la más difícil de su existencia, y temió no estar a la altura para ayudarlo. La mirada... la mirada le había dicho tantas cosas. Supo que su sobrino había tomado una decisión trascendental, y que nada ni nadie le haría cambiar de opinión.

Derry lamentó su intromisión porque había tomado decisiones por él. Ahora veía claro que su sobrino no tenía madera de militar, que había ingresado en la Royal Naval College para complacerlo. Mucho se temía que él había tenido una participación activa en la desgracia de su sobrino, pero todavía podía compensarlo.

Adrien regresó mucho tiempo después. Había decidido no enviar un telegrama a Nottingham para dar la mala nueva. Con Niall detenido y Hannah en el hospital, la única que podría hacerse cargo del entierro de Dylan era Carol.

Rellenó varios formularios legales, también el documento oficial necesario para ocuparse de la repatriación del cadáver, una vez que se le hubiera practicado el examen post mortem. El ataúd tendría que viajar en el tren, pero Adrien lo pensó mejor, contrataría un carruaje de seis caballos donde llevaría el féretro de regreso.

El regreso de ambos estaba previsto para primera hora de la mañana.

Recogió las pocas pertenencias que había de su amigo en la posada, y las llevó a su habitación de la residencia. Una vez allí, depositó la pequeña maleta de viaje junto a la pared. No había encendido la lámpara de gas, no hacía falta porque quería estar en completa oscuridad. Había identificado a Dylan aunque no parecía el mismo. El rigor mortis lo hacía parecer un muñeco de cartón: era como si le hubieran sacado hasta la última gota de sangre, y se compadeció de él y de la decisión que había tomado de terminar con su vida creyendo así que atajaba el camino hacia el arrepentimiento.

Durante las siguientes horas, Adrien meditó mucho en sus sentimientos. En lo que sentía tras esos dos golpes que había recibido. «¡Son tres inútil!», se dijo incapaz de sentir algo que no fuera desesperación. Carol había resultado el segundo golpe mortal en su vida, bueno, ella no, el hijo muerto de ambos. En solo unos meses, había perdido dos grandes amigos que le habían aportado muchos momentos inolvidables, y de repente, se convenció todavía más que no

quería perderla a ella.

En Bordesley Green había tomado una trascendental decisión: regresar con el amor de su vida. Por fin sintió que su corazón se aligeraba. Percibió que el peso que había estado sosteniendo todos esos meses, se evaporaba. Y la muerte de Dylan le había dejado claro lo efímera que era la felicidad.

«¡La amo! ¡Me ama! ¿Por qué motivo no deberíamos estar juntos?».

Con esa resolución se levantó del lecho y tomó una capa negra del armario. Se la puso sobre los hombros y se dispuso a mantener unas palabras con su tío. Una conversación que debía de haber mantenido hacía muchísimo tiempo.

Abrió la puerta y la cerró tras él. La distancia hasta las dependencias privadas del almirante Rawson no estaban muy lejos.

CAPÍTULO 29

Como todos los actos tienen consecuencias, hay que soportarlos pacientemente, se dijo Adrien mientras abría la puerta del despacho de su tío. Le había sorprendido mucho que lo citara a primera hora de la tarde. Derry Cameron Rawson estaba de espaldas a la ventana. Tras ella se podía observar parte de la plaza. El escritorio estaba perfectamente ordenado. Nada estaba fuera de lugar.

—Gracias por venir —le dijo el tío.

Adrien no se sorprendió por la respuesta a una pregunta que no había formulado.

—Tengo que comunicarte algo muy importante.

El tío se giró de golpe, y lo miró con tristeza.

—Nada es más difícil, y por lo tanto más precioso que ser capaz de decidir. Me alegro de que lo hayas hecho ya sea en un sentido o en otro.

Su tío no se andaba por las ramas se dijo Adrien.

—Siempre creí que las decisiones rápidas son decisiones inseguras, pero te aseguro que esta no lo es —el tío soltó un suspiro largo—. Nunca supe hacia dónde iba, hasta que llegué —confesó el sobrino sin moverse del sitio.

Adrien estaba plantado frente al escritorio. Tenía la postura erguida. Los brazos cruzados al pecho en una actitud que parecía retadora, aunque no lo era.

—Toma asiento, creo que lo necesitas —lo invitó Derry.

—Gracias.

El sobrino aceptó la sugerencia, y los dos hombres se sentaron uno frente a otro.

—No estoy seguro de lo que te deparará el futuro —le dijo el tío—, pero debo aceptar que es tu elección. De ahora en adelante me aseguraré de que cada una de mis acciones no perjudiquen las tuyas.

Adrien había comprendido sus palabras.

—¿No más sin intromisiones?

—En el pasado actué para protegerte, aunque estuviera equivocado.

—Lo estuviste —lo reprobó—. Caroline Hemsley necesitaba nuestra ayuda, me necesitaba a mí, y no estuve ahí para protegerla, ni para cuidarla.

Ese era un reproche que el tío se merecía.

—Te quiero, sobrino. Eres mi única familia, y mi único afán ha sido protegerte a ti y a tu legado.

Eso no podía reprochárselo.

—Mis decisiones, equivocadas o no, me corresponden en exclusiva —la advertencia había resultado muy sutil—. Y tengo que informarte de que he tomado dos.

Derry suspiró.

—No veas en mis actos una forma de perjudicarte, porque no es cierto.

Adrien había tenido mucho tiempo para pensar, y para tomar una decisión sobre su vida.

—Mi primera decisión es que dejo la vida militar. No voy a ser marino como mi abuelo, y mi padre. Tengo que dejártelo muy claro para que no tengas ninguna duda.

Derry se tomó su tiempo antes de responder.

—Es una decisión que respeto.

Pero Adrien no había sacado toda al artillería.

—La segunda decisión es que voy a casarme con una plebeya —continuó sin dejar de mirarlo—. Y vas a ayudarme a que mi matrimonio no se considere morganático. Mis hijos serán mis herederos, mi primogénito heredará mi título.

Derry suspiró profundamente.

—A veces, un hombre sabe cuándo sus consejos no son necesarios, y por eso te ayudaré todo cuanto esté en mi mano para que lo logres.

Esas eran las palabras que Adrien quería escuchar.

—Carol conocía lo que había en mi corazón mucho antes de que yo lo descubriera, y por eso me ama desde los dieciséis años, ¿qué hombre tan afortunado puede despreciar el regalo de un amor único y verdadero?

—Solo quise protegerte —se justificó el tío.

Adrien tensó la espalda.

—¿Dónde está enterrado mi hijo? —el tío lo miró solemne—. Voy a llevarlo a Bordesley Green para que su madre pueda llorarlo como se merece.

Derry se recostó hacia atrás en el sillón. Cruzó una pierna sobre la otra en actitud muy pensativa.

—Solomon Payne vino aquí para hablar conmigo —Adrien entrecerró los ojos y no apartó la mirada del rostro de su tío—. Me contó lo que había sucedido entre la joven Caroline Hemsley y tú.

Ahora respiró profundamente.

—Carol me dijo que fuiste a visitarla.

El tío no apartaba la mirada del rostro de su sobrino.

—Lo hice, y mantuve una larga conversación con ella —Adrien no sabía qué esperar de la confesión que estaba a punto de escuchar por parte de su tío—. Después de nuestra conversación se puso de parto.

Adrien no sabía hacia dónde mirar porque cada palabra le suponía un sufrimiento inaudito.

—¿Fuiste el causante?

El tío lo miró perplejo.

—¿De provocar su parto? —el militar lo miró asombrado—. No, la muchacha estaba cumplida, y esperé el alumbramiento.

Adrien tragó la saliva con fuerza.

—Continúe —lo animó el sobrino.

—Tuvo un parto complicado porque era muy joven, estaba asustada, y la culpa pesó en su ánimo de una forma alarmante —Adrien quería que continuara—. Vi a tu hijo, lo sostuve entre mis manos, pero no sobrevivió, o eso al menos fue lo que me dijeron.

El corazón de Adrien se detuvo en una pausa dolorosa.

—¿Qué tratas de decirme?

—Tras tu regreso de Bordesley Green, comencé a hacer indagaciones sobre tu hijo, sobre su fallecimiento, dónde estaba enterrado. Y he descubierto algo que me ha dejado el alma en suspenso.

—¿¡Qué!?! —preguntó y exclamó al mismo tiempo.

—Creo que sobrevivió...

El tiempo se había detenido. El corazón se le salía del pecho. Creía que no había oído bien.

—¡Tío, por San Jorge! —la voz le salió atormentada.

—Envié a un detective amigo mío para que hiciera indagaciones, y ahora creo saber dónde se encuentra.

Adrien se levantó de la silla como un resorte. Se inclinó sobre el escritorio y a punto estuvo de coger a su tío por las chorreras de la chaqueta militar.

—¿Dónde! —el tío no respondió—. ¿¡Dónde!?! —insistió.

—El comandante Matthew es mi hombre de confianza, te acompañará a Halesowen.

Halesowen era una población situada cerca de las ciudades de Nottingham y Coventry.

—¿Mi hijo está allí?

—Es la información que me han suministrado, pero ten cuidado.

—¿Cuidado?

—Es un niño de nueve años integrado en una familia que lo quiere.

Adrien sentía ganas de golpear algo. Sentía dicha por el descubrimiento. Sentía miedo porque no sabía cómo actuar, y sentía ira hacia su tío porque con su silencio le había arrancado un trozo de su carne.

—¿Y de quién es la culpa, maldita sea?

Unos golpes en la puerta detuvo la respuesta del tío. Era el comandante Matthew: un hombre de baja estatura y de recio cuerpo.

—Comandante Matthew, le presento a mi sobrino lord Rawson, conde de Colsterworth.

El oficial le tendió la mano respetuoso.

—Milord, tenía ganas de conocerlo —le dijo—. Derry habla muy bien de usted.

—Es un placer —lo saludó con cortesía.

—Deseo que este asunto se lleve con total discreción —pidió el almirante.

El oficial no hizo ningún comentario. Instó a Adrien para que lo siguiera, Adrien lo hizo ansioso. La distancia entre Halesowen y Greenwich era considerable, pero a él no le importaba.

Hacía poco que había descubierto que tenía un hijo, que había muerto al nacer, y que milagrosamente podía estar vivo. ¿Podía un corazón humano soportar tanta incertidumbre?

—No sabemos lo que vamos a encontrarnos —Adrien trataba de mantener el paso del oficial—. Por eso su tío ha confiado en mí.

—¿Por qué ha confiado en un militar y no en un juez o agente de la ley? —inquirió.

El oficial inspiró de forma larga y profunda.

—Porque el niño vive con una familia militar, conozco al padre pues es tío de un amigo y compañero de armas —Adrien estaba más sorprendido todavía—. Un consejo, lord Rawson —Adrien lo miró con atención—. No tenemos forma de saber si se trata en verdad de su hijo, déjeme a mí que trate el asunto, y lo resolveré, se lo prometo.

Adrien no le prometió nada.

Hicieron todo el viaje en completo silencio, y cuando llegaron a la casa del coronel Cradley, para nada esperaba lo que encontró. Eran una familia con ocho hijos, varios perros y gatos, un par de loros, y una cuadra llena de ovejas. El posible hijo de Adrien y Carol, era el que hacía el número seis. El

niño era muy delgado y alto. El pequeño dormía en la parte superior de una estrecha litera junto a cuatro hermanos, y el corazón de Adrien sufrió como nunca en su vida.

Los Cradley no eran una familia pudiente, pero se podía observar el cariño que existía entre ellos.

Pensar en el pequeño Lawrence, que así se llamaba el chico, le hizo recordar a Carol: ojos grandes y verdes, cabello rubio, y mirada desconfiada. Evocarla le provocó un malestar interior que fue en aumento a medida que pasaban las horas. Tenía que regresar a Bordesley Green, tenía que reunir a un hijo con su madre, pero el papeleo para lograrlo resultó inmenso y su impaciencia un obstáculo. Tras conocer que el niño había sido adoptado en Sta. Marguerite Abbey en Sussex, Adrien supo que era suyo, suyo y de Carol. El amor que sintió fue inmediato y su desesperación inmensa. Esa misma tarde se puso en contacto con un bufete de abogados en Sussex para que llevaran su caso, mientras él llevaría de regreso a Nottingham el cuerpo de Dylan para ser enterrado. Ya había enviado un telegrama a Grasmere anunciando el fallecimiento.

Cerró los ojos y se recostó en el mullido sillón del carruaje de alquiler. Había corrido las cortinillas porque no quería ver nada de fuera.

«Ahora que lo he encontrado, tengo miedo, por él, por Carol, por todos», se dijo en silencio.

Y las siguientes horas las pasó tratando de reunir las palabras apropiadas para Carol. ¿Como se le dice a una madre que el hijo al que llora está vivo? Bueno, primero tenía que lograr que se lo devolvieran. Adrien soltó un suspiro largo, que él fuera un noble y par del reino, era una baza a su favor muy importante. Nunca antes se había sentido tan contento de poseer un título nobiliario y pertenecer a la aristocracia. Siguió pensando en la forma de anunciarle a Carol que el hijo de ambos estaba vivo, que lo había encontrado, y que ya podían formar la familia que ambos deseaban.

CAPÍTULO 30

Las cosas buenas siempre tardan su tiempo, por eso Adrien no le había dicho nada a Carol sobre el pequeño de ambos. Estaba ansioso, pero estaban enterrado a Dylan. En el Greenhill Cemetery que estaba ubicado al norte de la ciudad, Adrien sostenía por los hombros a Carol que estaba vencida. La noticia de la muerte de su hermano la había sumergido en una pena profunda.

Hannah se lo había tomado mucho peor. En ese momento estaba fuertemente sedada y vigilada por una enfermera que no se separaba de ella ni de día ni de noche. Niall continuaba preso, y sin obtener el permiso para asistir al entierro de su hijo. Antes del funeral, lo había visitado en la cárcel para darle él mismo la noticia de la muerte de su primogénito. Le hizo entrega de los documentos que le había encargado Dylan, y lo acompañó hasta que el hombre pudo digerir la noticia. Los dos hombres no se habían dicho muchas palabras, pero las miradas bastaban.

Niall sabía que, tras el atentado en Nottingham, Dylan no lo iba a tener fácil, sin embargo, como padre, la peor noticia que podía recibir era su muerte.

El cortejo fúnebre se detuvo. Carol tropezó, pero Adrien la sujetó más fuerte. En esos momentos chispeaba, como si el cielo llorara también la pérdida. Solomon Payne había aceptado officiar el sepelio a pesar de las circunstancias de la muerte porque iba a ser algo muy íntimo y privado.

Carol aceptó las muestras de condolencia de las pocas personas que asistieron, pero que ya comenzaban a marcharse. Miró a Adrien con un interrogante mientras la llevaba del brazo hasta el carruaje.

—¿Qué va a ser de mi madre, de mi padre? —se lamentó la mujer.

—No pienses en eso ahora —le aconsejó.

Carol miró al atuendo que llevaba Adrien, y sintió muchas más ganas de llorar. No se había cambiado, llevaba el uniforme de la Royal Naval College, sintió unos enormes deseos de maldecir.

—¿Te resultó muy duro? —quiso saber ella.

Adrien supo que se refería al momento en el que había recibido la noticia de la muerte de su hermano.

—No sufrió, si te refieres a eso —le aclaró—. Tomó una gran cantidad de láudano.

El maldito láudano que ambos conocían gracias a las jaquecas de Hannah.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó con angustia—. ¿Por qué no pensó en su familia?

Un breve silencio se instaló entre ambos, y que rompió Adrien.

—Es lo mismo que hiciste tú —la censuró sin que le temblara la voz—. Si yo no llego a estar en Grasmere, ahora le harías compañía a tu hermano Dylan.

—Lo mío fue un accidente —le recordó—. Mi hermano temía enfrentarse a la justicia —matizó ella.

—Y tú temes enfrentarte al amor que sentimos el uno por el otro —respondió él.

Carol lo miró con ojos inquisidores. Esas palabras la habían golpeado con furia, y le habían provocado un dolor severo.

Llegaron al carruaje en silencio. Adrien le abrió la puerta y ella tomó asiento al mismo tiempo que observaba el paisaje tras la cortinilla. Si miraba a Adrien, se rompería.

—Te agradezco todo lo que estás haciendo por nosotros.

—Sois mi familia —contestó al mismo tiempo que golpeaba el techo del carruaje para que se pusiera en marcha.

—¿Cuándo tienes pensado regresar a Greenwich? —inquirió ella.

Adrien se tomó un tiempo en responder.

—Debo hablar con tu madre y ayudar a resolver unas cuestiones con tu padre.

Adrien no le había mencionado a Carol la documentación que le había entregado esa mañana a Niall. Él, desconocía su contenido, pero Dylan había insistido mucho en que se la entregara, y así lo había hecho.

—Te dejaré en Grasmere y regresaré con tu padre.

Carol hizo un gesto afirmativo. Estaba sumida en el dolor, pero la vida continuaba. Su madre estaba incapacitada para atender a Adrien como invitado, y ella debía ocupar su lugar.

—Prepararé algo de carne y verduras para la cena.

Adrien estaba asombrado. Carol se consumía en la desesperación, sin embargo, no perdía el horizonte. Era consciente que tenía que seguir con su vida y tratar de superar el trago lo mejor que podía. Había rechazado la ayuda de algunos familiares que se habían ofrecido para acompañarlos. Incluso él mismo había ofrecido Bordesley Green para pasar el duelo, pero Carol lo había rechazado.

—No te esfuerces mucho —le dijo Adrien—, presumo que no tienes

mucho apetito, y siempre puedo llevar comida de la cocina de Bordesley Green.

Carol hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Mi madre lamentará haberse perdido el entierro de mi hermano.

—Lo superará —aseveró—. El tiempo es el mejor aliado en situaciones extremas.

Ella lo miró franca.

—Gracias, Adrien, gracias por todo.

Cuando Adrien logró la ayuda de un abogado para Niall, lo acompañó para que lo asistiera. Cuando supo lo que contenía el sobre que le había entregado su hijo, Adrien respiró al fin. Dylan le había hecho un regalo inesperado a su padre: la libertad. En unas horas saldría libre. Se le había entregado a las autoridades competentes una documentación valiosa de cooperación, y una carta de confesión, además de direcciones y nombres de implicados en el atentado. El abogado había insistido en que se marchara y no esperara. Posiblemente a Niall no lo dejarían salir por lo avanzado que estaba el día. Adrien decidió regresar a Bordesley Green para cambiarse de ropa. En el cementerio había estado a punto de confesarle a Carol que su hijo vivía, pero había decidido callar. Quería tenerlo todo bien sujeto y resuelto antes de darle la más mínima esperanza.

¿Y si tardaban en entregárselo? ¿Y si se encontraban con trabas inesperadas? Por eso había decidido esperar aunque estaba impaciente por contárselo.

Una vez en Bordesley Green ordenó al cochero que esperara. Se bañó rápido y se cambió de ropa. Le dijo a la doncella que quemara el uniforme militar, la chica obedeció. Adrien dejó indicaciones al mayordomo de que no lo esperaran despiertos pues cenaría en Grasmere y posiblemente dormiría allí.

El mayordomo, tan discreto y silencioso como siempre, no dijo una palabra. Adrien eligió ropa ligera e informal. Estaba cansado de los uniformes y de la etiqueta. En Grasmere iba a ser simplemente Adrien.

Cuando Carol abrió la puerta de Grasmere, se quedó atónita. Adrien vestía una camisa blanca, unos pantalones negros, un chaleco de seda verde, y

una capa ligera. No atinaba a decir nada porque su boca estaba paralizada. Se preguntó qué había hecho con el uniforme de la Royal Naval College.

—¿Vas a tenerme toda la noche en la puerta? —bromeó él.

Adrien se metió en el interior agradable y cálido. Carol reaccionó al fin y lo besó en la mejilla con timidez, como tantas veces en el pasado.

De la cocina salía el aroma de cordero asado.

—Huele delicioso.

—Era el plato preferido de Dylan —se justificó Carol.

—Lo sé —contestó Adrien.

—Es mi forma de recordarlo ahora que ya no está con nosotros —Carol estalló de nuevo en sollozos.

Adrien la encerró entre sus brazos y la consoló.

—Recuerdo tus palabras aunque no las pronunciaras —le dijo Adrien—. Y no puedo estar más de acuerdo con ellas.

Carol parpadeó para apartar las lágrimas.

—¿Qué palabras? —quiso saber ella.

Adrien le colocó un dedo bajo la barbilla y se la alzó para que lo mirara.

—Amargo como la hiel sabe el beso que me has dado en la mejilla cuando ya he probado la dulzura de tu boca.

Adrien hizo algo inesperado y sorprendente, la besó de forma larga y profunda. Carol lloraba por la pena, por la alegría, mientras se debatía en una confusión constante. No rechazó el beso. Se aferró al cuerpo masculino como si fuera una tabla de salvación. Cuando el beso cesó, ella no pudo alzar la mirada.

—Gracias —murmuró—. Creo que lo necesitaba.

Carol se giró hacia la cocina para que él no viera lo turbada que estaba por el beso. Adrien quedó plantado en el vestíbulo sin saber qué hacer a continuación. En la planta superior se podía escuchar los pasos de la enfermera que cuidaba a Hannah. La lluvia que se intensificaba afuera en la calle, y el olor de la cena, le provocaba un hambre casi tan fiero como el que sentía por Carol.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció él.

Carol se giró de golpe. Adrien estaba apoyado en el marco de la puerta mientras la miraba con honda preocupación. Seguía con la capa puesta.

—Puedes dejarla en la percha —le aconsejó—. Estarás más cómodo.

Adrien aceptó y regresó muy rápido.

—Déjame ayudarte —ya se había acercado a la mesa y le quitó los

cubiertos de la mano.

—Es raro ver a un conde ayudando en los quehaceres domésticos — bromeó ella.

Él, se maravilló de su serenidad.

—Olvidas que he estado diez años en el Ejército de Su Majestad —a Carol se le pasó que Adrien hablaba en pasado—. Tu madre, ¿no cenará con nosotros?

—Me temo que no, el plato de comida que estoy preparando es para la enfermera.

—¿Quieres que se lo suba yo?

Carol negó. Se sentía intimidada, y se moría de ganas por preguntarle qué sucedía con él, pero le provocaba un miedo enorme su respuesta.

—Por favor, escurre las verduras mientras subo el asado.

Adrien la observó marcharse con la bandeja en las manos. Cogió la cazuela por las asas y se quemó.

—¡Maldita sea!

—Un noble no maldice —la escuchó decir tras él.

Había regresado muy rápido. Carol tomó un paño de cocina, lo mojó en agua fría y se lo pasó por las palmas para refrescarlo.

—Soy noble y puedo maldecir —contestó.

Carol se quedó plantada frente a él con un interrogante en sus ojos. Quería preguntar, quería saber, pero no se atrevía.

—No voy a regresar al ejército —le dijo al fin—. He finalizado mis instrucción y me he despedido —Carol tuvo que apoyarse en la encimera porque no se sentía las piernas—. Soy un teniente de navío que jamás navegará.

—¿Por qué?

Adrien no vaciló ni un segundo.

—Por ti.

No se atrevía a respirar. No podía decir nada. Estaba a un paso de caerse al suelo.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque te amo.

—¡Adrien! —exclamó sin fuerzas.

—Te he escogido a ti sobre todo —le reveló—, de la misma forma que tú me escogerás a mí.

—¡Adrien! —repitió.

—Vas a casarte conmigo, serás la condesa de Colsterworth, y viviremos juntos y felices en Bordesley Green.

—No —contestó Carol sin un titubeo.

Él, se quedó estupefacto al escucharla, aunque solo unos segundos.

—No te permitiré que escapes como una cobarde.

—No lo soy.

—Lo eres.

—La cena se enfría.

—La calentaremos después, pero ahora debemos llegar a un acuerdo.

—¡No puedo casarme contigo! —exclamó vencida.

—Sí puedes, es más, lo harás.

—¿No te importa lo que yo piense al respecto?

—Tuvimos un hijo juntos, nos amamos, ¿qué más puede importarme?

El recordatorio de su hijo, la sacudió de los pies a la cabeza.

—Ese ha sido un golpe bajo, y más viniendo de ti.

—Cuando me marché de nuevo a Greenwich, tenía pensado regresar, te lo dije.

Sí, se lo había dicho, como ella le había dicho tantas cosas que él ignoraba.

—No deseo seguir hablando sobre esto.

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo —matizó—, en lo bueno y en lo malo, por muy breve o largo que sea.

Las lagrimas descendieron por las mejillas de ella que no las barrió con la mano. Carol tenía los ojos rojos de tanto llorar. Acababa de enterrar a su hermano, su padre estaba en prisión, y su madre sometida a una presión muy peligrosa para su salud mental.

Adrien sentía deseos de abrazarla, pero ella estaba inmersa en pensamientos que no compartía con él.

—No voy a casarme contigo —repitió ella.

—Renunciaré a mi título si consigo hacerte cambiar de opinión —aclaró él.

Carol esperaba que no hablara en serio.

—Como broma no tiene ni pizca de gracia.

Adrien tomó la mano de ella y se la llevó a los labios.

—Acéptame, hazlo por el amor que te profeso, y porque nada me haría más feliz que pasar el resto de nuestra vida juntos —Carol dudaba, y Adrien la abrazó de nuevo para que no pensara—. Tienes que empezar a confiar.

—Acabo de enterrar a mi hermano, no confío en nada.

—Te pido que confíes en mí. En tus padres que te quieren.

—Mi respuesta sigue siendo no.

—¿Y si nuestro hijo no hubiera muerto? Me seguirías rechazando.

Adrien había disparado a matar, pero tenía que convencerla.

Los ojos de ella se llenaron de nuevo de lágrimas. Jamás habría esperado ese comentario de él. Adrien sabía mejor que nadie lo que podía sentir, y deseó abofetearlo.

—Si nuestro hijo viviese, todo sería diferente.

Adrien se agarró a ese clavo ardiendo.

—Si me amas, ¿por qué no me aceptas?

La besó de nuevo, pero en esta ocasión con gentileza. Era maravilloso tenerla entre sus brazos. Sentirla. Oler el aroma de su piel y aceptando lo bueno y lo malo. Intensificó el beso, y ella se dejó arrastrar.

—Te amo, Adrien, pero no voy a casarme contigo.

Se sucedió un silencio que pareció eterno.

—¡Tan terca como una mula! —exclamó enojado—. Confía en mí.

—No está bien que hablemos de esto el día del entierro de mi hermano.

Adrien supo que ella tenía razón, pero no pudo responderle porque ambos escucharon la puerta de la calle que se abría y se cerraba instantes después.

—¡Estoy en casa!

—¡Es mi padre! —Carol salió corriendo en su busca y se lanzó a sus brazos.

Dentro de la desgracia, dentro del sufrimiento que compartían, que su padre regresara a casa, era el mejor regalo que podía recibir. Niall la abrazó y la besó mientras lloraba con ella.

—¡Niall! ¡Niall! ¿Eres tú? —se escuchó la voz de Hannah desde la planta superior.

—Voy a ver a tu madre —le dijo a su hija—. Después bajaré y me reuniré con Adrien y contigo para la cena —Carol asintió mientras seguía llorando.

Por la mañana había enterrado a un hermano, por la tarde había recuperado al amor de su vida, y por la noche su padre regresaba con ellos, ¿acaso no era una buena señal de que debía capitular?

—Pienso convencerte —le advirtió él que había entendido perfectamente la sucesión de pensamientos en su rostro.

De pronto, los ojos de Carol se ensombrecieron.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca —le confesó henchida de amor, de dolor, de desesperación—. Pero no puede ser.

Adrien caminó los pasos hasta encontrarse frente a ella.

—¿Es tu última palabra?

—Es mi única palabra.

La abrazó con fuerza y volvió a besarla, y, contra todo pronóstico, Adrien hizo algo insólito, salió de Grasmere sin mirar atrás y sin despedirse de Niall y Hannah.

CAPÍTULO 31

Hay que tener mucho cuidado con la furia de un hombre paciente, y eso lo sabía Carol muy bien, sobre todo con Adrien.

Habían pasado una semana desde la última conversación que había mantenido con él en la cocina de Grasmere. Su marcha le había dejado una sensación amarga. Con la liberación de Niall, Hannah había mejorado hasta el punto de no necesitar láudano para dormir, ni enfermera que la vigilara.

Todo volvía lentamente a la normalidad, salvo el silencio de Adrien. Los primeros días le extrañó, los siguientes la sumieron en una inquietud que no le era desconocida, por eso, el mensaje urgente que le había enviado a Grasmere para que se reuniera con él en Bordesley Green, había desatado todas las alarmas en el interior de su cabeza.

Cuando bajó del carruaje condal, y subió la escalinata de Bordesley Green, sintió el impulso de marcharse, pero no lo hizo, tocó la campanilla y esperó. El mayordomo abrió la puerta, y, por primera vez en años, le sonrió.

—Lord Rawson la está esperando.

Tanta formalidad le provocó un estremecimiento.

Ella había entrado de niña en esa mansión como si fuese la suya propia, pero Carol no se acostumbraba al lujo ni a la cantidad de sirvientes que había y que pasaban de un lugar a otro. Era la viva prueba de la diferencia social entre Adrien y ella. El mayordomo la condujo al salón, y la invitó a que entrara y esperara, la sorpresa de Carol fue enorme porque en el salón de Bordesley Green estaba lord Derry Cameron Rawson, el tío de Adrien.

—Lady Hemsley —la saludó cortés.

Ella se quedó parada porque ese título no le pertenecía. Ella no era de la nobleza.

—Lord Rawson, qué sorpresa...

El militar caminó hacia ella y le hizo la venia. Carol estaba muy cohibida por su comportamiento.

—Tenía que verla —le dijo el hombre.

Carol se mordió el labio porque cuando había recibido en Grasmere la nota que llegaba de Bordesley Green, había supuesto que provenía de Adrien, no del tío.

El almirante supo exactamente lo que pasaba por la mente de ella.

—Mi sobrino ha tenido que viajar a Halesowen por un asunto de vital importancia, regresará en breve.

Ella se sentía muy incómoda, pero aceptó la invitación para sentarse y tomar el té que el almirante ordenó al mayordomo.

—Ya no es la niña que recuerdo.

Carol no sabía hacia dónde mirar porque el escrutinio del oficial la ponía nerviosa.

—Aquella niña creció muy rápido... demasiado —la última frase la había pronunciado en voz muy baja, pero Derry la había escuchado.

—Le debo una disculpa —dijo de pronto el noble.

Carol se sobresaltó.

—¿Por qué? —preguntó asombrada.

—Porque fui muy injusto, duro, y soberbio hace casi diez años.

La mujer se ruborizó de la cabeza a los pies.

—Aquello ya está olvidado —contestó sin atreverse a mirarlo.

—No lo está cuando sigue rechazando a mi sobrino por mi culpa.

Carol se mordió el labio inferior preocupada.

—Usted no tuvo la culpa, solo me mostró la verdad de una situación que no había comprendido, y que me superaba.

Se removió en el sillón incómoda.

—Estaba equivocado, lady Hemsley.

—Por favor, no me llame así —le rogó.

Derry Cameron Rawson entrecerró los ojos. La mujer que tenía frente a él no se parecía en nada a la niña con la que habló en Sta. Marguerite Abbey, y sintió remordimientos por todo lo que le había dicho, los insultos que había proferido, y las maldiciones que había desatado.

—Mi sobrino la quiere, la quiere de verdad, y tengo que enmendar aquello que dañe por un deber que entendí mal.

Carol lo miró muy atentamente. El hombre tenía el porte erguido, los ojos inquisidores, pero su postura era calmada, y, cuando le sonrió, ella pudo ver el parecido que compartía con Adrien: ambos eran auténticos Rawson.

—No le comprendo.

Derry soltó un suspiro largo.

—Mi sobrino es un hombre muy afortunado —ella volvió a sonrojarse—. Pero hablando en pasado, yo debía velar por su futuro, por su integridad, pero sobre todo por su felicidad, y su felicidad era usted, señorita Hemsley —Carol estaba pasando por el peor momento de su vida, aunque agradecía que ya no la llamara lady—. ¿Ama a mi sobrino? —no le hizo falta que le respondiera porque el hombre podía leerlo en sus ojos—. Le pido perdón de

corazón.

—¡Por Dios, lord Rawson! —exclamó ella.

—Hablé con el hombre que fue su prometido, Charles Butler —ella se escandalizó.

—¿Por qué hizo algo así?

Nuevamente el hombre volvió a soltar un suspiro largo y profundo.

—Para despejarle el camino a mi sobrino hacia usted.

Ahora había comprendido.

—Hace meses que rompí mi compromiso con Charles Butler —confesó ella.

—No se preocupe —la tranquilizó él—. Mantuvimos una charla jovial y muy serena.

Carol no sabía si respirar, si contener el aliento o marcharse con cajas destempladas. Jamás podría llegar a imaginar el tipo de conversación que mantendría con lord Rawson.

—¿Puedo saber sobre qué conversaron?

Derry sonrió de forma galante.

—A parte de usted, de la asistencia a su parto.

Carol parpadeó molesta, pero recordó que lord Rawson estaba allí cuando ella se puso de parto e hizo todas las gestiones necesarias. Se ocupó de todo.

—Todo esto me resulta violento.

—Comprendo que no se sienta a gusto hablando sobre ello, pero es necesario.

Ella lo miró furiosa.

—¿Necesario para quién? —preguntó dolida.

Que el tío de Adrien le recordara todo el dolor que había pasado diez años atrás, la hería enormemente.

Derry iba a contestar, pero entonces escucharon que un carruaje de alquiler se detenía en la puerta de Bordesley Green.

—Creo que ha llegado mi sobrino —Carol se puso más nerviosa todavía—. De verdad que espero que me perdones —la había tuteado por primera vez.

La entrada de Adrien de forma intempestiva en el salón detuvo su respuesta. Lo veía agitado y acalorado. Llevaba todavía la capa puesta y el sombrero, el mayordomo acudió a llevárselos.

—¡Carol, qué sorpresa! —Eran las mismas palabras que ella le había

dicho su tío nada más llegar a Bordesley Green, y por eso supo que el mensaje no se lo había enviado él.

—Os dejo a solas —dijo el almirante que besó de nuevo la mano de Carol y le hizo una reverencia—. Nos veremos pronto, señorita Hemsley.

—Seguro que no —respondió ella.

Cuando Derry pasó justo al lado de su sobrino, lo miró.

—¿Has traído el potrillo?

Adrien tuvo que esforzarse por escuchar a su tío porque no podía apartar la mirada ni la atención de Carol.

—He ordenado que le den un baño y lo alimenten, después lo traerán aquí.

Carol seguía la sucesión de palabras entre tío y sobrino sin saber de qué estaban hablando.

—¿Ha sido difícil? —preguntó Derry.

Adrien terminó por suspirar.

—En realidad no, ha sido mucho más fácil de lo que imaginaba, pero muy lento.

El tío ya no dijo nada más, dejó el salón silbando una melodía militar. Mujer y hombre se miraron y se devoraron como si los dos fueran mercancía en una feria de ganado.

—Pensaba ir a buscarte.

—¿Has comprado un potrillo para las cuadras de Bordesley Green?

Adrien terminó sonriendo. Cuando Carol le dio el rotundo no el día del entierro de su hermano, se había enfadado muchísimo. El primer día casi deseaba matarla, el segundo le deseaba todos los males del infierno, pero el tercero, el tercero supo que recuperaría al hijo de ambos para que no pudiera negarse.

—El mejor potro de todo el reino...

Carol parpadeó porque le parecía que le hablaba con doble intención.

—Tengo que irme —dijo ella de pronto.

—Esa es tu frase favorita.

Ella no se esperaba su sarcasmo.

—He conversado con tu tío, y me alegro de haberlo hecho.

Las cejas de Adrien se alzaron pero sin la sorpresa que ella esperaba.

—Lo arranqué de su cómodo despacho de Greenwich y lo arrastré hasta Bordesley Green.

—¿Por qué hiciste eso? —quiso saber ella.

—Porque es el único que puede desandar lo andado —ella no comprendía sus palabras—. Tu carta llegó a Greenwich, y se la dieron a él.

Carol ya lo sabía.

—Era una carta privada —murmuró para sí misma—. Pero ya no tiene importancia.

—En su defensa diré que solo trataba de protegerme.

—Y lo hizo muy bien —a él le pareció una recriminación.

—Yo, ya lo he perdonado.

Ella lo miró con sus grandes y verdes ojos.

—Me alegro.

—¿Y tú?

—¿Yo?, yo no tengo nada que perdonarle.

Adrien se había cansado de ir por la tangente, así que decidió atajar por la calle de en medio.

—Tenemos que casarnos.

Ella terminó sonriendo.

—A tozudo no te gana nadie.

Adrien hizo un gesto negativo con la cabeza.

—También hablé con Charles Butler.

A Carol todo le parecía una conspiración. Derry Cameron Rawson había hablado con su prometido. Adrien Bean Rawson había hablado con su prometido. Solo faltaba Su Majestad el rey.

—Es un buen hombre, lamenté hacerle daño —murmuró ella cabizbaja.

Adrien lo imaginaba, pero lo que Carol ignoraba era que el doctor quería casarse con ella, no porque la amara, sino porque necesitaba una madre para sus hijos. Tras la conversación que había mantenido con él, ahora se sentía mucho más tranquilo. Adrien volvió al ataque y sin mostrar compasión.

—También he mantenido una conversación larga con Solomon Payne.

—Veo que no has perdido el tiempo.

Adrien terminó por sonreír, pero fue un instante, otro después se puso muy serio.

—En Grasmere te hice una pregunta, y ahora vuelvo a planteártela: si nuestro hijo no hubiese muerto, ¿me seguirías rechazando?

Carol hizo una exhalación profunda.

—No —concedió al fin—. Si nuestro hijo hubiese vivido, jamás te habría rechazado.

Como si las palabras de ella resultaran una premonición, el tío apareció

con un muchacho escuálido cogido de su mano. Era rubio, de ojos verdes, y tan tímido como la propia Carol.

—Pues permíteme que te presente a nuestro hijo Adrien Lawrence Rawson.

Los ojos de Carol fueron del rostro de Adrien al del niño que seguía cogido de la mano del almirante. Un segundo después se desmayó.

Le habían aplicado sales bajo la nariz. Carol despertó en la alcoba de Adrien, la que habían compartido meses atrás.

—No tenía que habértelo dicho así tan de sopetón, lo lamento mucho...

Carol se ahogaba porque no podía respirar. ¿Cómo podía Adrien gastarle una broma tan cruel?

—¡Basta Adrien, no tiene gracia!

Él, la miró atónito.

—¿Piensas que bromearía con algo tan serio? Es nuestro hijo, y lo encontré.

—¡Nuestro hijo murió! —Carol tenía la garganta rota.

Y Adrien se pasó los siguientes sesenta minutos explicándole cómo lo había encontrado, y que había sido gracias a las indagaciones de su tío Derry. Le reveló que había tenido que buscar y usar muchas influencias porque el niño había sido adoptado por una familia de Halesowen, pero que todo se había resuelto bien gracias a la influencia de su tío, a la de un juez amigo de la familia, y de los padres adoptivos que habían entendido y aceptado los derechos que los Rawson tenía sobre él. Le confesó también el papel importante que había tenido en el asunto la aclaración del doctor Charles Butler, que terminó confesando que el niño no había muerto como al principio habían creído. Una enfermera lo había escuchado llorar cuando ya estaba metido en la caja para su entierro...

Carol estaba realmente horrorizada por todo lo que Adrien le confesaba. A ella le habían mentado. Era joven, estaba aterrada, y dejó en otras manos todas y cada una de las decisiones que tomaron por ella.

—¿Por qué no me lo dijeron? —sollozó rota por el dolor—. Por qué no me lo devolvieron?

Y Adrien continuó explicándole que el padre Payne había tenido mucho que ver en la decisión que se tomó en ese momento: Carol era muy joven, soltera, y los padres desconocían lo qué le había sucedido. Adrien era un

cadete en el ejército, noble, y con una herencia importante, esos eran motivos más que suficientes para que no se pudiera comprometer con una plebeya. Además, le informó de que el niño era débil, y necesitaba muchos cuidados, cuidados que le dio la mujer que lo adoptó: la enfermera que asistió al doctor Charles Butler en el parto.

—¡Era mío y me lo robaron! —lloró sin parar y sin consuelo.

Adrien terminó tomándola de los hombros y consolándola.

—¿Y no te sientes feliz de haberlo recuperado? ¿De habernos recuperado a los dos?

Las palabras de Adrien penetraron en la neblina de angustia en la que estaba sumida.

—¡Quiero verlo! ¡Quiero abrazarlo! ¿Dónde está?

Adrien la sujetó porque se había lanzado fuera de la cama. Estaba descalza, con la ropa desaliñada, el cabello revuelto...

—Sigue en el salón con mi tío —le explicó Adrien—. El pequeño ya conoce nuestra historia, pero sobre todo que nos amamos y lo amamos, y aunque se muestra un poco tímido, está encantado con sus nuevos y auténticos padres.

Carol dejó de llorar.

—Voy con él...

Trató de deshacerse del abrazo de Adrien, pero él no se lo permitió. Ella lo miró atentamente.

—Vuelvo a hacerte la pregunta por tercera vez, si nuestro hijo viviese... —ella lo interrumpió.

—Sí, me casaré contigo, y no vuelvas a preguntármelo nunca más porque juro que te golpearé si lo haces.

Adrien sonrió y la ayudó a calzarse. Juntos bajaron las escaleras, Carol temiendo que el corazón se le saliera por la boca, y Adrien, Adrien como el noble más satisfecho del reino.

©2019 Kate L. Morgan

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

©Morgan, de la fotografía de la cubierta

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del autor.